Regresa Conmigo

leticia zampedri

Capítulo 1

Sophia

Tic tac. Intentaba mantener una respiración calmada mientras observaba de manera casi acosadora el paso marcado de las agujas del reloj. Me repetía a mí misma que debía parecer segura, que estaba preparada para esto, pero la verdad era que mi determinación se evaporaba un poco más con cada segundo que trascurría.

Hubiese querido decir que mi ansiedad se debía a que era la primera vez que debía presentarme frente a una reunión en la sala de juntas de la empresa, pero tenía que asumir la realidad. Estaba aterrada de enfrentarme a la persona que estaría sentada en la cabecera de la mesa... Ethan.

Sería la primera vez que lo enfrentaría después de la vez que me llamó para romper mi corazón de la manera más ruin y mezquina que se le hubiese ocurrido a una persona. Ya habían pasado varias semanas desde entonces y aunque quisiera decir que las heridas que causó comenzaron a cicatrizar, no estaban ni cerca de siquiera dejar de sangrar.

Después de su llamado para informarme que no dejaría a su novia, hubo otros. Cientos, pero no atendí ninguno y finalmente terminé por bloquear su número de teléfono y borrar sus correos electrónicos sin siquiera detenerme a leer la primera línea de sus palabras embusteras. No iba a permitir que me volviese a enredar. Después de varios días, los correos dejaron de llegar y mi cabeza comenzó a despejarse. Anna no lo nombraba y si la conversación se desviaba hacía algún factor desencadenante, inmediatamente cambiaba de tema.

El primer mes sin saber de él pasó rápidamente y para la primera nevada de diciembre sentí que podía comenzar a sanar, aunque en el fondo sabía que nunca lograría olvidarlo completamente. Durante las semanas siguientes caí en la agotadora rutina de trabajo, estudio y visitas al médico con mi abuela. Necesitaba mantener la mente ocupada y lo había conseguido. No me quedaba mucho tiempo libre para pensar en lo miserable que me sentía o en lo tonta que había sido.

Pasé la mayor parte de las vacaciones de navidad en una de las habitaciones del hospital sosteniendo la mano de mi abuela mientras rogaba al cielo que se mejorase. Anna y Nicholas me visitaban a diario y fueron de gran ayuda en los días posteriores a su alta. Había muchos gastos que cubrir, pero como no quise aceptar que ellos se hicieran cargo como habían insistido, Nicholas me ofreció un aumento a cambio de que me hiciera cargo de la organización de las juntas y reuniones de

la empresa y de que preparara los informes.

Era un trabajo arduo y con tantos papeles por organizar, casi no disponía de tiempo libre así que mientras que Anna había finalizado el plan de estudio de su carrera, a mí aun me quedaban dos materias pendientes.

Por supuesto que me sentía feliz por ella, pero a veces no podía evitar comparar nuestras suertes y sentirme miserable. Ella había apostado al amor y ganado mientras que a mí me había tocado perder... dos veces.

Eso era evidencia más que obvia de que el amor no era para mí, así que debía concentrarme en lo único en lo que era buena: mi trabajo, y ésta era mi oportunidad para demostrarlo. Solo tenía que sobrevivir a Ethan.

Había sido optimista. Sabía que si me concentraba en lo mucho que debía odiarlo por lo que me había hecho lo lograría, pero ahora ya no estaba tan segura.

Verlo cruzar las puertas del ascensor había ocasionado el mismo impacto que una bomba atómica sobre mi pecho. Vestía completamente de oscuro, con traje negro y lentes de sol. Su sonrisa relajada acompañaba sus labios mientras conversaba con Nicholas sintiéndose en confianza y absolutamente distraído de mi presencia detrás del escritorio. Por más que quise, no había podido apartar mi vista de él mientras avanzaba hacia el sector de las oficinas. Sin dudas, era el mismo diablo desenvolviéndose en su entorno natural. Podía imaginarme a todas las chicas de la recepción volteándose para verlo mientras intercambiaban comentarios en voz baja. Incluso la mujer de la limpieza que estaba pasando en la aspiradora en la sala de reuniones se sonrojó cuando él la saludó con una sonrisa al pasar a su lado.

Continuaba siendo condenadamente atractivo y mi estómago se contrajo por la mezcla de sensaciones que despertó en mi cuerpo. La sonrisa de su rostro se amplió ante un comentario casual de Nicholas y ambos rieron animosamente. Era una sonrisa devastadora e irresistible. Una sonrisa que hubiese querido ver por el resto de mi vida.

Una sonrisa que una vez supo derretirme. Una sonrisa que se evaporó cuando me vio.

Fue solo un instante. Una pequeña fracción de segundo. Nuestras miradas se encontraron y todo el universo pareció detenerse por completo.

Entonces, sus labios se fruncieron y sus ojos, ahora descubiertos, se oscurecieron, como si el manto de la noche hubiese caído sobre sus pupilas. Tuve que morder mis labios y contener la respiración intentado ahogar un gemido de angustia y reproche. Cerré los ojos y conté hasta tres. Entonces, todo volvió a la normalidad. Ambos entraron a la oficina

cerrando la puerta detrás de sus espaldas y el mundo comenzó a girar nuevamente a mi alrededor.

Con las manos aun temblando, me apoyé con todo el peso de mi cuerpo sobre el escritorio de madera e inhalé dos respiraciones controladas y profundas. Volví a cerrar los ojos y me focalicé en lo que realmente importaba en ese momento... demostrar que podía desenvolverme como una profesional.

Dos minutos después, Anna ingresó al recibidor seguida de tres hombres vestidos con trajes y portafolios en las manos y me sonrió para tranquilizare. Todos me saludaron educadamente con un gesto de cabeza y siguieron el camino de mi amiga perdiéndose detrás de la misma puerta por la que segundos atrás Nicholas y Ethan habían ingresado.

En ese momento, tomé las carpetas con los documentos de compra y venta entre mis manos e inhalé una gran cantidad de aire mientras clavaba la mirada en el enorme reloj colado en la pared.

Desde entonces, pasaron veinte minutos. No recuerdo haberme movido de mi posición ni un minúsculo milímetro. Todos y cada uno de mis sentidos estaban pendientes del sonido de la puerta a mi derecha, porque sabía que en menos de lo que quisiera, Anna o Nicholas se asomarían para pedirme que les acerque todos los documentos que había preparado una vez que la venta estuviese en la etapa final de negociación.

Tenía sed, mi boca estaba seca y mis labios necesitaban humedad, pero sentía terror de mover mis piernas. Y más aún, tenía terror a mi torpeza. Mi poca pizca de suerte me garantizaba que una vez que lograra llegar hasta el dispensador de agua y pudiese servir un vaso refrescante, algún movimiento en falso haría que todo el contenido se derramase sobre mi camisa blanca perfectamente planchada para la ocasión.

No podía arriesgarme a que eso ocurriera, así que continué acá, en el mismo lugar, rogando al cielo poder encontrar las fuerzas suficientes para no salir corriendo despavorida. Exhalé lento y continué observando en recorrido de las largas y puntiagudas agujas frente a mí.

Tic tac. Treinta tres segundos. Treinta y cuatro. Entonces, la puerta se abrió y la amistosa sonrisa de Nicholas me saludó desde la entrada a mi infierno personal.

—¿Lista? —dijo sonriendo amistosamente. Su voz era tranquilizadora, pero yo estaba lejos de sentirme al menos un poco tranquila. Sin embargo, estaba dispuesta a dar lo mejor de mí.

Asentí con una sonrisa entregada y caminé los diez pasos que me separaban de la oficina de reuniones de la compañía. Nicholas abrió

nuevamente la puerta permitiéndome el paso.

—Señores, ella es Sophia y les estará entregando las carpetas con copias de los documentos de los terrenos y de las condiciones de venta sobre los mismo para que los evalúen antes de firmar. ¿Sophia?

La voz de Nicholas me golpeó con sorpresa. Tragué saliva e intenté recomponerme. Sonreí amablemente y comencé a caminar con pasos temblorosa alrededor de la mesa repartiendo los documentos, pero a medida que me iba acercando a Ethan comencé a sentir que el aire empezaba a hacerse más denso, casi imposible de inhalar por las fosas nasales. Sin embargo, no me acobardé. Dejé la carpeta sobre la mesa, frente a su inmutable y helada presencia y, finalmente, continué el recorrido.

Una vez que finalicé, junté saliva. —Como pueden observar —dije, con tono pausado y medido— en las primeras hojas encontrarán la descripción de cada uno de los terrenos junto con sus características y una copia del plano de los mismos —Continué con mi presentación de manera mecánica, repitiendo de memoria el discurso que había ensayado en la semana ayudándome del lenguaje corporal como una manera de mostrar la seguridad que en ese momento me faltaba.

Sacando el momento en el que Ethan levantó la vista y me miró ocasionando que tartamudeé una o dos palabras, el resto prosiguió sin más alteraciones y veinte minutos después logré salir de la sala de reuniones con la respiración completamente entrecortada y las piernas temblorosas.

Caminé hasta mi escritorio y desplomé mi cuerpo sobre la silla dejando que todo el peso de la presión que tenía acumulado en mi espalda se trasladase a mi cabeza. Me incliné hacia adelante y cubrí mi rostro con las manos permitiendo que el cabello cayera hacia el frente.

Solté un suspiro de alivio intentando borrar la imagen fría y distante de Ethan sentado casi ausente en el sillón presidencial.

—Estuviste genial —la voz de Anna de trajo de regreso a la realidad. Levanté la vista y la miré regalándole una sonrisa de agradecimiento.

—Al menos no balbuceé — respondí mordiéndome el labio inferior.

—Lo manejaste bien —dijo, apoyando una taza de té frente a mí.

Miré el humo danzante que se escapaba del interior de la porcelana blanca por unos segundos. —Supongo que el hecho de que Ethan me haya ignorado por completo fue de gran ayuda —No logré controlar mi

molestia.

Anna me miró por un momento con la mirada conflictiva. —Creo que es mejor así —exclamó, finalmente.

La miré avergonzada, sintiéndome una tonta por haber hecho ese comentario. —Sí, es mejor así —le respondí, soltando el aire.

Tomé la taza entre mis manos y bebí del contenido disfrutando del sabor dulzón de la manzanilla. Los segundos pasaron y el silencio se volvió casi abrumador entre nosotras. Anna era mi mejor amiga, pero ante todo era la hermana de Ethan y yo la había puesto en una situación incómoda una vez más faltando a mi promesa de intentar dejar el pasado en su lugar.

Se levantó y se dirigió hasta el gran ventanal para observar el cielo despejado de Houston. —¿Querés ir a almorzar conmigo? Nicholas y el resto van a ir a comer al restaurante de la esquina después de la reunión, así que quedé sin compañía.

La invitación de mi amiga sonaba tentadora, pero aun así no podía aceptar. —Lo siento —dije, lamentándome sinceramente —No puedo, la enfermera está paga hasta las dos de la tarde y no puedo permitirme pagarle horas extras.

Anna me miró apenada. —¿Cómo sigue tu abuela? —me preguntó con evidente angustia en su voz.

—Igual que ayer —respondí, dejando escapar un suspiro —Sigue insistiendo en que no necesita ayuda, pero no me siento tranquila dejándola sola.

—Soph, si necesitas dinero...

—No, Anna —la interrumpí —Está bien, de verdad. Por el momento puedo arreglármelas bien. El dinero de su jubilación alcanza para cubrir los gastos de la enfermera y con lo que yo gano puedo pagar los impuestos de la casa y comprar la comida.

—Aun así —dijo, cruzándose de brazos —Sabes que puedo ayudarte.

—De verdad —respondí, poniéndome de pie —Ya demasiado han hecho Nicholas y tú al aumentarme el sueldo. Es más de lo que merezco.

—No digas eso. Sabes que ambos te apreciamos un montón.

—Lo sé y te agradezco —Mi voz demostraba total sinceridad —, también

los aprecio mucho —Anna me sonríe y asiente con la cabeza.

Unos días antes de las fiestas, mi abuela había sufrido una crisis hipertensiva causada por el olvido de sus medicamentos que complicó su estado de salud. Desde entonces, mi vida se había convertido en visitas al médico, noches de sueño interrumpido y escasa vida social. El hecho de que mi abuela fuese una mujer terca tampoco ayudaba mucho.

—Mi tía volvió a llamarme esta mañana —dije, con la mirada perdida observando la punta de los edificios que asomaban desde el exterior. Anna me miró sorprendida, pero no dijo nada. Sabía que sus pensamientos no eran del todo agradables, así que había preferido aferrarse a la norma de que si no tenía nada bueno para decir, entonces no debía decirlo —Sigue insistiendo en que vayamos para allá...que puede ayudarnos.

—Hum —musitó, intentando calmar su ira emergente —Sabés lo que opino de esa señora. Si de verdad se preocupara por la salud de tu abuela, habría venido ni bien le comunicaste lo sucedido. Para mí, solo lo dice por compromiso.

—Puede que tengas razón, pero aun así, debo tomar en cuenta su oferta.

—¿Por qué? —La voz de Anna sonaba molesta ahora. —Ya te dije. Nosotros te podemos ayudar.

—Lo sé, pero entiende. Ellos son mi única familia.

—Una familia que siempre estuvo ausente —espetó, con recelo.

Asentí. —Pero aun así —murmuré y solté un suspiro —. No puedo cargarlos a ustedes con mis problemas, no sería lo justo. Todo va a estar bien, estoy segura. Además, solo sería por un tiempo, hasta que mi abuela mejorase—respondí optimista, bebiendo el último sorbo de la taza. Anna no me contestó, pero sabía que estaba molesta así que evité continuar hablando sobre el asunto. —Bien —dije, observando que las agujas del reloj ya marcaban las una y cuarto —, ya debo irme.

Terminé de organizar mi escritorio y apagué la computadora antes de tomar mi cartera y el abrigo del perchero. Saludé a Anna con abrazo y salí del edificio con dirección a la parada de colectivo.

El aire frío de la tarde invernal golpeó me golpea el rostro cuando atravesé las puertas de la empresa así que crucé los brazos sobre mi pecho para intentar protegerme de las temperaturas de esta época del año.

Mientras caminaba con pasos acelerados no podía dejar de pensar en lo sucedido esta mañana. Volver a ver a Ethan había ocasionado

un torbellino de emociones demasiado fuerte y tenía que aceptar que no estaba preparada para el golpe que significó su comportamiento. En algún rincón profundo de mi alma, había atesorado la estúpida esperanza de que, cuando volviésemos a vernos, él vendría corriendo a mi encuentro.

Sin embargo, su actitud fría se había sentido como un cuchillo atravesándome el pecho.

Apenas era capaz de contener las ganas de llorar, pero no porque él me había ignorado y parecía haberme olvidado, sino porque mi corazón aun lo amaba con cada uno de sus latidos. No podía evitar sentir lástima por mí, por mi inocencia idiota y por la forma en que mi pulso aún se aceleraba en su presencia.

Estaba a punto de llegar a la parada de colectivo cuando mis ojos se posaron en un vehículo estacionado a mi izquierda. Mi pulso se detuvo. Ethan estaba apoyado sobre la puerta del acompañante con sus brazos cruzados sobre el pecho. Los anteojos de sol oscuros que llevaba ocultan sus ojos, pero podía saber con certeza que me estaba mirando fijo y desafiante.

Tragué el nudo en mi garganta y me obligué a mí misma a poner un pie delante del otro intentando mantener la compostura. Me detuve a unos metros delante de él. Me alegré de que los lentes oscuros ocultaran su mirada porque era mucho más fácil enfrentarlo si no podía ver sus pensamientos destellando en sus ojos.

Nos quedamos en silencio por varios segundos. Quería que él hablara primero, pero después de lo que parecieron varios minutos sin decir nada, comprendí que estaba esperando ver mi reacción.

—¿Qué hacés acá? —dije, sin intentar sonar amable. En el fondo, quería ser grosera para que se enojara y se marchara, porque sabía que mi auto determinación no era tan fuerte como quisiera que fuese.

—Te estaba esperando —respondió, sincero y sin vacilar.

Aunque intenté evitarlo, las lágrimas picaron mis ojos. No iba a llorar, me dije a mi misma intentando convencerme. Ya había llorado todo lo que tenía que llorar.

—Me seguiste —le reproché.

—Por supuesto que sí —respondió, encogiéndose de hombros.

Desvié la mirada y pretendí continuar mi camino, pero él se interpuso interrumpiéndome el paso. —Tenemos que hablar —dijo y su voz

sonaba más a una orden que a un pedido.

—No estoy segura de que haya nada que decir entre nosotros por el momento —le contesté con sinceridad.

Ethan negó con la cabeza y soltó un suspiro nervioso.

—¿En serio? ¿Eso es lo que sientes? ¿Después de todo por lo que hemos pasado realmente crees que no tenemos nada de qué hablar?

Lentamente, levantó su mano derecha para quitarse los lentes y volvió a nivelar su mirada con la mía. Una sombra apareció destellando en sus pupilas oscuras. Había dolor y arrepentimiento en ellos. Aparté la vista porque no quería ver eso. Lo que habíamos pasado tenía que quedarse en el pasado. Ahora él formaba parte de mi pasado. Había atravesado por mucho dolor y sufrimiento. Mientras él disfrutaba de sus días con su novia perfecta, yo luchaba para que mi vida no se desmoronara. ¿Qué era exactamente lo que pretendía hacer?

La ira hervía lentamente en mi sangre y levanté mis ojos para mirarlo.

—Sí, Ethan. Así es como me siento. No estoy segura de qué es exactamente lo que hemos pasado. Nunca fuimos novios... nunca fuimos nada —Tomé aire y continué —. Nunca me amaste, solo querías consentir a tu pene así que me mentiste y me engañaste. Jugaste conmigo de la manera más ruin y eso, no te lo voy a perdonar nunca —Para ese momento, mis palabras sonaban entrecortadas —Podías haberme dejado ir la primera vez, podrías haber sido menos egoísta y hacerte a un costado...si no ibas a estar conmigo, no tenías ningún derecho a ilusionarme. Te abrí mi corazón... te lo entregué confiando en tus palabras, pero fuiste cruel y mezquino. Tomaste todo de mí y cuando te aburriste, lo echaste a la basura.. así que no vuelvas buscando destruir lo poco que logré reponer porque de mi parte, para ti, ya no quedó nada.

Mi respiración se volvió agitada y las lágrimas que no había querido derramar comenzaban a correr por mi rostro. Maldita sea, no quería llorar. Haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad, cerré la distancia que nos separaba e intenté apartarlo de mi camino para poder llegar hasta el taxi que estaba estacionado a pocos metros de nosotros. El colectivo ya había pasado mientras le estaba gritando mis verdades, así que no me quedó otra alternativa y necesitaba salir de aquí y alejarme de él.

—Muévete —le grité mientras me esforzaba por no enredar mis brazos alrededor de su cuerpo y llorar sobre su pecho.

En el fondo, deseaba que discutiera conmigo. Quería que hiciera cualquier cosa excepto obedecer lo que le pedía y me odié a mí misma por ser tan débil. Sintiendo que todo el cuerpo me temblaba, me subí en el asiento

trasero del taxi y le di la dirección al chofer. Mientras encendía el motor aun lo podía ver de pie en la vereda, sin moverse, mirándome fijo a través de sus pupilas tormentosas.

Ethan aún era letal para mis emociones, así que aparté mi mirada mientras el taxi hacía su camino alejándome de él. Pensé que podría controlarlo, pero ahora sabía que no.

A medida que me acercaba a casa, mi cabeza comenzaba a punzar dolorosamente. Demasiadas emociones mezcladas. Demasiados sentimientos removidos.

El taxi estacionó y busqué mi billetera para pagarle. Le alcancé el dinero y solté un suspiro mientras tomaba la manija de la puerta para bajarme.

Más tarde tendría tiempo de arrepentirme por gastar tanto dinero innecesariamente. Aun sabiendo que no estaba en condiciones de afrontar los gastos de un trasporte individual, la desesperación no me había dejado otra alternativa.

Las ganas de llorar me desbordaban, pero sabía que no podía derrumbarme ahora. No con mi abuela frente a mí, así que tendría que esperar hasta la noche para poder desahogarme. Una vez que ingresé a la cocina, me encentré con la enfermera que había contratado esperándome con los brazos cruzados. Observé el reloj y me di cuenta de que llegaba media hora más tarde de lo acordado. Intenté contenerme porque sabía que debía ser fuerte, así que contuve el dolor en mi estómago y le entregué más dinero en recompensa por mi retraso. Dinero que sabía que no debía gastar, pero no tenía otra alternativa.

—Su abuela no presenta señales de mejora. Aun se niega a aceptar ayuda. Creo que debería considerar internarla en algún asilo —dijo sin emoción, guardando su pago en la cartera.

Asentí sin ánimos y la acompañé hasta la salida. Una vez que cerré la puerta tras su espalda, me dejé caer en el suelo y me rendí. Entonces, el dolor de la realidad golpeó me golpea con fuerza y la herida en mi pecho se abrió un poco más.

Sé que debía tomar una decisión por el bien de mi abuela. No era momento de pensar en mí ni en mis sentimientos. Ni en mi dolor causado por mis malas decisiones. Sentí como el nudo en mi estómago se hizo más fuerte y debí correr hasta el baño.

Dejando caer mis rodillas frente al inodoro, agarré el asiento de porcelana con ambas manos y comencé a vomitar. No tenía nada en el estómago, pero sentía que era la forma que mi cuerpo encontró para eliminar toda la angustia y el miedo acumulado, así que me rendí a las náuseas y

continué vomitando y llorando en el frío piso del pequeño baño de mi casa.

Sola y asustada, sabiendo que debía dejar de lado mi orgullo y aceptar que no podía sola. Más adelante tendría tiempo para arrepentirme, pero ahora tenía que tomar una decisión.

Capítulo 2

Ethan

—Soph, soy yo. Nuevamente. Es el mensaje número veinte que te dejo. Sé que no estás más en la empresa, ¿dónde estás? ¿Al menos escuchas mis mensajes? Por favor, déjame ayudarte. Lo jodí. Lo entiendo. Solo llámame. O envíame un mensaje. Lo que sea. Necesitamos hablar. Simplemente… necesito explicarte. No puedo arreglar esto si no hablamos.

Bajé el celular y lo arrojé sobre el escritorio.

Maldito correo de voz, grité en mi mente. Abrí mi correo electrónico y revisé la casilla. Aún nada.

Había intentado comunicarme con ella desde hacía dos semanas. Desde el momento en el que me enteré de que había dejado la empresa. Entonces, sin ser del todo consciente de mis actos, había ido hasta la casa de su abuela en Houston, pero nadie se encontraba allí. Anna me aseguró que ella no estaba en la ciudad, pero no me dio más información. Ella sabía dónde se encontraba, pero no me lo diría.

La noche que me dijo que no me podía revelar en dónde estaba, discutimos. Incluso Nicholas debió interferir cuando la impotencia que sentía dentro me llevó a tomar el brazo de mi hermana con fuerza.

Me sentí un imbécil por mi comportamiento y me arrepentía, pero no supe como controlar la culpa cuando vi a otra chica sentada en su escritorio. Si no la hubiese buscado esa tarde a la salida de la empresa, ella quizás no se hubiese ido, pero no había podido detenerme. Había vuelto a poner mis sentimientos por encima de los suyos y lo había vuelto a arruinar. Parecía que lo único que hacía era lastimarla.

Debía haberme conformado con saber que estaba bien… Mientras ellas estuviesen trabajando en la empresa, podría al menos asegurarme de ello, pero ahora me quitaba incluso esa posibilidad.

Anna la protegía, y yo estaba orgulloso de su lealtad. Sophia necesitaba una amiga fiel en esos momentos, pero no podía soportar la idea de no saber de ella… y de no poder explicarle por qué me había alejado de ella todo este tiempo.

Nicholas había comenzado a hablarme de nuevo esta semana. Estuvo muy enfadado conmigo por la forma en la que había tratado a mi hermana y sabía que Anna le había prohibido decirme algo al respecto. El muy idiota estaba dispuesto a perder un brazo antes de hacer enfadar a Anna, por lo

que evitaba hablar conmigo.

No podía hablar con nadie.

Cada noche, incluso estando con Isabelle a mi lado, pensaba en ella y repasaba todas las cosas desconsideradas que le había hecho. Ella había sido condenadamente generosa mientras yo jugaba a ver de qué lado de la balanza me inclinaba.

Me despertaba por la mañana e iba a la oficina desde muy temprano porque necesitaba mantener mi mente ocupada para no pensar. Una vez que salía de la empresa, alternaba mis tardes entre extensas rutinas de gimnasio o largas horas en las salas de espera de los consultorios médicos acompañando a Isabelle.

¿Era posible odiarte a ti mismo? Porque estaba seguro de que lo hacía. ¿Por qué no había intentado hablar con Sophia antes? ¿Por qué no le expliqué? Lo había arruinado. La había lastimado aún más con mi silencio. Recordar su rostro lleno de dolor, me hacía imposible mirarme al espejo sin sentir odio hacia mí mismo. Ella me había entregado su corazón y simplemente no supe cómo actuar frente a la enfermedad de Isabelle. ¿Cómo había podido ser tan cobarde?

Era un cretino. Un cretino sin corazón, pero la quería más de lo que necesitaba respirar. Quería saber si se encontraba bien. Quería estar con ella para arrojarme a sus pies y rogarle que me perdonase por ser tan imbécil.

Quería tantas cosas que no podía tener.

Por supuesto que mi decisión no se había basado en sentimientos… sino en lealtad.

Mi prioridad en este momento debía ser Isabelle. Ella me necesitaba y debía estar aquí para cuidarla y asegurarme de que estuviera saludable. Asegurarme de que el maldito cáncer no consumiera su delicado cuerpo. No confiaba en nadie más para mantenerla viva. ¡Mierda! La idea de Isabelle sufriendo desgarraba mi pecho tanto como la ausencia de Sophia me obligaba a inclinarme para respirar.

Capítulo 3

Sophia

Las olas golpeando contra la orilla siempre me habían calmado, pero eso no estaba funcionando en este momento. Sentada sobre la arena, con mi barbilla doblada debajo de mi rodilla y los brazos envueltos alrededor de mis piernas, observaba a un grupo de gaviotas revolotear sobre el mar. Tener algo más para centrarme que no fueran mis pensamientos internos, era más fácil. Sin embargo, no dejaba de sentirme inquieta.

Mi celular había vuelto a sonar. Otro correo de voz. Una mezcla de emociones me recorría la sangre. Quería escuchar sus mensajes, pero me odiaría después de hacerlo. Extrañaba a Ethan, pero mi estómago se retorcía de dolor con solo recordarlo. Quería escuchar su voz, pero no lo haría. No podía.

Sacudiendo los recuerdos de mi cabeza, me obligué a centrarme en el presente. Ahora solo me tenía a mí. Escondí mi cabeza entre mis brazos y dejé escapar un sollozo, pero limpié mis lágrimas rápidamente y me obligué a tomar una respiración profunda. No podía desmoronarme ahora. No me había desmoronado cuando me senté sosteniendo la mano de mi abuela mientras daba su último aliento y tampoco lo había hecho cuando la bajaron bajo la tierra negra y fría.

Solté un suspiro. Cuando era niña, mi madre me había llevado un domingo a la iglesia local. Recordaba un pasaje en particular de la Biblia que decía que Dios muchas veces nos ponía en el camino más de lo que podemos soportar. No pude evitar preguntarme si eso estaba ocurriendo conmigo en este momento, porque parecía que Él no se estaba conteniendo a la hora de lanzarme obstáculos.

—¿Te sientes bien? —La voz de mi prima interrumpió mis pensamientos. Cubrí mis ojos del sol y entrecerré mis ojos hacia ella.

—Estoy bien. Solo perdida en mis pensamientos —expliqué.

Tendió su mano hacia mí. —Vamos, vayamos a comer algo. Mamá tendrá el almuerzo en la mesa para este momento. —Tía Beth cocinaba delicioso y era una de las pocas cosas que realmente disfrutaba de estar en este lugar.

Deslicé mi mano en la suya y la dejé jalarme hacia arriba. —No has sonreído en días —dijo Lana, soltando mi mano.

Sacudí la arena de mi ropa y peiné los mechones de pelo que cayeron de mi cola de caballo para alejarlos de mi rostro. —No te mentiré. Extraño

Houston. Allá es mi hogar.

Después de haber debatido mucho tiempo con mi conciencia y mi resentimiento, finalmente, había decidido aceptar la ayuda de mi tía y me había trasladado hasta California con mi abuela. Por supuesto que Anna había puesto el grito en el cielo cuando presenté mi nota de renuncia, pero al final tuvo que aceptar que la decisión ya estaba tomada. La salud de mi abuela no presentaba mejoras y estar cerca de la familia quizás la ayudaría. No sabía si iba a funcionar, pero tenía que intentarlo. Nicholas, por suerte, había entendido y me había apoyado asegurándome de que siempre tendría un lugar en la empresa para cuando regresara. Estuve muy agradecida con el gesto y significó un gran alivio en su momento, pero ahora ya no estaba segura de si regresaría a trabajar allí… estar en un lugar que me conectaba tan de cerca con Ethan no me ayudaría a superarlo, así que debería encontrar otra forma de mantenerme una vez que decidiera emprender el regreso.

Por el momento, no me sentía preparada. Había tantos recuerdos allá y aún no estaba psicológicamente lista para volver a casa… una casa que ahora estaría vacía, una casa que a partir de ahora estaría silenciosa sin la voz de mi abuela, una casa que ya no olería a comida casera… Las lágrimas amenazaron con brotar, pero me obligué a reprimirlas porque no era el momento de ponerme sentimental y dejar que la angustia me desplomara. Debía ser fuerte.

Lana se colocó a mi lado y me abrazó con cariño mientras caminábamos hacia su casa, ubicada sobre la arena blanca de Long Beach. Si bien no era una gran mansión como la de Anna, la vivienda era realmente hermosa. Tenía un pórtico que rodeaba toda la construcción y flores en las jardineras de las ventanas. Un banco de madera colgaba oscilante en una de las alas de la casa, en donde uno se podía sentar a contemplar el atardecer en la playa, leer un libro o simplemente observar el horizonte. Lana había crecido con una vida perfecta, del tipo en la que las niñas como yo no crecían.

Mi abuela y yo habíamos hablado de vivir junto al mar algún día. Cada invierno, cuando hacía frío, nos sentábamos junto al fuego y soñábamos con una casa así, pero nunca habríamos sido capaces de hacerlo porque no podríamos pagar por una casa en la playa. Sin embargo, nos gustaba soñar.

Ahora, aquí estaba yo. No era el cuento de hadas que había planeado, pero no tenía otra alternativa. Por lo menos, aquí podría quedarme por un tiempo más hasta decidir qué hacer con mi vida. La relación con mi tía no era la mejor, pero realmente apreciaba a Lana y las dos nos llevábamos bien. Si bien nunca habíamos sido cercanas, en las semanas que llevaba acá habituamos creado un vínculo de amistad. Le había contado acerca de Ethan y me había escuchado sin juzgarme. Incluso, se había puesto de mi

parte y ahora lo había convertido en su persona menos favorita. Era bueno contar con alguien como ella en momentos así.

También me había ayudado a conseguir trabajo. Uno de sus amigos tenía una cafetería en el centro y estaba necesitando mesera, así que me había postulado para el puesto y me lo había dado sin vacilar. La paga no era muy buena, pero serviría por un tiempo. Podría ahorrar un poco y, además, me serviría para mantener la mente ocupada.

Para ser una chica sin suerte, me las estaba arreglando bastante bien. Estaría bien, pensé un poco más animada. Debería estarlo.

Capítulo 4

Ethan

La cabecera de la cama de Isabelle estaba ligeramente levantada mientras me miraba con expresión triste. Una intravenosa estaba goteando en su brazo. Su cabeza giró lentamente sobre la almohada a medida que sus ojos observaban el cielo azul a través de la ventana.

—Siento que debas pasar toda la tarde encerrado aquí —me dijo, susurrando.

Negué con la cabeza. No necesitaba ninguna disculpa por parte de ella. Eso era estúpido. —Detente. Ya tuvimos esta conversación más de tres veces y no quiero que te sientas mal por ello.

Sonrió suavemente mientras me observaba tomar una silla y deslizarla cerca de su cama para sentarme a su lado. —No voy a viajar a Houston este mes. Me quedaré contigo hasta que te sientas mejor.

Hice una pequeña pausa y tomé una pesada respiración, intentando encontrar el coraje y la certeza de que lo que estaba a punto de decir era lo correcto. Se sentía correcto. Se veía correcto, pero una parte de mi corazón… esa parte oscura que se negaba a soltar a Sophia no pensaba lo mismo. La empujé aún más adentro de mi ser y finalmente dije:

—Estaba pensando en que podrías mudarte a mi departamento —solté cada una de esas palabras como si pesaran y rogué que ella no se diera cuenta de la batalla que estaba librando en mi interior.

Suspiró pesadamente y giró la cabeza para quedar mirando directamente el techo blanco del hospital. No me respondió, así que me vi obligado a insistir por una respuesta. —Creo que sería lo mejor, así yo podría…

No me dejó continuar. Volteó hacia mí con la mirada triste y melancólica. —Hubo una época en que hubiese dado saltos de alegría porque me propusieras mudarme contigo —dijo, despacio.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. —El problema es que esa época quedó muy atrás… cuando aún no había ningún rastro de enfermedad en mi cuerpo. En ese entonces, no lo propusiste y te entiendo… no estabas listo para la convivencia. Además, ambos estábamos muy inmersos cada uno con nuestros propios proyectos… yo con mis estudios y tú intentando llevar el control de los negocios, viajando mucho o lo que sea que hacías en la empresa —Hizo una pausa —. Y me

lo propones ahora, cuando nada de lo anterior ha cambiado, excepto por mi enfermedad. Esa es la única razón que la motiva…

Un nudo se formó en mi garganta. Era un imbécil. —Isa, no es así como lo ves.

Negó. —Ethan, si algún día decidimos convivir, casarnos o formar una familia, quiero que sea por deseo genuino… no por tu exagerado instinto de protección. No puedes estar cuidándome como si fuese una bebé todo el tiempo, Ethan.

Mi mandíbula se tensó ante sus palabras. —No estoy cuidándote como una bebé, Isabelle. Estoy…

—Lo haces y no puedo amarte más por ello, pero tengo miedo de que todo esto termine agobiándote. No soy tu responsabilidad, Ethan. Tengo una familia que también se preocupa por mí y lo único que has hecho este último tiempo ha sido correr a mi mamá de casa y despedir empleadas cuyo estúpido error fue olvidarse de encender el calefactor de la habitación.

En ese momento, me frustré. —¡Tu mamá solo te pone más nerviosa! Está todo el tiempo hablando sobre el maldito cáncer y buscando información absurda en internet. Nada de eso es productivo para ti —me justifiqué.

Sonrió. —Es verdad… pero aun así es mi madre y tiene derecho a cuidar de mí también. No puedes estar todo el tiempo encima de mí.

Dejé caer la espalda contra el respaldo de la silla y crucé mis brazos sobre mi pecho. Su rechazo a mi compañía durante el tratamiento había sido comprensible hasta cierto punto, pero esto no era una visita de rutina al médico.

Me incliné hacia adelante y acaricié suavemente su brazo. —Deberías dejar de ser tan cabeza dura y entender que nada de esto me agobiará. Estando contigo es la única forma de asegurarme que todo vaya bien… Si no te cuidas de la manera correcta, estas estancias en el hospital pasarán a ser permanentes —Inspiré hondo —. Sé que no es el momento que hubieses deseado y lamento haber sido tan tonto de no darme cuenta mucho antes de que querías avanzar en la relación. Déjame compensarte. Déjame cuidarte. Sabes que te daré todo lo que necesites. Tus padres no pueden estar viajando todo el tiempo —Hice una pausa para acomodar las ideas en mi cabeza. Todo iba en caída libre. Después de esto, ya no habría vuelta atrás —Déjame hacerme responsable de ti. Estoy constantemente preocupado de que te enfermes cuando no estoy cerca y la pasantía y tu tesis te están causando demasiado estrés. Entiendo que quieras vivir una vida normal, que quieras continuar yendo a la universidad y tener tu propia carrera, pero si te mudas conmigo, puedo darte mucho más… nada

te va a faltar.

Bajé mi cabeza y observé el piso durante algunos segundos porque no estaba listo para su respuesta aún. Cerré los ojos e intenté calmar el nudo en mi estómago. —Yo te quiero, Isa. Lo sabes, pero estoy asustado de que uno de estos días tenga que salir contigo en brazos de este hospital. Ya lo viví una vez con mamá. No creo poder soportarlo nuevamente.

Su labio inferior tembló y todo su cuerpo se estremeció. Fui duro, pero debía ser sincero con respecto a mis sentimientos.

—Nadie puede saber cuál es mi futuro, Ethan. Puede ser que, algún día, esa sea tu realidad. Puede ser que no. Hasta entonces, me niego a ser tu carga. ¿Sabes por qué te oculté mi enfermedad al comienzo? ¿Sabes por qué rechazo completamente la idea de depender de ti? —Algunas lágrimas comenzaron a caer de sus mejillas, pero se apresuró a secarlas. —Porque quiero seguir siendo la misma chica para ti. Quiero ser para ti la misma chica de quien te enamoraste alguna vez…. Por tanto, tiempo como pueda prolongarlo. No quiero ser tu responsabilidad ni tu obligación. La única cosa que quiero ser es tu novia. Eso es todo.

Sentí como sus palabras golpeaban mi pecho con fuerza. Tomé su pequeño rostro entre mis manos y deposité un suave beso en sus labios. Tomé su mano entre las mías y me senté al borde de la fría cama.

¿Era posible vivir teniendo a una mujer en la cabeza y a otra en el corazón? Porque por mucho que me esforzaba, Sophia seguía regresando a mi mente. Incluso en este momento, que solo debía ser mío y de Isabelle, ella estaba presente. Porque sabía que cada día que pasaba, me alejaba más de ella… cada suspiro de Isabelle me separaba otro centímetro de ella… y así debía ser. Sin embargo, no dejaba de sentirme triste por ello.

Tal vez, debía reconocer que no tenía a una sola mujer en mi corazón, sino a dos. Y cada una empujaba as la otra en una continua pelea sin fin. Ahora, por ejemplo, la parte que le pertenecía a Isabelle empujaba la de Sophía haciéndose casi dueña completa de mi corazón, pero también sabía que esta noche, cuando estuviese acostado sobre mi cama, contemplando el techo de mi habitación, la parte de Sophia empezaría a tirar y ganar terreno nuevamente hasta que en la mañana recibiese un mensaje de Isabelle… entonces, esa parte empujaría a la otra nuevamente.

Era como si todo el tiempo necesitara recordatorios para que la parte que le correspondía a Isabelle comenzara a luchar. Si no los tenía, entonces, mi corazón era completamente de Sophia como lo era mi mente, que no dejaba de preguntarse dónde estaba, si se encontraba bien. ¿Qué estaría haciendo? ¿Seguiría odiándome con la misma intensidad que sus ojos me

habían hecho saber la última vez que nos habíamos visto?

Isabelle presionó mi mando, obligándome a apartar esos pensamientos. Era el recordatorio para que Isabelle volviese a apoderase de mi sistema. Le sonreí, mientras la culpa tiraba de mis entrañas. Me devolvió la sonrisa, ajena a mi tormenta interior.

Luego, levantó sus brazos para colocarlos alrededor de mi cuello y abrazarme. —Te amo —dijo, somnolienta. Envolví mis brazos alrededor de su cintura y la presioné contra mi cuerpo, intentando protegerla de la injusticia de este mundo cruel mientras la observaba sumergirse en un sueño profundo, deseando que en ese sueño ella pudiese tener la vida que se merecía. Una vida sin dolor, sin enfermedad y sin mentiras.

Capítulo 5

Sophia

La tumba de mi abuela era el único lugar al que podía ir a pensar. Tan miserable como sonaba, no había ninguna otra parte en California en donde me pudiese sentir como en mi hogar ahora que el optimismo que me había impulsado unas semanas atrás, comenzaba a evaporarse con cada nueva puesta de sol. Tía Beth ya había comenzado a impacientarse debido a mi larga estadía en su casa y aunque yo no quería seguir incomodándola, lo que ganaba como mesera apenas me alcanzaba para cubrir mis gastos y las propinas tampoco eran muy buenas. Lejos estaba de poder ser capaz de alquilar mi propio lugar, así que debía idear un nuevo plan de vida.

Ya era una mujer adulta y si no tomaba el rumbo de mi vida con manos firmes, nadie lo haría por mí. No podía seguir esperando a que algún hada madrina apareciera de la nada y me transformara en Cenicienta... por mucho que cerrara los ojos y deseara con todo mi corazón, esas historias no eran reales.

Me senté a los pies de la fría lápida de cemento y levanté mis rodillas para envolverlas con mis brazos. Había vuelto a California porque era no había tenido otra opción, pero ahora necesitaba marcharme. No podía seguir perdiendo tiempo aquí ni continuar lamentándome por mi vida.

Sabía a ciencia cierta que sentir lástima por mi misma no ayudaría a resolver mi situación. Cuando recurrí a mi tía para que me ayudase con abue, mi plan era quedarnos hasta que ella se mejorase... pero cuando finalmente su corazón no resistió más, todo fue negro para mí y no tuve el valor de volver sola a Houston, aún sabiendo que mi estancia en la casa de Beth debía ser temporal. Cuando me permitió quedarme en el pequeño cuarto debajo de las escaleras después del entierro de mi abuela, supe que no podía permanecer por mucho tiempo.

El momento de marcharme estaba aquí, pero aun estaba demasiado aterrada ante la idea de regresar. Sabía que podía hacer algo con la casa de mi abuela, pero tampoco estaba segura.

—Me gustaría que estuvieses aquí, abue. Estoy asustada y no tengo a nadie con quien hablar —susurré al aire, mientras observaba como el césped que cubría la tumba se movía acariciado por la suave brisa californiana. Quería creer que ella podía escucharme. —Te extraño, demasiado. Estoy asustada y confundida y no sé qué hacer, no sé que camino tomar. Tengo tanto miedo de tomar una decisión errada —El único sonido que llegó a mis oídos era el susurro de las hojas de los árboles —. Una vez me dijiste que si cerraba los ojos y me concentraba en mi

corazón, el sabría la respuesta. Estoy intentando escucharlo, pero estoy muy confundida. ¿Tal vez podrías ayudarme enviando alguna señal? ¿Cualquier cosa?

Apoyé mi barbilla sobre las rodillas y cerré los ojos con fuerza, negándome a dejar que el llanto me invadiese. En ese momento, la puerta de un auto se cerró rompiendo la paz del lugar y dejé caer los brazos para girarme y mirar en dirección al estacionamiento.

Un brillante Audi plateado acababa de estacionarse al lado de la vieja camioneta Ford del jardinero del lugar. Entorné a mis ojos y mi corazón casi saltó de mi pecho.

Era Anna. Estaba aquí, en el cementerio, luciendo tan intensa como siempre. Su largo cabello negro estaba recogido sobre su hombro en una prolija coleta y los tacos de sus zapatos azules se enterraban en la tierra húmeda impidiéndole caminar con facilidad. Una sonrisa tiró de sus labios cuando mis ojos hicieron contacto con los suyos y una inmensa sensación de alivio recorrió todo mi cuerpo. No quería moverme porque tenía miedo de que, en realidad, estuviese imaginando cosas. ¿Qué estaba haciendo aquí?

Se acercó haciendo equilibrio con su cartera colgando de un brazo y el celular en la mano mientras intentaba que los tacos no se hundieran demasiado en el césped y cuando estuvo a pocos metros de distancia, levantó sus brazos en señal de protesta mientras todo su rostro de contraía en una mueca de reproche.

—No contestas el celular, ¿cómo quieres que te llame y te diga que voy a patear tu trasero de regreso a Houston si no puedo comunicarme contigo? —gritó para asegurarse de que pudiese escucharla bien.

Sus palabras no tenían mucho sentido, pero solo oír el sonido de su voz me hizo salir corriendo a su encuentro. Anna soltó una sonora risa y abrió sus brazos cuando me arrojé en ellos. —No puedo creer que estés aquí —le dije, después de abrazarla.

—Sí, bueno. Fue un largo viaje, pero tú lo vales —me contestó, sonriendo mientras me guiñaba un ojo.

Estaba feliz de que estuviese aquí. Ahora tenía a alguien con quien podía hablar y pedirle concejo. —Estoy tan feliz de que estés aquí, pero ¿cómo me encontraste?

Anna sonrió e inclinó su cabeza hacia un lado. —Conduje por toda la ciudad buscando la dirección de todos los Brooks de la ciudad. Luego, recordé que tu tía tenía otro apellido y casi estuve por darme por vencida, pero en ese momento una chica me escuchó hablar con el dueño de una

cafetería cerca de la costa y se presentó como tu prima.

Asentí, agradeciendo mentalmente al destino y a Lana. —Me gustaría preguntarte como has estado, pero Soph, te ves terrible. ¿Has estado comiendo bien? Debí venir antes —se lamentó.

Mis ropas colgaban flojas de mi cuerpo y era consciente de las ojeras debajo de mis ojos, que por mucho que me esforzara en taparlas, aun seguían allí. Me encogí de hombros. —Han sido unas semanas difíciles, pero creo que ya estoy mejor. Superando las cosas y lidiando con ello.

Anna desvió su mirada hacía la tumba detrás de mí. Pude ver la tristeza detrás de sus ojos mientras leía el nombre escrito en la piedra. —Lo siento tanto, Soph. Realmente hubiese querido venir antes, pero tuvimos unos problemas en la empresa y todo se dilató demasiado —El tono se su voz demostraba arrepentimiento y pena. Sonreí para tranquilizarla.

—Está bien, Anna. No te sientas mal por ello —También dirigí mi mirada hacia la tumba, mientras algunas lágrimas amenazaban con salirse de mis ojos.

—Nadie puede quitarte el recuerdo de los momentos que compartiste con ella. Tienes eso y lo tendrás para siempre—dijo, presionando mis manos entre las suyas.

Volví a asentir, no muy segura de tener la fuerza suficiente para hablar. Anna sacudió la cabeza para alejar los recuerdos tristes y volvió a concentrarse en mí. Tomó aire y lo soltó con rapidez. —A pesar de que hay mucho para que hablemos, vine aquí con un propósito.

Lo había imaginado, solo que aun no podía decidir cual sería su propósito. Anna siempre resultaba ser una caja de sorpresas. —Esperaba que dijeras algo así —dije, mientras la miaraba expectante a la espera de explicación.

Miró a nuestro alrededor. —Eh, ¿podemos hablar en alguna cafetería? —Frunció el ceño y miró de nuevo hacia la calle.

Anna no parecía sentirse cómoda manteniendo nuestra conversación entre las tumbas del cementerio. A decir verdad, nadie en su sano juicio lo estaría. Yo era la única que parecía encontrar cierta comodidad en el lugar y eso dejaba aun más en evidencia mi miserable estado de ánimo. ¡Era tan patética!

—Sí, está bien —dije, y me acerqué para recoger mi bolso.

Antes de levantarme, pasé mi mano sobre el césped y acomodé las flores que había llevado. Ésta era la señal que tanto había esperado. —Gracias,

abue —susurré.

Sonriendo me di vuelta y apresuré mis pasos hasta el exterior. Anna estaba parada al lado de la puerta del copiloto, buscado la llave dentro de su bolso. Cuando notó que me había llegado, levantó la vista —¿Habrá algún Starbucks cerca? Muero por un buen café —Sonreí y asentí mientras mi amiga quitaba el seguro del auto y ambas nos subíamos al vehículo.

Anna conducía como loca, así que algunos minutos después ya estábamos con nuestros cafés en la mano. Sacó un billete de veinte de su cartera y pagó las bebidas mientras el chico detrás del mostrador le guiñaba el ojo. Le sonrió coqueta y se dio vuelta para unirse a mí.

La miré entornando los ojos. Ladeó su cabeza y me regaló un gesto con la mirada —No me mires así, Soph. No estaba coqueteando con él... escribió su número de teléfono en el vaso y me pareció de mala educación no agradecerle su interés —Se justificó mientras abría mis ojos frunciendo el ceño —Está claro que no lo voy a llamar Soph... solo estaba jugando con él —Me sonrió burlona mientras me guiñaba el ojo.

Lo que acababa de suceder, no debía sorprenderme. Anna amaba a Nicholas, pero algunos vicios nunca se van:sentirse adorada por otros chicos era el de ella. Solté un suspiro y saludé al chico que aun la observaba marcharse del lugar como si ella fuese una especie de postre al que quisiera devorar.

Sonreí y negué con la cabeza mientras una parte de mí no pudo evitar sentir pena por el chico que estaría esperando un llamado que nunca llegaría durante todo el día. Estaba claro que había quedado deslumbrado por Anna...cualquiera lo estaría. Lucía tan radiante.

Por un segundo, no logré evitar que mi mente nos comparase. Repasé con la vista la forma en estaba vestida y luego observé a mi amiga. Eramos tan distintas, como la luz y la sombra... ella tan resplandeciente y yo tan opaca, tan miserable.

Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos tan oscuros y la seguí. Maniobramos a través del local, pero no había mesas libres, así que nos dirigimos al exterior en busca de algún banco desocupado.

Una vez que estuvimos afuera, Anna suspiró y se relajó contra el asiento. —No voy a andar con vueltas, Soph. Te extraño. Nunca había tenido una amiga cercana antes y odio que te hayas ido —Tomó un sorbo de su café — La oficina es una mierda sin ti... Ademas, no tengo a nadie con quien hablar... las demás chicas son tan, no lo sé, no son tú.

Sonreí. Sentirse extrañada se sentía bien. —También te extraño —Le contesté.

Entonces, una amplia sonrisa asomó de sus labios. —Genial, porque quiero que vuelvas —dijo, con tono determinante y firme. Tomó aire y continuó —Nicholas y yo nos vamos a comprometer la próxima semana y te necesito conmigo.

Casi me atraganté con la bebida. —Oh, por Dios —dije, conmovida. —¡No puedo creer que Anna Jameson vaya a comprometerse! —La observé, entornando los ojos — ¿Dónde está y que has hecho con mi amiga? —dije, bromeando.

Ambas soltamos una sonora carcajada y nos abrazamos. Realmente, estaba muy feliz por ella. Si había alguien que se merecía ser feliz, sin dudas era Anna.

—Nicholas me aseguró que tendrías tu trabajo de inmediato —mencionó.

Fruncí el ceño. ¿Volver a la empresa? Donde estaba Ethan….La herida de dolor cobró vida.

Tomé aire y dirigí mi vista al frente. —Por mucho que necesite el trabajo, no puedo volver a la empresa, Anna. —Ojalá pudiese. No sabía qué hacer ahora que no tenía a mi abuela conmigo, pero debía encontrar otra solución. Estar cerca de Ethan era demasiado doloroso. Verlo con su novia, sería incluso peor. ¿Podría soportar ver eso? No, seguramente no podría.

Sólo necesitaba seguir adelante... Quizás nunca lo superaría, no del todo. Yo siempre tendría un recuerdo que anhelar de Ethan, pero debía intentar dejarlo lo más enterrado posible.

—¿No puedes o no quieres? —Inquirió.

Solté un suspiro. Volver a Houston y trabajar en la empresa sería la respuesta a mis plegarias, pero no estaba segura hasta qué punto mi corazón resistiría. —Ambas sabemos que necesito olvidarme de Ethan. Pensé que ya lo había superado, pero nuestro último encuentro me demostró que aún no lo he dejado atrás —exclamé, casi como un ruego.

—Eh…Ethan ya no viene tan seguido a la empresa… uh...él tiene algunos problemas en Nueva York, así que casi no lo verías.

—Aun así —respondí, soltando un suspiro —.En algún momento tendría que enfrentarme con él... por no mencionar que el hecho de trabajar en su empresa me lo recordaría todo el tiempo. No, no puedo hacerlo... y

tampoco quiero.

Anna me observó seria por un instante, luchando con algún pensamiento interno. Cuando estaba a punto de abrir la boca para compartirlo conmigo, algo la hizo cambiar de parecer. Se mordió el labio y finalmente, asintió. —Sé que es difícil, pero saldrás adelante.

Le sonreí en respuesta. Quería creerle. Estiré mi mano y apreté la de ella. Deseaba que las cosas fuesen diferentes, de verdad. Si Ethan hubiese sido solo un chico con el que habría roto, lo serían, pero él no lo era. Nunca lo sería. Era más, mucho más de lo que podía comprender.

—Está bien —soltó un suspiro —. Aceptaré que no quieras volver a la empresa, pero tienes que regresar a Houston, Soph. Te necesito allá —me rogó —, ahora más que nunca. No tenía idea lo difícil que es organizar una boda —exclamó, inventando una excusa para convencerme.

—Yo... está bien —dije finalmente.

La expresión de Anna mostró alivio. —Todo va a salir bien, lo prometo —me aseguró —Además, me aseguraré de que Nicholas te de muy buenas referencias... podrás conseguir trabajo con facilidad —dijo, muy animada.

Sin poder evitarlo, también me animé. Contar con una recomendación de una empresa tan prestigiosa como la de los Jameson era como contar con un as bajo la manga... y poco a poco el panorama que se iba dibujando frente a mi comenzaba a tomar más color.

—Además —continuó, con tono sugerente —, Ben vendrá a la fiesta de compromiso. Sonó demasiado entusiasmado cuando me preguntó si estarías. Podrías distraerte con él. Está más que interesado.

Tuve que fruncir el ceño. Yo no quería a Ben...ni a nadie para distraerme, sin embargo, tuve que reírme.

—Espero que no hayas alimentado ninguna esperanza en él —exclamé, mirándola con cierto reproche.

Anna sonrió. —Puede que haya mencionado que aun estabas soltera...

—¡Anna! —la reté y mi amiga se rió ante mi expresión horrorizada.

La imité mientras negaba con la cabeza. Volver a tener a mi amiga conmigo era maravilloso y con cada segundo que pasaba, podía ver como mi futuro ya no se veía tan gris.

Tomé aire y las palabras parecieron fluir de mi boca. —Voy a necesitar pedirte un favor... —mencioné, despacio.

—Lo que sea —respondió, de inmediato.

—Bueno, en realidad, voy a necesitar la ayuda de Nicholas — Anna entornó los ojos, esperando que continuase. —La casa de mi abuela. Quizás me podría ayudar a venderla....

Su sonrisa se amplió. —Cuanta con ello. No hay nadie mejor que Nicholas para ello. Estoy segura de que logrará sacarle un buen precio —Inclinó su cuerpo y me abrazó.

—Gracias —le contesté presionándola con fuerza.

Luego, se retiró y golpeó mi pierna con la mano antes de levantarse —Bueno, si aún no vas a comenzar a empacar, podemos salir. Tengo que pasar la noche aquí antes de volver, así que podemos ir a buscar un poco de diversión en algún lugar y luego quedarnos en un hotel.

Asentí con la cabeza. —Sí, eso suena genial, pero nada de música electrónica. —Anna frunció el ceño —. Tal vez podríamos ir a un club de música country—le sugerí.

—Perfecto. Vamos a pasar un buen rato.

Finalmente, la pesadez en mi pecho se evaporó por completo. El dolor seguía ahí, pero la esperanza de que podía seguir adelante y dejar de sufrir fue un alivio.

Capítulo 6

Ethan

La luz del semáforo cambió a rojo en el momento exacto en que el destino y mi buena surte decidieron juntarse. Muchas personas desfilaron con paso apresurado a lo largo de la senda peatonal, pero solo una llamó mi atención. Solo una persona hizo que mi corazón comenzara a bombear con más rapidez.

Era ella, estaba seguro, entre la horda de transeúntes apresurados u ocupados con la vista en el celular, caminaba tranquila, casi deslizándose entre los demás para hacerse paso.

Entorné los ojos para observarla mejor. Habían pasado nueve semanas y catorce días desde la última vez que había sabido de ella y desde entonces, solo había estado esperando por este momento.

Si hubiese estado bebiendo, le echaría la culpa al alcohol. Tenía que ser una ilusión, una jodida ilusión, pero no había estado bebiendo, ni una gota. Era martes por la mañana y hacía solo algunas horas desde que había aterrizado en Houston. Le había estado dando vueltas a este viaje y posponiéndolo durante varios días, pero cuando el negocio finalmente se cerró y necesitaban mi firma, tuve que ceder. Ahora, el mal humos que me había estado controlando desde que me había subido al avión, se evaporó por el aire.

Finalmente, ahí estaba Sophia. Ya no más oculta, ni alejada de mí por mi hermana, quien me amenazó para que dejara de intentar localizarla. La había encontrado por casualidad, pero no importaba.

No había dudas de que era ella. Estaba realmente aquí, a tres cuadras de la empresa, eso solo podía significar que había ido a hablar con Nicholas… Estaba de vuelta, pensé con alivio.

Me empapé los ojos de ella. Llevaba puesto un vestido de color amarillo opaco que le llegaba hasta las rodillas y se entornaba a su delicada figura en la parte superior. Su pelo rubio caía en forma de cascada sobre su espalda y sus suaves rizos que se formaban en las puntas bailaban al ritmo de los movimientos de su cuerpo. Estaba más delgada y no me gustaba eso. ¿Estaba enferma?

Cuando su figura se perdió tras doblar en la esquina, golpeé el volante debatiéndome si debía seguirla para intentar hablar con ella. No había terminado bien la última vez y no podía arriesgarme a volver a alejarla, así que cuando el semáforo dio luz verde pisé el acelerador y conduje

hasta a la empresa lo más rápido que pude.

Entré a la oficina de Nicholas sin golpear. Él pareció sorprenderse al comienzo, pero luego se relajó contra su asiento. Me miró duramente por unos cuantos segundos, luego sus hombros se desplomaron y soltó un suspiro agudo.

—Sé que estuvo aquí —le dije sin preámbulos.

Nicholas simplemente asintió. —¿Volverá a la empresa?

Mantuvo su expresión severa. —No creo que eso deba importarte, pero la respuesta es no.

Fruncí el ceño —Si acaso le has negado la posibilidad de volver…. —no me dejó continuar.

—No vino por trabajo, Ethan.

—¿Entonces?

Inhaló profundo y alejó la mirada. Pude ver la incomodidad cruzar su cara antes de volver a exhalar. Luego, se paró de su asiento y se acercó a la pared vidriada de la oficina. —No puedes hacer esto, Ethan. Ya has hecho tu elección, y entonces traté de decirte lo que pensaba de ello. Pero seguiste adelante con eso y si tengo que ser el amigo molesto para recordártelo, que así sea.

Me estremecí, porque me molestó como se estaba refiriendo a mí y a mi relación con Isabelle. —No te refieras a mi relación con Isa como "eso" nunca más.

Su expresión fue de disculpa. —Sabes lo que quiero decir, Ethan.

Asentí y apreté los puños con bronca. La impotencia que sentía dentro de mi pecho era innegable y no estaba preocupado por esconderla. Nicholas tenía razón.

—Yo… solo quiero saber si está bien. Necesito hablar con ella —exclamé, mirando por las ventanas de cristal hacia las nubes, moviéndose por el cielo azul.

—Tu hermana fue a buscarla —dijo, con cautela —. Sabía que su regreso solo complicaría las cosas para ti, así que le pedí que no, pero ella se molestó ante mi insinuación y no quise discutir. Dijo que extrañaba a Sophia y que ella necesitaba a alguien.

Asentí. En este momento, quería abrazar a mi hermana y estrujarla en agradecimiento. —¿Dijo por qué no va a volver a la empresa? —pregunté.

Nicholas se apoyó sobre una pierna y se cruzó de brazos, mirándome con un gesto acusador. —Entiendo —dije, comprendiendo que el motivo no era otro más que yo.

—Creo que está haciendo lo correcto —exclamó —. Ella ya ha tenido tiempo suficiente para lidiar con sus cosas y aceptar otras, el problema es ¿qué vas a hacer tú? —inquirió, con tono curioso.

Mantuve la vista en el cielo por varios segundos. Finalmente, me volteé hacia mi amigo. —Nada —respondí, seco, sin emoción. No podía, ni debía hacer nada. Más adelante, podría intentar hablar con ella, explicarle mis motivos, tal vez, ella entendería y me perdonaría, pero ahora no hacer nada era lo correcto.

Nicholas asintió. —Mira Ethan, te conozco. Conozco tu lealtad. De hecho, es una de tus cualidades más admirables, pero desde que conociste a Sophia, todo lo que has hecho fue luchar entre ser leal a tus convicciones o ser leal a tu corazón y créeme, si no fuese porque en el otro extremo de este triángulo se encuentra Isa, te diría que a la mierda todo y que por una puta vez dejes de comportarte como si fueses Don Perfección y sigas lo que te dicta el corazón —Hizo una pasa para suspirar —, pero no puedo decirte eso. Por la misma razón por la cuál decidiste quedarte al lado de Isa, no puedo decirte que está bien que ahora me estés preguntando por Sophia. Aprecio mucho a Isabelle, lo sabes, es una gran mujer y es una mierda lo que está atravesando… pero te tiene a ti y pienso que eso le da fuerzas para seguir luchando, así que, si tengo que ser el amigo metido y desagradable y recordártelo, lo seré.

Tuve que admitir que la reacción de Nicholas me sorprendió. Sus palabras fueron como fuertes golpes en el estómago, pero las necesitaba. Quería que Sophia entendiera y quería su perdón. Quería que supiera que nunca le había mentido con respecto a mis sentimientos y que nadie ni nada volvería a ser tan especial para mí otra vez. Sin embargo, sabía que lo mejor era dejar las cosas como estaban.

—No conseguirás nada bueno si la buscas — Volvió a hablar, esta vez con un tono más relajado —. Sophia está, finalmente, por su cuenta, rehaciendo su vida y haciéndolo bien, ¿y tú quieres ir y hablar con ella para confundirla de nuevo?

Sacudí la cabeza con frustración —¿De verdad se encuentra bien? ¿Te lo ha dicho mi hermana o también has estado hablando con ella? —La desesperación en mi pregunta solo demostraba cuánto necesitaba que

estuviese bien.

—Sí, la he visto unas cuantas veces. Aparte de hoy, Anna y yo comimos con ella en el club ayer.

Suspiré y volví a asentir. El saber que Nicholas y Anna se estaban ocupando de ella ayudó a aligerar mi preocupación. Finalmente, tomé asiento en el sillón que estaba junto al escritorio.

—Sé lo que debo hacer —Me sinceré —. Sé sin lugar a dudas que debo estar junto a Isa —Solté un suspiro —. Sé cuál es el maldito camino correcto, solo que a veces, se me hace difícil seguirlo. Como hoy. No era mi intención lanzarme sobre ti de esta manera, pero no lo pude evitar. Estas últimas semanas sin saber de ella, sin saber si acaso estaba bien, han sido una pesadilla.

Nicholas soltó un suspiro y tomó lugar en su asiento. —Ella está bien, Ethan. Tienes que confiar en lo que te digo —Tomó aire, luciendo resignado —Sin embargo, si de verdad quieres hablar con ella, no podré detenerte, pero es mi deber, como amigo, advertirte que solo vas a complicar más las cosas.

—Lo sé —Fue todo lo que pude responder antes de que un golpe en la puerta nos interrumpiera a ambos y detrás de ella asomara la cabeza de la nueva secretaria para recordarnos que había una junta a la que debíamos asistir.

Nicholas se paró de su asiento y colocó una mano sobre si hombro, dándome aliento. Asentí y me levanté, para luego acomodarme el nudo de la corbata. Era el momento de dejar al sensiblón de lado y volver a tomar el control de la situación. Los demás no debían notar lo miserable que me sentía.

Si algo había heredado de mi padre era la capacidad de ponerme una máscara de seguridad y frialdad a la hora de tratar los negocios y con el pasar del tiempo me había vuelto realmente bueno en eso, aunque parecía que la llevaba puesta durante mucho tiempo y solo me la podía quitar cuando de Sophia se trataba.

Capítulo 7

Sophia

Mi cable no iba a ser instalado hasta la próxima semana. Mis ojos dolían de tanto leer, y quizás también de tanto llorar. Seguí el consejo de Anna y con el dinero que pude conseguir de la venta de la casa que mi abuela me había dejado, terminé de saldar las últimas facturas médicas y me compré un pequeño departamento más cerca del centro de la ciudad. No era lujoso, pero era lo más conveniente.

Tía Beth ni siquiera había intentado disimular su alivio cuando le comuniqué mi decisión de regresar a Houston. Había sido un poco doloroso darme cuenta de que nunca había sentido verdadero afecto por mí, pero tampoco podía culparla ya que nunca habíamos compartido algún vínculo muy cercano. Sin embargo, sí se despidió de mí recordándome que podía llamarla cuando necesitara y algunas frases más sobre la importancia de la familia, pero sus palabras habían sonado huecas.

Por otro lado, despedirme de Lana había resultado un poco más nostálgico. La extrañaba, pero nos manteníamos en contacto por celular y día por medio me enviaba fotos de la playa, recriminándome por no haber elegido establecerme allá. También continuaba en contacto con sus amigos, a quienes había tomado afecto y quienes me habían incluido en su selecto grupo.

Si lo pensaba mejor, podía decir que había tenido más motivos para quedarme que por regresar, pero había algo que me había hecho querer volver a Houston, como un doloroso sentido de pertenencia del que no podía escapar.

Ahora, debía encontrar un trabajo pronto. Con el resto de mi préstamo estudiantil, hice un trato por un auto, pero hasta que consiguiese un trabajo no podía permitirme el combustible. Nicholas me había confeccionado una excelente carta de recomendación y le estaba extremadamente agradecida por ello, así que me sentía bastante positiva al respecto. Había dejado currículum en varios lugares e incluso el propio Nicholas me había concretado una entrevista con un conocido suyo para la semana siguiente. Su tenía suerte, mi vida volvería a retomar el rumbo pronto, pero mientras tanto debía esperar y concentrarme en mis exámenes, aunque ni mi mente, ni mi cuerpo parecían querer colaborar y terminaba desperdiciando la mayor parte del tiempo en cosas inútiles que solo lograban deprimirme más.

Como en este momento. Me encontraba sentada en el sillón mirando mis pies descalzos sobre una caja de cartón que hacía de una improvisada mesa ratona mientras enumeraba mentalmente cosas tan fortuitas que ni

siquiera merecían ser contadas.

Uno: el número de personas que estaba constantemente en mi mente. (Ethan)

Dos: el número de personas con quienes había hablado desde que regresé a Houston (Nicholas y Anna).

Tres: el número de meses desde la última vez que había visto a Ethan.

Cuatro: el número de veces que Anna y Nicholas habían venido a asegurarse que aún estuviese con vida desde que me mudé.

Cinco: el número de mensajes en mi buzón de voz que aún no había escuchado.

Seis: el número de veces que Anna había golpeado mi puerta en los últimos treinta segundos.

Suspiré, forzando a mi cuerpo a levantarse y caminar los siete metros que separaban el sillón de la puerta. La abrí y Anna ni siquiera esperó que la invitase a entrar. Me sonrío y pasó, llevando dos bolsas blancas en sus manos.

—¡Al fin abres! Estas bolsas me pesaban demasiado —exclamó, levantándolas para asegurarse de que las viese —. Compré unas hamburguesas —me dijo—. Pasaba por aquí de camino a casa y pensé que podrías querer una. —Puso las bolsas en la encimera de mi cocina, luego caminó hacia el sofá y se desplomó en él. —Nicholas no sale del trabajo hasta pasada las siete. ¿Querés que veamos una película mientras comemos?

Cerré la puerta y la enfrenté. —Gracias por la comida, pero, de verdad, no hace falta que me trates como si fuese una niña pequeña. Estoy bien.

Me senté a su lado y hundí mi cabeza en el respaldar casi tan rápido como mi corazón lo hizo en mi estómago. Odiaba sentirme como si sólo estuviera aquí porque sentía lástima por mí. La última cosa que quería era ser la preocupación de alguien.

Anna levantó la mirada hacia mí y me sonrío. —No vengo porque siento lástima por ti, Soph. Eres mi amiga. Además, necesitas compañía. Desde que llegaste, no has hecho otra cosa más que —Miró alrededor y observó la pila de libros sobre la repisa — leer y sentir lástima por ti misma.

Suspiré porque tenía razón. Dios, qué patética sonaba. —Sí, lo sé. Apesto

—exclamé.

Me sonrió. —Para eso estoy aquí —dijo, sonando animada. Sonreí. —Y bien, ¿cómo ha estado tu día? —consultó.

—Aburrido —respondí, soltando un suspiro —, ¿y el tuyo?

—Caótico.

—¿Mucho trabajo en la empresa?

—No te das una idea. Con el nuevo lote de la costa, la oficina es un caos de papeles y contratos —Se rio—. Incluso Ethan ha tenido que venir para ayudar a Nicholas.

Ethan.

Dios, el simple hecho de escuchar su nombre dolía.

Anna se dio cuenta de su desliz cuando notó el cambio en mi expresión. —Mierda. Lo siento.

Presioné las palmas en el sofá y me levanté, queriendo escapar de la incomodidad de nuestra conversación. En realidad, no era un tema del que quería estar hablando.

—No importa. Ya debería haberlo superado ¿no? —dije, con cierta nostalgia en la voz mientras escaba de la mirada angustiosa de Anna —Bueno, ¿por qué mejor no comemos? —le pregunté mientras me dirigía a la cocina—. Estuve cocinando como loca toda la tarde para preparar estas hamburguesas, así que mejor te comes una —intenté bromear. No quería empeñar el ambiente con mis tontos sentimientos.

Anna se rio, entró en la cocina conmigo y tomó una de las hamburguesas. Desenvolví la otra y me incliné contra la barra, pero antes de que pudiese llevarla a mi boca, me sentí demasiado asqueada como para comer. Con toda sinceridad, no había dormido o comido demasiado en los últimos días. Odiaba sentirme tan contrariada con mis emociones. Por un lado, extrañaba a Lana y la vida tranquila que había llevado durante algunas semanas en California, pero cuando estaba allá, solo había pensado en Houston, en Anna y, por supuesto, en Ethan.

Era difícil no saber de él. No le había preguntado a Anna por razones obvias, porque nada cambiaría las cosas y estaba segura de que cualquiera fuese la respuesta, solo me causaría más angustia, pero me sentía como si tuviera un gran y enorme hoyo en mi pecho ante la

constante curiosidad.

—Un dólar por tus pensamientos.

Miré a Anna que estaba inclinada contra la encimera, observándome pensar. Me encogí de hombros y puse mi comida sin comer a un lado, luego me abracé a mí misma y bajé la mirada hasta mis pies, temiendo que, si la miraba, sabría lo que estaba pensando.

—Mira —dijo, agachando la cabeza en un intento para que la mirase a los ojos—. Sé que no has preguntado por él porque sabes tan bien como yo lo mucho que necesitas seguir adelante. Pero si tienes preguntas, las responderé, Soph. Las responderé porque eres mi amiga y eso es lo que los amigos hacen.

Mi pecho se elevó con una profunda respiración, y antes de que pudiese soltarla totalmente, la pregunta escapó de mi boca. —¿Aún está en la ciudad?

Anna tensó la mandíbula, lo que me hizo pensar que desearía no haberme dado la libertad para preguntar sobre Ethan. Asintió.

—No estoy segura de sí debería estar diciéndote esto —Se detuvo por un momento, luego se giró para mirarme—. Preguntó por ti, casi todos los días desde que dejaste la empresa.

Su comentario me mató totalmente. Morí mi labio inferior y luego me giré para darle la espalda. Estaba confundida por mi reacción, confundida por mi corazón. Fui consumida inmediatamente por la alegría de saber que pensaba en mí, pero pronto fue opacada por el dolor cuando el recuerdo de lo que me hizo me golpeó. Ni siquiera sabía cómo me sentía.

Anna suspiró pesadamente, y me sentí horrible por permitirle verme reaccionar de esta forma. No debía haber preguntado. Maldita sea.

Los brazos de mi amiga se envolvieron a mí alrededor, y me atrajo hacia ella. Sabía que no quería verme triste estaba haciendo mi mejor esfuerzo para no parecerlo. Llorar por ello no iba a ayudar, de todas formas. No me había ayudado en las últimas semanas.

Me alejé de Anna y caminé hacia la mesada, donde saqué un pedazo de toalla de papel. La enrollé en mi mano y limpié mis ojos en ella. —Odio los sentimientos —le dije mientras secaba una lágrima.

—Hay algo más, Soph —dijo en voz baja —, pero no me corresponde a mi decírtelo.

Hice mi mejor esfuerzo para respirar y borrar el resto de mis lágrimas. —De verdad, creo que ambos deberían hablar. Yo…hay mucho que necesitas saber para comprender. Estoy segura de que, si lo escuchas, te sentirás mucho mejor y podrás seguir con tu vida.

Sabía que tenía razón, pero no era tan fácil. —Sí, lo sé. Sé que tendré que hablar con él eventualmente, solo que aún no estoy lista —respondí. No entendía por qué Anna insistía tanto en que debía darle una oportunidad a Ethan para explicarse. Era su hermano, claro, pero no estaba segura de poder soportar una charla con él en estos momentos. ¿Cómo podría hablar con él sin romperme y decirle lo mucho que aun, a pesar de todo, lo amaba? Eso no ayudaría en nada. Solo estaría más herida cuando me dijera que prefería a Isabelle.

Antes de conocer a Ethan, no sabía lo que se sentía estar completamente enamorada. Veía parejas y soñaba con el día en que un hombre me mirara con devoción y adoración en sus ojos. Me imaginaba caminando por el pasillo de una iglesia hacia el hombre que me viera y amara solo a mí. Que me amara a pesar de todas las dificultades. Que me amara a mí y a mi imperfecta vida. Por un momento, estuve segura de que había encontrado eso…

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el sonido del celular de Anna sonando dentro de su cartera. Ella atendió y todo su rosto se iluminó cuando escuchó la voz de Nicholas del otro lado. Quería lo que Anna tenía. Más que cualquier otra cosa…quería eso, pero no podía tenerlo. Al menos, no con Ethan.

Luego de unos segundos, Anna cortó la llamada. Dejó el celular sobre la encimera y se inclinó para apoyar los codos sobre el mármol.

—Bien. Sé que es duro, pero la fiesta de compromiso es en dos días.

Todo mi cuerpo se estremeció y no logré ser capaz de enmascarar el dolor en mi mirada. Ya no podría seguir escondida por mucho más tiempo.

—Estaré ahí. No estarás sola —dijo, intentando tranquilizarme. Luego, toda su expresión cambió. Mi cuerpo se estremeció en anticipación porque ya había visto esa mirada antes — De hecho, tendrás una cita.

Dejé de parpadear y esperé una explicación de su última declaración. ¿Qué quiso decir con “una cita”?

—¿Eh?

Mi amiga aclaró su garganta. —Está bien. Aquí está la cosa. Ben también

está en la ciudad — exclamó, con más entusiasmo del que debía.

Mordí mi labio inferior porque supe, de inmediato, hacia donde se dirigía esta conversación. Y no me gustaba.

—Bueno, ha estado preguntando por ti — Su voz ahora es casi juguetona.

—Estás loca, Anna —Respondí incrédula —. Sale con modelos y esas cosas. Lo vi en las fotos de la fiesta de fin de año en la página web de la compañía. Y estoy segura de haber visto a esa chica en comerciales de maquillaje.

Anna se rió. —Está retocada en ese comercial. No es tan fabulosa en la vida real. La conocí. Confía en mí.

Volví a fruncir el ceño, no muy convencida. —Eres ingenua, Sophia Brooks. Sólo porque no has tenido suerte en tus elecciones no significa que no seas hermosa, inteligente y muy atractiva para cualquier tipo con dos ojos y un cerebro. Confía en mí, ¿sí?

—¿Tengo otra opción más que confiar en ti? —pregunté, sonriendo.

Soltó una carcajada. —No, no tienes. Es más, para motivarte, mira esto —dijo, buscando algo en su celular. Hizo clic en la pantalla y lo volteó para enseñármelo.

Estaba segura de que mi boca se había abierto. Era una foto de Ben, sin camisa, con una playa de fondo. Sus músculos lucían bronceados y bien tonificados y sus abdominales… ¡Guau! Hacían que uno quisiera lavar ropa en ellos.

Anna soltó una carcajada y guardó el celular en el bolsillo trasero de su pantalón. —¿Ves? Te dije que debías confiar en mí —exclamó, guiñándome un ojo. Mis mejillas se enrojecieron al darme cuenta de que había adivinado mis pensamientos, pero, a decir verdad, no me había percatado de que Ben hubiese sido tan sexi antes. Tal vez, eso se debía a que cuando lo conocí solo tenía ojos para Ethan.

¡Dios! Ahí estaba de nuevo… ¡Ya no podía seguir así! Tragué el nudo en la garganta y arrinconé la tristeza en la esquina más alejada de mi pecho. No sabía si asomar la cabeza fuera del caparazón que había creado a mi alrededor me haría olvidarlo, pero tenía que intentarlo si quería seguir adelante. No podía continuar pegada a recuerdos dolorosos.

—¿Y? ¿Qué me dices? —La voz de Anna me trae de vuelta a la realidad.

Levanté la vista y la encontré mirándome expectante. —Bueno, creo que tener compañía esa noche me hará bien —digo, intentando disimular mi

inseguridad.

—¡Genial! —prosiguió, con su habitual entusiasmo —¡Vas a ver que todo saldrá bien! Y cuando estés camino a altar, me lo vas a agradecer.

Rodé los ojos ante su comentario. El entusiasmo de Anna a veces podía ser demasiado avasallante, como todo en ella, si debía ser sincera. La idea de asistir a la fiesta de compromiso con alguien más me relajó en cierta forma. Al menos, lograría disimular lo patética que había sido mi existencia este último tiempo.

Capítulo 8

Ethan

Me había despertado hacía más de una hora, pero Isabelle seguía durmiendo tranquilamente, así que no me podía mover. Ella necesitaba dormir y su cuerpo necesitaba todo el descanso que pudiese.

Había pasado toda la mañana acompañándola mientras alternaba entre la cama y el baño. En el almuerzo, el vómito se había calmado y pudimos almorzar en el club de campo junto con mi padre y su prometida. Fruncí los labios. Tanto como el compromiso de Anna y Nicholas me alegraba, el de mi padre me provocaba un incómodo malestar en el estómago, sin embargo necesitaba permanecer calmado.

Metí un mechón de cabello detrás de su oreja, luego pasé una mano por su hombro y tracé algunos círculos con mi pulgar. Sus ojos aún estaban cerrados y se acurrucada en posición fetal. Se veía tan frágil en este instante. Solté un suspiro pesado. Me gustaría poder construir a su alrededor una capa protectora y protegerla de esta enfermedad horrible que el mundo le había lanzado.

Miré hacia la mesita de noche cuando la pantalla de mi celular se iluminó. Intentando que mis movimientos fuesen lo más suaves posible, me incliné hacia adelante y extendí mi mano en busca del teléfono.

Era un mensaje de Nicholas.

«No es que no has hecho suficiente, pero ¿por favor podrías hablar con Anna? Está enloqueciendo y juro que me hará perder la cabeza en cualquier momento».

Me reí y me levanté de la cama con cuidado. La fiesta de compromiso de Anna y Nicholas era esta noche.

Ser consciente de eso me provocó un escalofrío en todo el cuerpo. Eso significaba que la volvería a ver.

Mantenerme distanciado de ella estaba resultando más duro de lo que me había imaginado. Cada vez que venía a Houston, tenía casi decidido conducir hasta su casa y Dios sabía lo mucho que yo necesitaba saber como estaba, escuchar su voz y ver cómo le estaba yendo.

Sin mencionar que, durante estos últimos días, Anna no dejaba de mencionarla. Ella la estaba ayudando con los preparativos de la fiesta y su

nombre salía a colación en todos nuestros almuerzos.

Casi me había roto y estuve a punto de volver a llamarla la mañana que me la crucé de camino a la empresa, pero me contuve. Ambos debíamos entender que lo nuestro no podía funcionar. Es decir, ¿Qué podíamos esperar? ¿A qué Isabelle finalmente cediera ante el cáncer para poder estar juntos? Dios, el solo hecho de imaginármelo me hacía sentir enfermo.

Sin lugar a dudas sabía que debía hablar con ella. Sophia necesitaba una explicación y yo necesitaba dejar de sentirme como un maldito bastardo sin sentimientos cada vez que ella posara sus ojos acusadores sobre mí. Debía ser sencillo. Debía poder llamarla y decirle lo que estaba ocurriendo, pero una parte de mí me lo impedía.

Era la parte retorcida y perversa dentro de mí. Esa parte que me decía que si Sophia entendía que yo no había tenido elección, que no había encontrado otra opción más justa que hacer lo correcto con Isabelle, ella me entendería y me perdonaría y entonces, esa chispa de esperanza…. esa maldita chispa que quemaba lentamente el interior más oscuro de mi alma, se encendería con más fervor y mi mente comenzaría a pensar en todos los posibles "tal vez" que una mente siniestra como la mía pudiese imaginar.

No podía arriesgarme a que eso pasara. ¿Cómo podría cuidar de Isabelle con el corazón dividido? Me había costado mucho volver a juntarlo y de a poco podría jurar que lo estaba logrando.

Caminé hasta la cocina y encendí la cafetera. El aroma a café recién preparado de la mañana olía a bálsamo. Me serví una taza e inhalé profundo. Sin poder evitarlo, mi mente viajó de nuevo a Sophia y al recuerdo de ella inhalando el dulce aroma a café, a la expresión casi extasiada en su rostro cuando la cafeína ingresaba a sus fosas nasales y a sus labios carnosos cuando por fin llevaba la taza a su boca. Sacudí la cabeza.

Había momentos, como este, en que una simple acción cotidiana como tomar café despertaba recuerdos que creía haber olvidado o que desearía olvidar para no sentirme tan miserable. Esos recuerdos, pequeños flashes que dejaban un sabor amargo en mi boca, parecían hacerse más frecuente cuando estaba de visita en la ciudad.

¿Podía dejar de venir? Sí, sí podría. No era este el caso ya que difícilmente podría faltar a la fiesta de compromiso de mi hermana, pero las demás ocasiones sí podrían evitarse o haberse evitado. Sin embargo, esa parte perversa dentro de mí parecía alegrarse cada vez que un compromiso

laboral me traía de regreso a Houston.

Si era honesto conmigo mismo debía reconocer que la razón por la que no podía soltar del todo a Sophia era porque nunca lo había intentado realmente. Había dejado algo inconcluso entre nosotros que me mantenía atado a ella. Y ese, debía reconocer, era el motivo más fuerte por el que no le había dicho la verdad a Sophia.

Ella no me atendía el teléfono, tampoco me escuchó cuando la enfrenté para hablar, pero eso no era excusa. Podría haberle escrito un mail, un mensaje, lo que fuese. Ella en algún momento lo leería. También podría no haberle hecho prometer a mi hermana que no le diría lo que estaba ocurriendo en verdad.

Inconscientemente, había hecho todo lo posible para evitar que ella se entesarse de mi situación respecto a Isabelle, porque mientras ella no lo supiese, aun tendría una excusa que me mantendría atado a su vida… aun tendría una explicación para darle, aún nos deberíamos una charla….siempre habría algo pendiente entre nosotros.

¿Qué pasaría cuando Sophia finalmente se enterase de la verdad? ¿Cómo reaccionaría? ¿Lo comprendería y me perdonaría? ¿Apoyaría su mano en mi hombro y me consolaría, alimentando el deseo prohibido en mi interior? ¿Me sonreiría y me diría que todo va a estar bien, que ella estará presente para ayudarme, para no dejarme caer?

¿O todo se terminará? ¿Sophia cerrará este capítulo, nuestro capítulo y comenzará a leer un nuevo libro?

¡Maldición! ¡No quería!

Al darme cuenta de la mezquindad de mis sentimientos, un sentimiento de odio hacia mi mismo brotó en mi interior. ¿En qué ser ruin me había convertido?

Apreté los puños maldiciendo para mis adentros cuando el sonido de la puerta a mi espalda me puso en alerta.

—Estabas acá —La voz de Isa llamó mi atención.

Mi cuerpo se estremeció por un momento, pero rápidamente me recompuse. Le sonreí. —Sí, vine a prepararme un café. Siéntate que te sirvo un té —le ofrecí, encendiendo al pava eléctrica.

Suspiró frustrada. —Ethan, puedo hacerme un té por mí misma —Sonaba cansada y un poco molesta. No era la primera vez que el tono de su voz

me advertía que estábamos a punto de indicar una nueva discusión.

La había perdido la cuenta de la cantidad de veces que habíamos discutido por el mismo motivo. Quería cuidarla, ella se molestaba. Quería atenderla, ella se volvía a molestar.

—Sé que eres perfectamente capaz de hacerte un té —dije, también sonando un poco frustrado —, pero estoy acá, al lado de la pava —dije, señalando el aparato.

Abrió la boca para responder, pero la cerró sin pronunciar palabra. Torció un gesto con los labios y se sentó. Aflojó los hombros. —Bueno, ya que estás parado al lado de la pava, quisiera un té de manzanilla —dijo, en tono irónico.

En otro momento le hubiese respondido, con el mismo tono de voz, que si tanto le molestaba que le preparase un té, bien podría hacerlo ella misma, pero me contuve. Lo último que necesitaba era iniciar una pelea que tendría el mismo final que todas las demás: ella llorando y yo sintiéndome un cretino.

Me mordí la lengua y busqué una taza. — ¿Te sientes mejor? —Consulté con cautela mientras volcaba el agua sobre el saquito de hierbas.

Asintió. —Sí, ya no me siento descompuesta. Solo necesitaba descansar un poco —respondió.

Asentí y sonreí alcanzándole la taza. Luego, me senté a su lado, en silencio.

En un pasado, solíamos hablar mucho. El cuadro era muy similar al actual. Los dos sentados juntos. Ella con un té y yo con un café. Yo con mi computadora y ella con sus libros. Charlábamos sobre la empresa, los negocios y los proyectos a futuro de la compañía. Ella se mostraba interesada y le gustaba colaborar y yo siempre había valorado su perspectiva. Gracias a sus consejos habíamos logrado cerrar unos tratos muy jugosos que nos habían permitido ganar mucho dinero, pero ahora ella ya no iba a la empresa con tanta frecuencia como lo hacía antes y yo evitaba hacerle comentarios que la involucrasen en los asuntos de la compañía. Lo último que necesitaba en estos momentos era agobiar su cabeza. Ella solo debía estar tranquila para poder recuperarse.

Como no hablábamos negocios, ni de proyectos, nuestros temas de conversación se habían casi reducido a la mitad. Nunca, hasta este momento, me había puesto a pensar en lo poco que teníamos para charlar entre nosotros fuera del vínculo que nos había unido desde el inicio.

— ¿A qué hora debemos estar en la ceremonia? —consultó.

—Más o menos para las seis de la tarde. Pero podemos ir más tarde si te sientes un poco mal.

Suspiró. —Estoy bien, Ethan. Me siento de maravilla —enfatizó— Y estoy muy entusiasmada con esta fiesta. No he ido a una desde que me diagnosticaron, así que te pido que no estropees mi emoción con tus tontos miedos.

—Entiendo tu emoción, solo te pido que no te esfuerces demasiado. Si en algún momento te sientes cansada o mareada, me lo decís y nos volvemos de inmediato.

Rodó los ojos. Luego, se llevó ambas manos a la cara frotándose los ojos con ellas. —Sí Ethan, estoy cansada, pero no físicamente. Estoy cansada de que me trates como si me fuese a romper en algún momento. No soy de cristal —enfatizó estas últimas palabras.

Me demoré algunos segundos para reunir mis pensamientos, porque no quería decir nada que luego lamentase.

—Sé que no lo eres —Fue mi respuesta. Era mentira. Para mí, Isabelle lucía casi tan frágil como una muñeca del más fino cristal.

Me miró fijo, con expresión firme. —Bien, porque soy mucho más fuerte que eso —Suspiró. Luego, tomó mis manos entre las suyas y su mirada se tornó suplicante. — y esta noche de verdad me gustaría disfrutar, olvidarme de esta enfermedad y solo ser tu novia, como en los viejos tiempos.

«Como en los viejos tiempos», sus palabras resonaron en mi cabeza. Me preguntaba si todo podría volver a ser como antes entre nosotros. Suavicé mi expresión y liberé una de mis manos para acariciar tu mejilla. —Así será —contesté.

Me sonrió con expresión victoriosa. —Muy bien.

Se levantó de la mesa, me dio un fugaz beso en los labios y comenzó a caminar hacia la puerta, pero antes de salir se giró para hablarme. —En veinte minutos tengo que ir al salón de belleza, ¿me llevas? ¿o me pido un taxi? —Su consulta era absurda ya que estaña seguro de que sabía la respuesta.

La miré con expresión obvia. —Sabés de sobra que no permitirme que te subas a un taxi sola. Déjame cambiarme la camisa y luego te acerco.

Me sonrió, restándole importancia al tono de mi voz. —Sí, ya lo sabía, solo quería ver si lograba tomarte desprevenido —se encogió de hombros y salió de la habitación.

Isabelle estaba decidida en vivir su vida como si no tuviese una enfermedad que consumía su cuerpo con cada segundo que pasaba. Tanto como a ella le molestaba que yo quisiera cuidarla, a mi me molestaba aún más su terquedad por no permitirme hacerlo a mi manera.

Terminé mi café y coloqué las tazas en el fregadero para que la empleada las lavara cuando viniese a limpiar. Luego, caminé hacia la habitación para cambiarme de ropa y llevar a Isabelle al salón de belleza.

Suspiré de mala gana. Sí, tendría que ir a un lugar a donde nunca iría si la situación fuese otra y estaba seguro de que me iba a aburrir como otra, pero podría llevar la portátil y adelantar un poco de trabajo mientras la esperase. Además, si mal no recordaba, había una buena cafetería al lado del local en donde podría tomarme algún café y hacer mi espera más amena.

Capítulo 9

Sophia

Ben era todo lo que Ethan no. Relajado, desestructurado y me hacía sentir atractiva. No decía cosas malas que hirieran mis sentimientos y, lo más importante, no estaba acompañado por otra mujer. Se encontraba conmigo y era muy agradable. Por tonto que sonase, me gustaba volver a sentirme deseada. Entonces, ¿por qué seguía mirando a Ethan?

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Ben a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

Arranqué mi mirada de Ethan y giré hacia mi acompañante. —En realidad no. A menos que tú quieras —le contesté. En serio no quería ir a ninguna parte cerca de la barra. Estar lejos de Ethan era lo mejor.

—¿Estás bien? Pareces deprimida. —La preocupación en la voz de Ben era evidente.

No podía decirle exactamente que mi corazón había sido dañado cruelmente por su primo y que me estaba muriendo por dentro con solo verlo. —Solo estoy un poco cansada. Lo siento. Voy a tratar de lucir más animada.

—La decoradora hizo un trabajo fantástico. Este lugar luce mágico, muy romántico —señaló, mirando alrededor.

Ben intentaba buscar algún otro punto de conversación y pude notar que se sentía un poco incómodo. Me sentí horrible. No quería ser grosera, pero me estaba resultado demasiado duro mantener una charla fluida mientras intentaba hacer mi mejor esfuerzo para no levantar la vista. Estaba segura de que Ethan me estaba mirando. Podía sentir sus ojos sobre mí.

Solo un par de horas más, me dije para mí. Podía soportarlo por algunas horas.

—Sí, trabajó en esto durante toda la semana —le contesté, sonriendo. —Además, Anna no le quitó los ojos de encima ningún segundo —comenté, haciendo un gesto.

—Conociéndola, estoy seguro de que fue un dolor de muelas para la pobre chica —bromeó.

Sonreí divertida. —Creo que pensará muy bien si aceptar o no hacer la

decoración de la boda —continué con el chiste.

Ben rió, pero luego su expresión cambió. — ¿Y tú? ¿Piensas en casarte? —Lo miré, arrugando la frente — Bueno, ¿no es eso lo que sueñan las mujeres? Vestido blanco, novio disfrazado de pingüino y esas cosas —Estaba segura de que se estaba divirtiendo a mis costillas.

Torcí un gesto con la boca y sonreí. —Te faltó un pequeño detalle… para soñar con casarte, primero necesitas un novio.

—Bueno, eso es lo más fácil de conseguir. Para alguien tan hermosa como tú, estoy seguro de que no te deben faltar candidatos —Intentaba sonar casual, pero parecía que me estaba indagando.

Le resté importancia. —En eso estás muy equivocado.

— ¿Pero qué les pasa a los hombres de Houston? ¿Es que acaso están todos ciegos? —Parecía indignado, aunque el tono de su voz me indicaba que bromeaba.

Reí con ganas. Una parte de mí estaba realmente feliz de recibir sus halagos. — ¿Y qué me dices ti? ¿No sueñas con casarte? Traje y moño y todo eso —bromeé en respuesta.

—¡No, por Dios! — exclamó, poniendo expresión horrorizada —De hecho, acabas de describir una de mis pesadillas.

Sí, Ben era esa clase de hombres. Agradable, pero solo como amigo o amante. Huía del compromiso. Aunque si lo pensaba bien, era comprensible. Ben era apuesto, divertido y rico, y le sacaba muy buen provecho a todas esas cualidades.

—Ven, vamos al patio. El clima está perfecto y en la carpa sé que hay un grupo que está tocando música en vivo —sugirió. Asentí porque realmente quería escapar de ese lugar. —Oh, espera. Nicholas y Anna ya están aquí —dijo antes de detenerse y apuntar hacia la puerta por la que habíamos venido.

La pareja de novios ya se hallaba dentro, hablando con el resto de los invitados. Teníamos que ir a saludarlos antes de escaparnos al jardín.

—Vamos a saludar primero —le contesté.

—Sí, intentemos rescatar a Nicholas antes de que sea demasiado tarde. —El tono divertido en su voz me hizo soltar una carcajada.

—Por su cara de bobo enamorado, no creo que quiera ser rescatado

—contesté, sonriendo.

Ben soltó un suspiro y miró al novio de mi amiga con expresión divertida. —Definitivamente, el pobre está feliz de ponerse la correa —bromeó, aunque enseguida su voz se ablandó. —Pero sabes algo, se lo merece. Ha estado enamorado de Anna desde el día en que la conoció, aunque intentaba disimularlo, sin éxito si me preguntas —añadió, mirándome con expresión graciosa — Estoy seguro de que está más que apurado por dar el sí… antes de que Anna se arrepienta claro —finalizó, bajando un poco el tono de su voz.

Reí nuevamente. Parecía como si estando con él, lo único que podía hacer era reír. Golpeé apenas su brazo simulando regañarlo por su comentario hacia mi amiga y ambos comenzamos a caminar en su dirección, aunque no pudimos hacer muchos pasos ya que fuimos interrumpidos por la voz de conductor de la fiesta que invitaba a los novios a acercarse al centro de la pista para el primer baile de la noche.

Nos ubicamos a un costado y los observamos caminar tomados de la mano. Nicholas y Anna se detuvieron bajo las luces blancas que colgaban alrededor de varias linternas de papel en el centro de la sala principal. La sonrisa en el rostro de Anna casi me hizo llorar y no pude evitar sentir un pequeño dolor en mi pecho. Dolía ver a otras parejas enamoradas y felices, porque eso es lo que siempre había querido, aunque no con cualquiera, sino con un hombre que quisiera lo mismo. Anhelaba ser mirada con la misma devoción con que Nicholas miraba a mi amiga. Un tiempo atrás, hubiese deseado que Ethan me mirase de esa forma, pero ahora debía reprimir el deseo. No podía esperar eso de un hombre que me había mentido y engañado, sin embargo, todavía lo quería.

Solté un suspiro y miré a través de la pista.

Ethan fue lo primero que mi visión atrapó. Estaba apoyado contra la puerta corrediza de vidrio con las luces del patio iluminando su espalda. Sus ojos oscuros se centraron en los míos, y la forma en que su boca se curvó en una sonrisa suave y arrepentida, hizo que fuese difícil recordar por qué tenía que odiarlo. Lo observé pasarse su mano derecha por el cabello y su expresión de angustia no pasó desapercibida.

Maldito, exclamé para mí. Lo odiaba por lucir tan jodidamente sexi con sus pantalones claros y camisa negra, pero odiaba aún más a mi patético corazón por sentirse tan afectado por presencia.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir al tiempo que alguien lo tomaba del brazo. Fue como si me dieran un puñetazo en el estómago. Sabía que no debía esperar no sentir angustia al verlos juntos, pero realmente deseaba estar más preparada emocionalmente. Todo el dolor que creí haber reprimido en este tiempo comenzó a emerger muy dentro

de mí.

Ver a Ethan con su mano apretando la de Isabelle dolía condenadamente mal. Dolía la forma en que su pulgar acariciaba la parte superior de la palma de su mano. Dolía la forma en que ella lo estaba mirando, pero, en especial, dolía la forma en que él la miraba. Ella se acercó un poco más a su cuerpo y lo abrazó por la cintura mientras él depositaba un corto beso en su frente. Mi corazón dolió un poco más.

Los observé varios minutos. Pude notar que Isabelle estaba cambiada. Físicamente cambiada. Mis recuerdos de ella implicaban una mujer voluptuosa con una energía contagiosa. La mujer que Ethan tenía abrazada lucía mucho más apagada. Había perdido varios kilos y su largo cabello ahora estaba corto sobre la nuca. Seguía siendo igual de hermosa que antes, pero su mirada denotaba una tristeza que antes no se encontraba allí.

Cuando la música terminó, ambos se dirigieron al centro de la pista y Anna se arrojó a los brazos de su hermano que la miraba con sentido orgullo.

Ben presionó mi mano con fuerza y me animó a caminar en su dirección jalándome suavemente. Había estado tan concentrada en mi análisis sobre la expresión en el rostro de Ethan que no me había dado cuenta de que debíamos comenzar a movernos para saludar a los novios.

Como si pudiera distinguir nuestros pasos en el medio de los demás invitados, Ethan levantó los ojos para encontrarse con los míos. La sonrisa en su rostro se congeló, pero sólo por un momento. Luego, los volvió a concentrar en Nicholas.

Para ese momento, ya habíamos llegado hasta los novios. Ben le dio un abrazo a Anna y entonces me miró con una sonrisa. —Debería reclamarte por haber atrapado a mi amigo y obligarme a verlo caminar hasta su sentencia, pero me has conseguido la mejor compañía para hacerlo, así que supongo que debo agradecerte.

Anna me dirigió una mirada cómplice y tuve que contener mis ganas de gritarle.

—Estoy tan feliz de que estés aquí —me dijo antes de que yo pudiese abrir mi boca. Solté un suspiro y le sonreí en respuesta para brindarle un cálido abrazo.

—Y yo estoy tan feliz por ti —contesté —. ¡Mírate! Tú comprometida.

—Algún día tenía que pasar ¿no? —respondió, con los ojos vidriosos.

—No quiero sonar presumida, pero ¡te lo dije! —bromeé apretando sus manos entre las mías.

El resto de los invitados comenzaron a impacientarse, así que solté a mi amiga intentando contener las lágrimas de emoción que pretendían escapar de mis ojos y regresé al otro extremo de la pista. Ben estaba conversando animadamente con Ethan y no había forma de que yo caminase hasta allí.

Me moví incómoda entre los invitados e intenté camuflarme con el decorado sin mucho éxito. El vestido rojo que había elegido para la ocasión no iba a tono con el resto de las telas blancas que colgaban de las paredes.

Estaba contemplando la posibilidad de marcharme al patio cuando los ojos de Ben se dirigieron hasta donde yo me encontraba escondida impidiéndome continuar con mi cometido. Ethan imitó el recorrido de su mirada y ambos cruzaron algunas palabras antes de comenzar a caminar en mi dirección. Sintiendo como las paredes de mi pecho se estrechaban, los observé pasar entre algunas personas mientras me planteaba la posibilidad de salir corriendo.

Quería apartar la vista de él, pero no podía. Me miraba sin expresión en su rostro y lo odié un poco más por ser tan frío. Caminaba con pasos tranquilos mientras sostenía la mano de Isabelle entre sus dedos. Sabía que la expresión en mi rostro podía revelar más de lo que quisiera, así que me obligué a desviar mi mirada hacia Ben. Este no era el momento ni lugar para dejar asomar mis emociones.

Terminaron de acercarse e Isabelle me sonrío antes de saludarme con un beso en la majilla. Ethan dudó por unos momentos, no muy seguro de cómo debía saludarme.

—Te ves increíble —comentó Isabelle, con su simpatía característica, al tiempo que envolvía su mano alrededor del brazo de Ethan.

Que Isabelle fuese una chica tan agradable hacía todo mucho más difícil. —Gracias. Tú también —respondí, amable. En este momento me hubiese venido bien tener alguna copa con alcohol en la mano. Había sido una tonta por no haber aceptado la propuesta de Ben.

—¿Cómo has estado? Supe que estuviste ausente por un tiempo —preguntó, realmente interesada.

—Sí, yo… tuve unos problemas personales así que tuve que regresar a mi casa en California por un tiempo —contesté, cuidadosa. Ethan me miraba

y podía sentir sus ojos estudiando cada uno de mis movimientos.

Isabelle abrió los ojos con sorpresa. —No sabía que eras de California —comentó, animosa.

Asentí. —Muy pocas personas lo saben —deslicé, sabiendo que esas palabras irían directo a Ethan, aunque no estaba segura de que lo afectasen.

—Me encanta California —exclamó, en tono muy alegre —. Tal vez, el próximo año podríamos ir allí de vacaciones —sugirió, mirando a Ethan.

Mi garganta ardió. Era demasiado duro.

—¿No íbamos al patio a ver la carpa y la banda? —intenté ignorar la conversación de la pareja y me giré hacia Ben.

—Sí, así es —me respondió con una sonrisa — ¿Quieren ir? —invitó.

Mordí mi lengua, pero la invitación no era para ellos. Los tortolitos dejaron su animada charla y dirigieron la mirada a mi acompañante. Ethan abrió la boca y por la expresión parecía que rechazaría la invitación, pero Isabelle lo interrumpió.

—Me parece una buena idea — exclamó, ampliando aún más su sonrisa.

Ethan asintió y le sonrió. Por la forma en que su mirada se cubrió de ternura, podría jurar que no habría nada que ella desease que él no estaría dispuesto a cumplir. Ese pensamiento me entristeció aún más.

Isabelle se recostó a su lado mientras Ethan la conducía hacia la puerta. Esto era lo que tanto había temido al venir esta noche. Estaba viviendo una tortura.

Ben me ofreció su brazo y me permití relajarme por unos segundos. Coloqué la mano en el hueco que se formaba alrededor de su codo y todos nos dirigimos afuera.

Nicholas se encontraba de pie con Anna en sus brazos, hablando con una pareja muy intensamente cuando atravesamos la puerta. Stephen York, uno de los mejores amigos de Nicholas, y su novia, Eva. Stephen, Nicholas y Ethan habían estudiado juntos en Londres por lo que eran bastante unidos.

Cuando pisamos el césped, Anna me sonrió. Se encontraba rodeaba de invitados, pero su atención se posó sobre mí. Podía ver la preocupación en

sus ojos. Si alguien entendía por lo que estaba pasando, esa era ella.

—Chicos, vengan aquí —dijo con una sonrisa y su voz animada me impidió negarme.

Nos ubicamos en unos sillones blancos situados estratégicamente a un costado de la pista de baile exterior. La banda estaba tocando una suave melodía country y algunas parejas se habían ubicado a su alrededor para disfrutar de su show.

Isabelle escogió el sillón de un cuerpo mientras que Ben y yo nos ubicamos a un costado de Stephen y Eva. Ethan, por su parte, se sentó sobre él apoya brazos y deslizó su mano sobre el hombro de su pareja.

Mi estómago se revolvió y rogué que no estuviera a punto de vomitar. Ya era bastante malo saber que Ethan la había elegido a ella y que solo había jugado conmigo, pero tener que ver sus muestras de afecto era peor.

—¿Estás bien? —la voz de Anna me trajo de nuevo a la realidad. Asentí con la cabeza al tiempo e intenté convencerla de que estaba bien y de que solo estaba teniendo un mareo repentino a causa del stress que había estado pasando.

Noté como Ethan giraba su cabeza para oír lo que estábamos hablando e intenté ignorarlo. Cuando su curiosidad se hizo demasiado obvia, planté mis ojos en él, desafiante. No necesitaba que fingiese que se interesaba en mí. No necesitaba ni su lástima ni su compasión.

Luego, sonreí para tranquilizar a mi amiga y ambas nos sumamos a la conversación grupal. —Y bien, ¿quién será el próximo de ustedes, rompecorazones, en sentar cabeza? —preguntó Eva, bromeando al respecto.

—A mí no me miren —Se apresuró en decir Ben —. Yo ni siquiera tengo novia —exclamó.

—Solo porque no quieres, ya que candidatas no te faltan —sugirió, filosa Eva.

Ben sonrió y sus ojos chispearon. Entonces me miró — Es que cuando decida ponerme de novio, lo haré con alguien que realmente valga la pena —No quitó sus ojos de los míos mientras las palabras salían de su boca y cada una de ellas parecían dardos dirigidos a mí. Me removí incómoda y Anna no disimuló el codazo que me dio. Estaba segura de que todos lo habían notado y no pude evitar enrojecerme. Todos rieron, menos Ethan, que parecía enojado.

—¿Ustedes planean casarse? —consultó Isabelle, mirando a Eva y Stephen.

Entonces, Eva se giró y lo observó con expresión desafiante. Stephen se rió nervioso y besó a su novia en la cabeza. —Nos mudaremos juntos el próximo mes, ¿eso no cuenta?

—¡Claro que no! —respondieron al unísono Eva e Isabelle.

—Bueno, paso a paso amor —contestó, tranquilizando a su novia.

Eva rió y presionó con fuerza la mano de Stephen entre sus dedos en un gesto de cariño. Entonces, todas las miradas se centraron en la otra pareja presente.

—Creo que aquí, quien está más cerca del altar es Ethan —exclamó Stephen, riendo.

Finalmente, no pude aguantar más. No sería tan masoquista para quedarme a escuchar sobre sus planes de casamiento. Gesticulé una tonta excusa y me retiré del lugar. Tuve que esforzarme para no salir corriendo mientras caminaba rápidamente a través de los invitados. No sonreí y fingí que todo estaba bien. El jardín oscuro detrás de la carpa a causa de la iluminación era mi objetivo. Necesitaba esconderme durante unos minutos mientras ordenaba las cosas en mi cabeza.

Pude oír a Ben llamándome desde algún lugar a mis espaldas, pero fingí que no lo escuché. Sólo necesitaba un momento.

Encontré un banco desocupado en un sector poco iluminado y me desplomé sobre él. Las lágrimas quemaban mis ojos y eché mi cabeza hacia atrás parpadeando en la brisa en un intento de secarlas antes de que arruinaran mi maquillaje. La pequeña astilla de esperanza que tenía de poder superar a Ethan se hallaba completamente extinta. Dios, lo odiaba por haberme hecho quererlo tanto. ¿Cómo pude haber estado tan enamorada de él cuando sabía que lo nuestro nunca iba a tener un fututo? Era la idiota más grande sobre la faz de la tierra.

— ¿Te encuentras bien? —La voz preocupada de Ben me sorprendió. No hubiera esperado que me siguiera aquí.

Quería estar sola. No fingiendo con él.

Tomé una respiración profunda y me giré hacia él.

—Sí, lo siento. Me afectó la multitud y todo. El aire fresco y un momento

tranquilo parecían una buena idea.

—Me preocupé al verte ir tan deprisa, pero puedo irme si quieres estar sola—me ofreció.

Sí. Quería estar sola, pero no podía ser grosera. Ben había sido muy amable esta noche y yo no había sido la mejor compañía. Era el momento de aguantar y superarlo.

—No, me alegro de que me hayas seguido. Puedes disfrutar de la tranquilidad conmigo —Le sonreí, palmeando el lugar vacio del banco junto a mí.

—Me gusta esconderme de las multitudes. Ha sido un hábito desde que mi madre se sumó a la familia Jameson —me dijo, sonriéndome de costado.

El padre de Anna era famoso por las fiestas que ofrecía y por estar siempre roseado de muchas personas. Seguramente su hermano no era la excepción.

—No pareces del tipo que se esconde —respondí, riendo. Sinceramente, no me lo imaginaba con alguien tímido.

—Bueno, es que intento mimetizarme con el resto —respondió, en el mismo tono.

—Lo haces bien entonces —bromeé.

—Se mejora con la práctica —contestó y ambos reímos. —De verdad, no soy del tipo extrovertido como Stephen o el resto, aunque confieso que también me gusta divertirme.

Asentí y ambos logramos mantener una conversación amena durante veinte minutos. Cuando sentí que mi corazón ya no dolía como antes, solté un suspiro y me levanté del asiento. —Bueno, creo que estoy lista para regresar a la multitud. ¿Quieres bailar? —le pregunté, decidiendo que ya era tiempo de dejar de ocultarme de la fiesta de compromiso de mi mejor amiga.

—Me parece bien—respondió sonriendo.

Capítulo 10

Ethan

Si corría detrás de ella, había una posibilidad de que Isabelle me siguiera y nos pudiese atrapar. Estaba seguro de que Sophia no se sentía a gusto aquí, pero estaba haciendo su mejor esfuerzo para no arruinar la noche de Anna y Nicholas.

La culpa me estaba comiendo vivo.

Sacudiendo la cabeza intenté concentrarme en la conversación que se estaba desarrollando a mí alrededor.

—Así que finalmente soltarás la mano de tu padre —comentó Stephen a mi lado con tono burlón.

—Algún día tenía que hacerlo.

Bebí un trago de mi bebida. Había decidido que era hora de independizarme de mi padre definitivamente. Le vendería mis acciones a Nicholas para que continuase a cargo del negocio y abriría mi propia compañía. De hecho, el proyecto ya estaba en marcha.

Observé a la feliz pareja. Anna y Nicholas no se desprendían. Mi cuñado le susurró algo en el oído y ella se rió. Ver a Nicholas tan meloso era extraño. También resultaba un poco extraño ver su brazo enlazado a la cintura de mi hermana.

—Vaya, así que dejarás a este atorrante a cargo de la empresa. Nunca pensé vivir para verlo —comentó sin dejar el tono bromista.

—¿Qué dijo tu padre? —preguntó, curiosa Eva.

Torcí la boca y bebí otro trago. —Se lo tomó mejor de lo que pensé. Supongo que se lo esperaba —comenté, encogiéndome de hombros.

Eva lució sorprendida. — ¡Vaya! Tal vez su nueva novia está influyendo positivamente en él —meditó y sus ojos viajaron hasta el lugar donde mi padre y su prometida se encontraban —Se lo ve feliz.

También miré en su dirección. Tenía razón. Tal vez, mi padre se había enamorado de verdad esta vez, aunque me costaba reconocerlo.

—¿Es verdad que se casará con ella? —consultó con curiosidad.

—Eva, no es el momento —la reprendió Stephen, quien estaba al tanto de la incomodidad que mi hermana sentí al respecto.

Observé a Anna. Mordía su labio inferior. —Es verdad. Esta noche se trata de Anna y Nicholas —comentó Isabella, descomprimiendo el ambiente.

—Tienes razón —Eva se dio cuenta de su error — ¡No puedo creer que dentro de poco serás la mujer de Nicholas Wayne! —comentó risueña a mi hermana.

Todos reímos. Mi hermana apoyó su cabeza sobre el pecho de Nicholas. —Tampoco puedo creerlo aun —respondió con tono meloso.

—Esto merece un brindis —sugirió Stephen.

—Por los maravillosos cambios por venir —dijo con una sonrisa Nicholas, levantando su copa.

Brindamos y cada uno bebió un trago.

—¡Tengo que felicitarte por la fiesta, Anna! Todo es perfecto —señaló Eva.

Mi hermana sonrió orgullosa. —Mi cuenta bancaria no está tan feliz —bromeé.

Todos rieron. —Son las consecuencias de ser el padrino —replicó mi hermana, sacándome la lengua.

Reí.

—Quien no la está pasando nada mal es Ben —comentó Stephen con tono sugestivo y señaló con la cabeza hacia la pista exterior donde Sophia y Ben estaban bailando animadamente.

Estar cerca de ella era duro, pero verla con él era incluso más difícil. Me había convertido en un ser egoísta, tuve que reconocer.

—¿Están saliendo? —preguntó Eva, observándolos curiosa.

Tragué saliva. Anna me miró y luego a Eva. —Se están conociendo —dijo, en tono casual.

Bebí otro trago intentando disimular. No podía fingir que no me importaba, porque sí lo hacía.

—Creo que hacen una linda pareja —mencionó Isabelle, sonriendo feliz.

Anna asintió. —Sí, Sophia necesita alguien que la quiera y se preocupe por ella.

—Es tu mejor amiga, ¿verdad? —consultó Eva, mirando a mi hermana.

Asintió.

—Es una gran chica —añadió Nicholas.

Anna me miraba. Podía sentir sus ojos estudiando cada uno de mis movimientos y no podía dejarle ver alguna debilidad, sin embargo, tampoco podía quedarme callado.

—No pienso que Ben sea la persona indicada —comenté, tratando de sonar casual al respecto. Esquivé las miradas de mi hermana y Nicholas.

—Cariño, todos sabemos que Ben es un mujeriego, pero quien sabe, tal vez se enamore —señaló Isabelle, mirándome con expresión romántica.

Simplemente, me encogí de hombros y bebí otro trago.

—Bueno, en todo caso, eso es asunto de ellos —Nicholas estaba siendo cuidadoso. Él podía sentir la tensión que irradiaba.

Anna se removió incómoda en sus brazos y su mirada solo me dirigía palabras de reproche. No podía culparla.

—Así que, cambiando de tema, esta semana podríamos organizar para ir al club, como en los viejos tiempos —sugirió Eva.

La tensión de Anna disminuyó y sonrió. En mi mente, agradecí el cambio de conversación. —¡Sería genial! —comentó, alegre.

Por suerte, la charla ahora se centró en asuntos sin importancias y anécdotas de épocas pasadas, pero por más que me esforzaba no podía dejar de hechas ojeadas hacia la pista. Se encontraban justo frente a nosotros y era testigo de sus risas y coqueteos.

Me las arreglé para lucir despreocupado e incorporarme a la conversación. Tomé la mano de Isabelle y la presioné con fuerza. Necesitaba recordarme por qué no era yo quien estaba en esa pista junto a Sophia en este momento antes de cometer una locura.

Capítulo 11

Sophia

Me dolían los pies por los zapatos de taco alto que estuve determinada a usar. Ben resultó ser un bailarín estupendo y me hizo olvidar el dolor en mi pecho y reír.

—Hacía mucho que no la pasaba tan bien —comentó Ben, mientras tomábamos asiento.

Fruncí el ceño. —¿Tú? ¿El chico que se la pasa de fiesta? No te creo —respondí riendo.

—¡De verdad! Supongo que la compañía tiene mucho que ver —replicó seductor.

—¿Acaso estás coqueteando conmigo? —Mi voz era bromista.

Sonrió de lado. —¿Está funcionando?

—Para nada —contesté aun riendo.

—¡Qué pena! —Su voz era risueña —Haríamos buena pareja.

No pude evitar reirme. —Están muy divertidos ustedes dos —Eva se acercó junto a Stephen.

—Estoy intentando convecerla de que haríamos buena pareja —bromeó Ben.

—¡Dios mío! No te dejes convencer —me previno Eva, bromeando.

Le guiñé un ojo. —No lo haré.

—Una chica inteligente —añadió Stephen.

—¡Hey! Se supone que son mis amigos —les reprochó Ben sin dejar de lado el tono risueño.

—¡Por eso mismo! Te conocemos demasiado bien —respondió entre risas Eva.

—Con amigos así... —Ben rodó los ojos y todos reimos.

—Estábamos por ir a servirnos algo dulce. Eva me comentó que hay unos

postres muy tentadores, ¿nos acompañan? —invitó Stephen.

—En realidad, yo ya estoy por retirarme —comenté.

Los tres me miraron como si fuese un bicho raro. —¿Tan pronto? —preguntó Eva.

Asentí. —Estoy muy cansada. Supongo que hace mucho tiempo no salía y estoy fuera de estado —bromeé.

—Todos lo estamos —añadió, con voz dulce —. Es la edad —bromeó.

—Hablen por ustedes —dijo Ben —. Yo me siento muy, muy en estado.

—Muy en estado ebrio querrás decir.

—Para nada. Para tu información, solo he bebido algunas copas de champán en toda la noche.

—¡Guau! —dijo Eva sorprendida —Sí que debes gustarle.

—Es lo que he estado intentando hacerle ver toda la noche —le respondió.

No pude evitar ponerme colorada. —Se ve que tus tácticas de conquista no han surtido efecto, porque ya se quiere ir. Seguramente, ¡la aburriste demasiado!

Ben me miró sorprendido. —¡No, no! —me apresuré a decir. Tan rápido que tartamudeé —De verdad, no me aburriste, todo lo contrario, solo estoy cansada.

—Tranquila, estaba bromeando —me calmó Eva al notar lo nerviosa que me había puesto.

Solté un suspiro. —¿De verdad ya quieres irte? —consultó Ben.

Asentí. —Estoy muy cansada.

Lució algo decepcionado, pero apartó el sentimiento de inmediato. —Bien, déjame llevarte hasta tu casa.

—No te preocupes. Tomaré un taxi.

—De ninguna manera. Después de todo, eres mi cita. Y yo soy todo un caballero —dijo, orgulloso, sin dejar de sonreír.

—Pero te perderás toda la diversión. Seguramente, aún querrás seguir disfrutando de la fiesta.

—Puedo regresar luego —dijo y luego sus ojos chispearon pícaros —. Salvo que no me dejes regresar.

Mi cara quemó y por unos segundos no supe qué contestar. Por suerte, Ben soltó una carcajada. —¡Por Dios, Soph! Debiste ver tu cara. Solo estoy bromeando. Ya entendí que no me ves de esa forma, pero que yo no te guste no quiere decir que no podamos ser amigos.

Asentí. —Y como buen amigo, te llevaré hasta tu casa y me aseguraré de que llegues sana y salva.

Sonreí agradecida. —Está bien.

Busqué con la mirada a mi Anna y Nicholas que se encontraban abrazados en la esquina de la pista de baile, hablando. Me encantaba verlos así y no iría a interrumpirlos para despedirme. Era más que probable que viera mi amiga mañana, de cualquier modo. Dejé mi copa sobre una mesita y me despedí de Eva y Stephen. Eran agradables.

Comencé a caminar a través del sendero iluminado por velas que conducía al interior de la mansión desde el patio. La mano de Ben sostenía la mía y era agradable, pero no me generaba ningún otro sentimiento y eso me hizo sentir un poco más miserable. Él mantenía una sonrisa genuina en su rostro y se notaba a gusto. Tal vez... algún día... pensé.

Cuando llegamos a las puertas de la sala, tomé una profunda respiración, esperando no ver a Ethan. La fiesta todavía estaba en su máximo esplendor en el interior del lugar y me sentí mal por sacar a Ben tan pronto. Pareció notar mi reacción porque me tranquilizó con una sonrisa. Sí, deseé con intensidad, ojalá algún día....

Continuamos la marcha, pero antes de que alcanzáramos la puerta principal, algo llamó mi atención. Una cabellera negra que era imposible pasar por alto. Se hallaba de espaldas a todo el mundo y por las manos sobre su cintura, podía decir que Isabelle se encontraba aferrada a él. Mi estómago se retorció y apreté mi agarre sobre la mano de Ben, luego aceleré. Salir de allí era muy importante. No quería esa imagen en mi cabeza toda la noche, aunque dudaba que pudiese borrarla. Justo cuando estuve a punto de girar la cabeza, Ethan miró hacia atrás por encima de su hombro y nuestros ojos se encontraron. La mirada vidriosa de sus ojos era una con la que me sentía muy familiarizada. Reprimí una mueca, no quería que notase cómo me había afectado. Su atención pasó de mí a Ben, y luego frunció los labios. Lo miré ferozmente en respuesta y abrí la puerta con cierta brusquedad. Era un idiota. Un estúpido, sexy, idiota

difícil de superar.

Una vez que estuvimos en el auto, mi cuerpo se relajó. No interactuamos por varios minutos. Observé en silencio como algunos vehículos nos sobrepasaban.

—Te has quedado muy callada —comentó con suavidad —. Voy a tener que creer que lo que dijo Eva era cierto y te aburro estrepitosamente.

Me sentí falta. Aunque el tono de su voz se mantenía bromista, había algo de decepción oculta. —No, Ben. No me aburres. Todo lo contrario, gracias a ti, la pasé muy bien, de verdad.

—¿Entonces por qué luces como si tu perro acabase de morir?

Sonreí. —No tengo perro —dije con media sonrisa para intentar relajar la conversación —. Es solo que no estoy pasando por un buen momento.

Asintió. —Entiendo. Supe que estuviste ausente un tiempo.

No pude evitar sentirme triste. —Sí, la salud de mi abuela había empeorado y no podía seguir cuidándola sola.

—Lo siento ... ¿Ella...? —No terminó la frase.

Asentí. —Hace algunas semanas.

—De verdad, lo siento —expresó, sincero.

—Está bien. Quiero creer que está en un lugar mejor —murmuré, intentando mantener mi voz firme.

—Yo no sabía... cuando estuve en la empresa te busqué, y me sorprendió no verte. Pregunté por ti, pero nadie me supo decir en dónde estabas.

—Solo Anna sabía. Necesitaba tranquilidad —intenté minimizar.

—De haber sabido, habría ido a visitarte. Amo California —dijo, más animado.

Agradecí el cambio en el tono de la conversación. No quería ponerme a llorar en ese momento. —Estoy segura de que sí —respondí sonriendo.

—¿Cuándo regresaste? —consultó curioso —. Estuve aquí hace poco y todavía no había rastros tuyos en la empresa.

—En realidad, volví hace varios días. Solo que no a la empresa.

—Es una lástima. La compañía acaba de perder todo su encanto para mí desde ahora.

—Me haces poner colorada —dije sincera, sintiéndome un poco incómoda.

—Me gusta cuando te pones colorada —señaló seductor.

—Ben, yo...

Me interrumpió. —No te preocupes. No te gusto, ya lo entendí —respondió, sonriendo dulcemente.

—No es eso. Me gustas... es solo que... es complicado —intenté explicar.

Asintió. Más serio. —Si pudiese estar con alguien, definitivamente serías tú —me atreví a confesar.

En un gesto que me tomó desprevenida, me sostuvo de la mano con fuerza. —No te preocupes. Lo entiendo. Por ahora estoy feliz con tu amistad. Sabes de sobra cuáles son mis intensiones, me gustas, de verdad, y si algún día tu corazón decide darme una oportunidad, me voy a sentir muy feliz, pero si no, siempre tendrás mi amistad. Más allá de la atracción que siento por ti, me agradas y me gusta pasar tiempo contigo. No mentía cuando dije que hacía mucho que no la pasaba tan bien.

Su confesión me dejó perpleja. Esta faceta de Ben era... ni siquiera tenía las palabras para describirlo. Lucía tan honesto, tan sensible. Odié a mi corazón por ser tan testarudo. Envolví su mano con más fuerza.

—Gracias Ben. De verdad, no sabes lo que tus palabras significan para mí. No puedo prometerte nada, pero...

No me dejó terminar. —No necesitas prometerme nada, Soph. Bueno, tal vez sí, una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que intentarás olvidarte de ese miserable que te lastimó.

Me tomó por sorpresa. —¿Cómo....

—Soph, no soy un experto, pero creo reconocer la mirada de una mujer a quién le rompieron el corazón.

—¿Tan evidente soy? —murmuré con tristeza. —¡Dios! Sí que soy

patética.

—No lo eres, créeme. Eres todo, menos patética.

Suspiré hondo. —Ya pasará —susurró —. Todo pasa —dijo, con cierta melancolía y no pude evitar preguntarme si a él también le habían roto el corazón alguna vez.

Asentí. Ben me miró de lado y me sonrió con su sonrisa despreocupada, lo cual me obligó a responder automáticamente con el mismo gesto. Tal vez algún día, me dije... tal vez, algún día pudiese surgir algo sincero entre los dos cuando yo me sienta preparada para ello.

Capítulo 12

Sophia

Llegué al club pasada las diez de la mañana. Pasé la puerta principal y busqué dentro de mi cartera el pase de miembro que Anna me había dado para darle al portero. No estaba segura de si esto era una buena idea, pero necesitaba distraerme. No solo tenía que encontrarle un camino a mi vida, sino que tendría que lidiar con el hecho de que vería a Ethan e Isabelle mucho en estos días. No dejaría que eso me tirase al piso. Era más fuerte, o quería serlo.

Ethan me había roto el corazón, pero Ryan ya había hecho una herida. Las delisuciones amorosas no debían ser una novedad para mí. Estaba destinada a fracasar en el amor.

Primero Ryan. Atraparlo con su amante fue el primer golpe. El segundo fue darme cuenta de que yo no había significado absolutamente nada para él. Solo un pasatiempo. Nada sobre mí era especial.

Lo terminé de comprobar con Ethan, aunque no solo había sido un pasatiempo para él....fui un desafío. Una vez que obtuvo lo bueno, había terminado. Mi abuela siempre me había advertido sobre chicos como él. Estaría tan decepcionada si pudiera verme ahora. Lo más decepcionante icluso era que Ethan no solo había destrozado mi corazón, sino también mi moral. Por él, había cruzado una línea que juré nunca cruzaría... había traicionado a otra chica. El hecho de que Isabelle no lo supiera, no lo hacía menos cruel, ni me restaba culpa.

Negué con la cabeza.

No quería pensar en eso ahora. Solo me hacía sentir peor y me había prometido a mí misma la noche anterior antes de dormirme cubierta en lágrimas que, a partir de hoy, sería diferente. Sería fuerte y lo superaría. No seguiría pensando en los errores que cometí, ya el karma se ocuparía de ellos cuando llegase el momento... siempre lo hacía. Sentir lástima por mí no me llevaría a ninguna parte.

La abuela siempre decía—: Sophia, más te vale mantener esa cabeza en alto y no dejar que te vean caer. Muéstrales el acero en esa columna vertebral. No estoy criando a una princesa sumisa. Estoy criando a una mujer. Una mujer trabajadora y autosuficiente. ¿Me escuchas?

Sí, abuela. Sería esa mujer.

Giré en la entrada y saludé al chico del valet. Metí la mano en el asiento de atrás y tomé la raqueta que Anna me había prestado antes de que me

abriera la puerta.

—Buenos días, señorita —dijo con una sonrisa amistosa. Su largo cabello castaño cayó sobre un ojo y lo metió de nuevo detrás de la oreja.

—Buenos días —le contesté, devolviéndole la sonrisa—. Soy nueva aquí. ¿Me puedes decir dónde puedo encontrar las canchas de tenis?

Asintió. —Vaya a la entrada principal de aquí. Tome la primera a la izquierda y baje las escaleras. Verá las canchas al frente.

Eso sonaba bastante fácil. —Gracias — le respondí, entregándole las llaves del auto.

—¿Puedo ver su tarjeta, señorita? Tengo que registrar su coche en el sistema.

Asentí y se la entregué. La leyó rápidamente y la paso a través de un lector de tarjetas antes de entregármela de nuevo. —Háganos saber cuándo esté lista para retirarlo, Señorita Brooks —contestó.

—Gracias. —Pensé en decirle que me podía llamar Sophia, pero no tenía sentido.

Me dirigí al interior. El hecho de que sabía que no iba a tropezarme con Ethan porque no solía frecuentar el club fue el mayor alivio. Un hombre con el uniforme del club me abrió la puerta y seguí las instrucciones del valet hacia las canchas de tenis.

Una chica en un vestido demasiado formal para la mañana se detuvo frente a mí. Una lenta sonrisa tocó su cara. Llevaba el cabello rubio recogido en una coleta alta y resultaba obvio que no era una empleada del lugar. Algo en ella me resultaba familiar.

—¿Sophia? —preguntó.

La reconocí. La había conocido en la fiesta de Anna y Nicholas. —¡Hola! —le respondí, frustrada porque no podía recordar su nombre.

—Soy Pam. Nos conocimos en la fiesta —dijo.

Sentí que mi cara se calentaba. Odiaba no recordar los nombres de las personas. Era parte de mi cosa socialmente inepta. —Lo recuerdo —contesté con una sonrisa—. Es bueno verte de nuevo.

La expresión en su rostro era amable y logró relajarme un poco. En realidad, me sentía un poco fuera de lugar. No estaba acostumbrada a

este tipo de club de campo.

—No esperaba encontraste aquí. ¿Necesitas ayuda para encontrar algo? —preguntó, luego miró la raqueta en mi mano y sonrió—. Te diriges a las canchas de tenis. Sígueme.

Nos dirigimos hacia la puerta y saludó a varias personas. La mayoría de ellos miembros.

—¿Así que juegas al tenis? —preguntó Pam, mirando hacia mí.

—La verdad es que no. Nunca he jugado antes.

—Entonces estás en el lugar correcto si quieres aprender —me respondió—¡Nelthon! —llamó Pam, y me asomé hacia la cancha para ver a un hombre alto y musculoso girarse. Tenía el pelo rojo. Tal vez era más un rubio rojizo por estar demasiado expuesto al sol. Tenía una banda elástica blanca alrededor de su cabeza y el logo del club bordado en su remera.

Nelthon llegó corriendo hacia nosotras con una sonrisa en su rostro. Mientras se acercaba, sus claros ojos azules entraron en foco. Eran sorprendentemente celestes. Su piel era más bien pálida y tenía pecas en sus musculosos brazos. Era lo que mi abuela llamaba un pelirrojo.

—Hola, Pam, ¿qué pasa? —preguntó, sonriéndole. Me dedicó una mirada amigable y una amplia sonrisa en forma de saludo. Le devolví el gesto.

— Ella es una amiga de Anna. Es nueva, así que está un poco perdida. De todos modos, quiere jugar. Instálala y dale un itinerario. Sophia, este es Nelthon. Nelthon, te presento Sophia.

—Encantado de conocerte, Sophia —dijo, tendiéndome la mano. Puse la mía en la suya y se la estreché.

—Tengo un par de horas vacías en mi agenda, así que podemos comenzar —nos informó. Se veía entusiasmado.

—Está bien, entonces. Quedas en buenas manos. Yo me tengo que ir.

—Gracias por tu ayuda —le contesté.

Pam esbozó una sonrisa. —No hay problema. ¡Anna me ha contado maravillas de ti! Quería asegurarme de que te sintieras cómoda.

Saludó a Nelthon y luego regresó por el mismo camino por el que

habíamos venido.

—¿Por qué no nos sentamos aquí para que pueda ingresarte al sistema y configurar tus clases? —Se ofreció.

Dudé por un momento. No sabía si iba a regresar y no quería hacerlo perder el tiempo. —¿Es necesario? Realmente, no sé si volveré.

Pareció desilusionado. —Sé que no lo aparento, pero soy muy buen profesor y te puedo asegurar que adorarás las clases.

—No, ¡no es por eso! —me apresuré a decir —. Mi amiga, Anna, ella me prestó su credencial por hoy. Yo necesitaba hacer algo para distraerme y bueno, aquí estoy.

Asintió. —Bueno, prometo hacer de esta una clase tan memorable que querrás volver a pedir prestada su credencial —aseguró.

Solté un suspiro. —Está bien —respondí, cediendo.

Su rostro pareció iluminarse. Retiró una silla para que me sentara y él hizo lo mismo frente a mí. Luego, abrió su portátil y comenzó a registrar mis datos. Mientras lo hacía, un mesero me acercó un vaso con limonada y me consultó si deseaba algo más.

Titubeé antes de hablar. No estaba familiarizada con el funcionamiento del club. ¿Se suponía que debía pagar por el refresco incluso si no lo había pedido?

—No, gracias. Eh, esto... ¿Cuánto es?

El mesero me miró, frunciendo el ceño.

Nelthon sonrió e intervino. —Es nueva —le aclaró y luego se volteó a mí. —Invitación de la casa.

Una vez que se fue, solté la respiración que había estado conteniendo. —¡Me siento tan avergonzada!

—No te preocupes. No debes preocuparte por pagar nada aquí. Todo lo que consumas será cargado en tu tarjeta de socia.

Ahora me sentía peor. Anna estaría pagando también por mi limonada, ya que la tarjeta era suya —Yo... ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí realmente —me sinceré.

Mi acompañante rio. —¿Aprender tenis? —dijo, en tono risueño.

Reí con él. —Lo sé, suena tonto. Pero no me refería a eso. Me refería a aquí —repasé el lugar con los ojos —Mírame, parezco una intrusa. Estoy segura de que esta limonada es más costosa que todo lo que consumo en un día.

—¡Hey! No te sientas mal —me tranquilizó al ver mi cara de frustración —Además, estas son gratis —bromeó —. Yo tampoco pertenezco a la clase alta, así que no te sientas incómoda. Solo soy profesor aquí y mi sueldo mensual no alcanzaría para pagar un almuerzo completo en este lugar.

Mordí mi labio inferior y sonreí. —Bien. Ya terminé tu ficha. ¿Qué te parece si comenzamos? —sugirió.

Asentí. Bien, disfrutaría del día. Luego tendría tiempo para mortificarme. Además, estaba disfrutando de la compañía de Nelthon. Era guapo y su sonrisa hacía que sus ojos brillaran. Me gustó eso porque lo hacía lucir genuino y era tan opuesto a Ethan que tal vez podría olvidarme de su existencia por un rato.

Capítulo 13

Ethan

Sophia seguía sin contestar mis llamadas, maldita sea. Quería creer que eso era lo mejor, pero la expresión de su cara la noche anterior había sido muy dolorosa y no me había dejado descansar bien. Tenía que ponerle un punto final a todo esto. Tenía que explicarme, porque si no lo hacía ella jamás me perdonaría y si no lograba obtener su perdón, entonces, nunca lograría estar en paz.

Necesitaba retomar el control de mi vida. Ya había elegido un camino para mí, o más bien, el destino me lo había impuesto, pero estaba de acuerdo con ello. Isabelle era una buena chica. Yo mismo la había elegido para mí una vez, ahora debía elegirla una vez más. Eso era lo correcto.

Tal vez, no era lo que me hacía más feliz, pero podría vivir con ello porque estaba seguro de que la desición que había tomado era lo que haría feliz a Isabelle, y ella se lo merecía. Por Dios que sí.

Pero para poder hacer feliz a Isabelle, debía estar íntegro...y no había forma de estarlo sin estar seguro de que Sophia estaría bien. Sabía que lo estaría... tenía que estarlo. Con el tiempo, ella me olvidaría y volvería a ser feliz, pero el rencor estaría allí.

La había lastimado. No podía cambiar eso, pero podría explicarle los motivos.

Entonces, ella entendería. Ella sabría que nunca le había mentido respecto a mis sentimientos, sabría que la quise realmente, pero que el destino había elegido otra cosa para mí.

Entonces, ella me perdonaría y yo estaría en paz. Sonaba verdaderamente egoísta de mi parte, pero era la verdad.

Isabelle había amanecido un poco cansada, así que prefirió quedarse en el departamento a recuperar energía. Por mi parte, se suponía que daría una vuelta por la empresa y luego visitaría a mi padre, pero cambié de idea a mitad de camino.

Cuando el semáforo dio luz roja, tomé el celular y llamé a mi hermana.

—Espero que tengas un buen motivo para llamarme a esta hora de la mañana —Su voz sonaba adormecida —¡Espera! ¿Ocurrió algo con Isabelle? —Esta vez, pareció más preocupada.

Anna y Nicholas eran los únicos que sabían de la condición de Isabelle, aparte de sus padres. Estaba decidida a afrontar su enfermedad sola.

«No soportaría ver las miradas de lástima de los más», me había.

Cuando le aseguré que nadie sentiría lástima, su actitud fue aún más hermética. «Se preocuparán», había respondido.

«¡Porque te quieren! No puedes ocultar algo así», había sido mi respuesta.

«¡Algo así como qué! ¿Cómo que me estoy muriendo?», su mirada estaba quebrada.

«¡Escúchame bien —le dije, tomando su frágil rostro cubierto de lágrimas entre mis manos—, ¡no te vas a morir!»

Ella me había hecho prometer que no se lo diría a nadie, a absolutamente nadie, pero tuve que romper ese juramento con mi hermana. Dejé a Isabelle en el departamento y la llamé.

Esta vez, cooperó conmigo.

Ella también sabía que ambos necesitábamos aclarar las cosas. Había cosas que ya no se podían prolongar por más tiempo.

Cuando me acerqué a la acera de ladrillo de la pista, mi mirada se deslizó inmediatamente a Sophia. Tenía un apretado y determinado ceño fruncido en su rostro mientras golpeaba cada pelota que Nelthon le enviaba.

También parecía salida de un maldito sueño erótico con esa falda.

Eso era lo más frustrante de la situación. Ni bien Sophia entraba en mi campo visual, todo lo demás parecía perder importancia. Todo, incluso Isabelle. ¡Maldita sea! El sonido de la raqueta golpeando la pelota me sacó del trance en el que estaba inmerso.

—Eso es, chica —gritó Nelthon felicitándola. No me gustaba su tono de voz. Parecía muy feliz por ella. Demasiado... interesado.

—Vamos a subir la dificultad. ¿Está bien? —preguntó.

—Adelante —Se detuvo cuando sus ojos me encontraron. Pude ver la serie de emociones en ellos antes de que los cerrara y volviera sus ojos de nuevo hacia Nelthon—. Dame un minuto.

Nelthon se había dado vuelta y miraba en mi dirección. Podía sentir su mirada en mí, pero yo no apartaba mis ojos de ella en caso de que se

saliese huyendo.

Sus hombros se levantaron y cayeron mientras tomaba una respiración profunda, luego comenzó a caminar hacia mí. Había un brillo determinado en sus ojos, pero no logró disuadirme. En todo caso, quería agarrarla y besarla hasta que ambos hubiésemos olvidado los últimos meses.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, manteniendo un buen metro de distancia entre nosotros.

—Tenemos que hablar. Hay mucho que tengo que explicar —dije.

Sophia arqueó una ceja. —No soy ciega ni tonta. No hay necesidad de explicar nada. Entiendo completamente.

Maldita sea. —Sophia, de verdad necesito decirte algo importante. No hablas conmigo. Llamé un millón de veces y nunca contestaste. ¿Cómo puedo explicarte si no me dejas?

Enderezó los hombros mientras una lenta y furiosa rabia iluminaba sus grandes y desgarradores ojos. No se veía prometedor. —No soy una idiota. No seas condescendiente conmigo para sentirte mejor. Soy una chica grande y gracias a ti no soy tan ingenua como antes. He aprendido algunas duras lecciones. —Tragó saliva y negó—. No. No tenemos nada de que hablar, Ethan. El tiempo de hablar ha terminado. Por favor, vete con tu novia. Disfruta todo lo que quieras. No soy tu preocupación. En realidad, nunca lo fui, ni jamás lo seré. —Se dio vuelta y empezó a caminar de regreso a la cancha.

Esta no era la manera en que había imaginado esto. Extendí la mano y agarré su brazo para detenerla. Tenía que decir algo. Tenía que conseguir que ella me escuchara.

—Sophia, por favor —le rogué.

Se detuvo, pero no trató de tirar de su brazo de mi alcance. Se quedó allí, muy tranquila. Las mujeres que conocía no hacían frente a sus emociones así. Gritaban, chillaban y lanzaban mierda. La chica que tenía en frente estaba carente de emociones y eso dolió más que cualquier insulto que pudiese haberme dicho.

—Suéltame, por favor —dijo despacio.

Estaba a punto de volver a hablar, pero Nelthon me interrumpió.

—Si eso es todo, Sr. Jameson, tenemos que continuar con nuestra sesión

—dijo en tono serio.

No quería hacer esto aquí, de todos modos. No con una audiencia. En lugar de contestarle, solo me alejé. No sabía qué otra cosa hacer. Si me quedaba, haría una escena y eso no sería bueno para ninguno. Siempre me había caracterizado por ser un chico frío. Alguien que calculaba cada movimiento, y este no era el momento de perder la cordura. Necesitaba reagruparme y planear qué hacer a continuación.

También necesitaba un consejo.

Marqué el número de Nicholas antes de salir del camino de la entrada del club.

—Sí —dijo. El sonido de la risa de mi hermana apareció por la otra línea.

—Necesito hablar. ¿Puedes despegarte un rato de mi hermana? —le pregunté.

—Nos dirigíamos a almorzar, pero si es importante a ella no le importará si me voy durante una hora más o menos. —Por suerte, había notado la urgencia en mi voz.

—Realmente necesito hablar.

—Está bien. Nos vemos en un rato.

Colgué el teléfono y lo arrojé sobre el asiento del pasajero. Luego, me dirigí al bar de siempre.

Capítulo 14

Sophia

Nelthon actuaba como si nada hubiera pasado, incluso después de que yo había empezado a perder cada pelota que enviaba en mi dirección. No podía concentrarme.

Las palabras de Ethan se reproducían una y otra vez en mi cabeza. Estaba tan determinado en explicarse.Lo odiaba por esto. La urgencia en sus ojos me hacían dudar, aunque sabía que no debía dejarme engañar de nuevo, mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto.

¿Qué era eso tan importante que quería explicarme? ¿Y si de verdad lo que tenía para decirme valía la pena?

Sacudí mi cabeza apartando esas ideas. Lo estaba haciendo de nuevo. Estaba dejando que penetrase mi corazón. No lo podía permitir.

Sin embargo, a pesar de mi determinación, la voz de Ethan seguía retumbando en mi mente y cuando perdí la séptima pelota, Nelthon dejó de intentarlo.

Nos quedamos de pie ahí, mirándonos el uno al otro.

—Lo lamento. No creo que sea capaz de terminar hoy —le dije, sincerándome.

Él no necesitaba mayor explicación, sabía que nos había escuchado. Ethan y yo no habíamos estado susurrando exactamente.

—Estoy libre por otra hora. ¿Quieres tomar una taza de café? —preguntó, sorprendiéndome. Mordí mi labio inferior. No estaba segura de si eso era lo que quería. —No te preguntaré sobre lo que pasó si no quieres que lo haga. Solo pensé que un café estaría bien —añadió cuando vio que dudaba.

Necesitaba hacer esto. Sí, podíamos ser amigos

—Eso me gustaría —respondí.

Nelthon se veía aliviado cuando me sonrió. —Bien. Pensé que tendría que rogar.

No estaba segura de qué quería decir eso o si solo bromeaba conmigo. Esperé mientras usaba su toalla para secarse una pequeña cantidad de

sudor por el ejercicio y tomaba un largo trago de agua.

Luego, caminamos hacia una pequeña área de café dentro del largo pórtico cubierto.

—¿Está bien si tomamos café aquí? El comedor está lleno a esta hora del día. ¿O prefieres entrar y conseguir algo de comer?

Era la hora del almuerzo, pero la idea de caminar allí dentro mientras se encontraba lleno de gente no sonaba atractiva. —¿Podemos comer un sándwich aquí? —pregunté.

—Claro que sí. —Sacó una silla para mí—. Toma asiento y yo traeré el menú. Normalmente, no lo traen hasta aquí.

Empecé a decirle que no se preocupara, que con el café estaba bien, pero él ya se dirigía hacia la puerta. Mantuve mi atención enfocada en la ventana con vistas a las canchas de tenis. Pensar demasiado profundamente sobre esto me ponía nerviosa. No había razón para estar nerviosa. Nelthon era un buen chico. Jugaba tenis. Ya teníamos algo en común.

Me giré para verlo mientras caminaba de regreso. Dejó el menú frente a mí antes de sentarse al otro lado de la mesa. Su rostro lucía consternado. Se veía como si estuviera pensando acerca de algo. Decidí esperar y dejarlo reunir el valor para preguntarme.

Abriendo mi menú, estudié la selección de ensaladas y sándwiches.

—Así que eres amiga de Anna, pero no de Ethan. ¿No son hermanos?

Ah. Finalmente, iba a preguntar sobre la escena que Ethan y yo habíamos causado temprano. No estaba lista para darle los detalles. Nos acabábamos de conocer, y lo que pasó con Ethan era demasiado personal.

Aclaré mi garganta para sonar lo más firme y segura posible. —Anna es mi amiga. Lo ha sido desde que hace mucho tiempo. Ethan es alguien que conocí hace un par de meses y con quien cometí el error de confiar. Eso es todo.

Nelthon asintió y volvió su atención al menú. Parecía satisfecho con esa explicación. Bien, porque no pensaba decirle nada más.

Capítulo 15

Ethan

Había empezado a dirigirme hacia la entrada del bar cuando noté el Range Rover de Nicholas en el estacionamiento. Ya estaba aquí. No pude evitar sonreír. Así era él. Siempre estaba cuando lo necesitaba, incluso cuando estaba seguro de que esta vez le había costado un regaño de mi hermana.

Me dirigí hacia el interior, mientras lo llamaba para saber exactamente dónde estaba.

—Si —dijo. Se escuchaba la musica de fondo.

—Veo tu camioneta. ¿En dónde estás?

—Adentro, en la barra izquierda. ¿Estás afuera?

—Sí, pero ya estoy entrando.

Colgué y guardé el celular en el bolsillo delantero del pantalón. Levanté la mirada y lo localicé.

Cuando me acerqué, Nicholas me miró con una mirada de preocupación en su rostro.

—Te ves como la mierda, amigo.

—Lo sé, vengo de intentar hablar con Sophia —Sus ojos destellaron en un gesto reproche que ocultó de inmediato. Suavizó su expresión y asintió —Mi único problema es que ella no va a dejar que me explique. Me odia demasiado. Necesito un consejo, hombre. La cagué. Es por eso que quería hablar contigo. Pero creo… Creo que puede que tenga que hablar con Anna.

Las cejas de Nicholas se juntaron. Negó con la cabeza y dejó escapar una risa dura. —Estás jodido. Isabelle aún está en el medio. Esa fue tu elección. Tienes que dejar ir la cosa con Sophia y seguir adelante.

Quería que ella entendiera. Quería su perdón, y quería que supiera que aprecié lo que ella me había dado. Nadie ni nada volvería a ser tan especial para mí otra vez, pero no podía dejar a Isabelle en este momento. Nunca la olvidaría, pero esto era lo mejor para los dos.

—Solo quiero que me escuche. No quiero nada más. Quiero que sepa. Que... que ella era especial. Eso es todo. Nada más. No estoy pidiendo

una segunda oportunidad. No puedo hacer eso. Solo quiero su perdón.

Nicholas se quedó ahí mirándome como si estuviera hablando en otro idioma. Estaba divagando. No tenía sentido, por lo menos no para él. Necesitaba hablar con Anna, maldita sea.

—¿Lo único que quieres es que ella sepa que la dejaste porque Isabelle enfermó? ¿Es eso lo que estoy entendiendo? ¿No quieres nada más?

Me estremecí ante su descripción. Escucharlo de la boca de otra persona sonaba horrible, pero era la realidad. Asentí.

Nicholas no parecía entenderlo, pero finalmente asintió. Bebió su cerveza y meditó.

—Vayamos a casa. Anna aún debería estar allí. Si quieres ayuda, ella es tu mejor opción, pero te advierto que no estará de tu parte.

No esperaba que lo hiciera. —Lo sé.

Estaba en lo cierto. Anna iba a estar molesta. No podía entender mi elección. Sabía que había lastimado a su amiga y no me lo perdonaba, pero era la única que podía convencer a Sophia de que me escuchase.

Capítulo 16

Sophia

Mi lado sensato me decía que debía dar media vuelta y regresar, pero no me caracterizaba por ser sensata. Exhalé y empuje la puerta del bar donde Ethan me estaba esperando.

Caminé con pasos inseguros sintiendo como mis piernas iban ganando peso con cada paso que daba hacia el interior. ¿Por qué había permitido que Anna me convenciera de hacer esto?

Suspiré hondo e intenté retomar el coraje mientras observaba mi reflejo las paredes espejadas del restaurante. Esperaba que el vestido blanco que finalmente había decidido usar, no develara lo mucho que me había preocupado por lucir bien. Era corto con tirantes, por lo que parecía lo suficientemente casual para una tarde soleada en Houston.

El ambiente en el interior era agradable y el fuerte olor a café me impregnó las fosas nasales. Intenté inhalar más profundo posible para que la cafeína que flotaba en el aire me volviese un poco más valiente. El aroma dulzón que llenó mis pulmones logró aplacar un poco mis nervios.

Mordí mi labio inferior y lo busqué con la mirada sobre las mesas vacías. Finalmente, lo encontré sentado de espaldas a mí.

Su mesa estaba ubicada al lado de un enorme ventanal y se encontraba mirando hacia el exterior con la mirada perdida. Su perfil me llenó la visión. Frente a él, había una taza y varios sobrecitos de edulcorante abiertos, por lo que deduje que había llegado hacía rato al lugar. Tenía el celular en la mano y golpeaba la esquina del aparato suavemente contra la mesa. Me sentí aliviada al notar que eso indicaba que estaba nervioso. Casi tanto como yo.

Me alenté a mí misma a tomar coraje y caminé hacia mi destino. Esto debía pasar alguna vez, pensé para tranquilizarme.

Una vez que llegué a la mesa, se puso de pie. Me miró expectante mientras yo dejaba escapar un suspiro. No estaba segura de cómo saludarlo, por lo que simplemente pronuncié un apenas audible hola. Sin nadie a nuestro alrededor, no había necesidad de disimular nada, y esto volvía la situación aún más incómoda.

Se mordió el labio y me respondió de la misma manera. Por un instante, me dejé perder en su mirada. Sus ojos aun eran igual de intensos y me estaban perforando la piel. Haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad, controlé las ganas de arrojarme a sus brazos y tomé asiento antes que

mis piernas comenzaran a temblar.

—Te pedí un café — me dijo y sentí que mi estómago se contraía.

Solamente pude asentir con la cabeza mientras buscaba con la mirada algo con que entretenme. El mesero llegó y dejó una taza de humeante café frente a mí. Le agradecí con una sonrisa y lo seguí con la mirada mientras se alejaba de nosotros.

A nuestro alrededor el bar estaba muy tranquilo. No había nadie más excepto nosotros, una pareja de ancianos sentados en el otro extremo y dos hombres ubicados en la barra tomando cerveza. Todos charlaban animadamente y sentí envidia sobre lo cómodos que se sentían con sus respectivas compañías.

No pude evitar que mi mente divague hacia todos los posibles *Si tan solo*…

Si tan solo no me hubiera enamorado de él. Si tan solo él no hubiera tenido novia. Si tan solo él hubiera cumplido su promesa.

Me sentí orgullosa de mí misma por mantener la calma, porque no podía mentir y decir que no me hacía daño verlo. Todas las cosas que sentía por él no podían ser solo cortadas de una vez. Los sentimientos tomaban tiempo para desaparecer, así que todavía estaban aquí. La única diferencia era que ahora se encontraban mezclados y arremolinados junto con un infierno de odio.

El sonido del celular me sacó de mis pensamientos y lo observé contestar la llamada.

Leí el nombre de Isabella en ella. Le di un sorbo a mi café y esperé a sentir el calor del líquido quemándome en la garganta.

—Estoy en la oficina aún. Te llamo cuando termino.

Me moví incómoda en mi asiento llamando su atención. Su mirada se clavó en la mía y pude ver la culpa reflejada en sus ojos.

—Perdón, pero tenía que atender.

—Está bien—. Apenas pude pronunciar. El nudo en mi garganta me estaba dificultando la respiración y, de repente, sentí que el aire comenzaba a hacerse más denso.

—No pretendía hacerte sentir incómoda, pero creo que es mejor si

mantenemos esto en secreto.

Volví a asentir. No estaba segura de poder pronunciar alguna palabra. Se llevó las manos a la nuca y suspiró.

—Te ves pálida— señaló.

—Fue un día largo— respondí, intentando sonar relajada.

— ¿Te sientes mal? — Lo observé detenidamente. Tenía el ceño fruncido y su mirada denotaba preocupación.

¿Por qué lo hacía? Mordí mi labio inferior y me concentré en revolver mi café. Ya había perdido la cuenta cuantas veces lo revolví.

—Solo estoy cansada. No comí nada en todo el día.

— ¿Nada?

Fruncí el ceño. ¿Qué se suponía que estábamos haciendo? No éramos amigos que se juntaban a compartir un café y a charlar sobre sus vidas.

Solté un suspiro. —No creo que te deba importar mis hábitos alimenticios.

Lo vi fruncir el ceño y contraer una expresión. — No has utilizado el dinero que te deposité. Sabes que puedes usarlo a tu antojo, para lo que necesites.

Intenté mantener mi mandíbula fuera del piso y mi ira dominada. También intenté contraer mis ganas de darle un puñetazo en ángulo recto entre sus ojos penetrantes. Me permití varios segundos para calmarme antes de responder—No quiero tu dinero, Ethan. No lo necesito.

—Soph, solo… déjame —extendió su mano intentando alcanzar la mía y cuando sus dedos rozaron mi piel, un choque de corriente eléctrica recorrió todo mi brazo. Retiré mi mano casi a la defensiva.

—No te atrevas —le advertí.

Lo que vi en su mirada me paralizó la piel. Había angustia y desesperación y, por un momento, sentí pena por él. Pero me obligué a recordar lo mentiroso que era, y quise golpearlo.

Resopló, luego se inclinó hacia adelante sobre la mesa y cerró los ojos, presionando las palmas de sus manos contra su frente. —Soph, por favor. No te he pedido que vengas para iniciar otra discusión. Te pedí que

vengas porque necesito decirte cuánto lo siento.

Mi corazón comenzó a palpitar exactamente como lo estaba en el momento en que me dijo que no podía dejar a Isabelle. Inhalé respiraciones controladas en un esfuerzo por no trepar a través de la mesa y golpearlo.

También apreté los puños en un esfuerzo por no subir a través de la mesa y besarlo. Nunca volvería a caer en su juego, pero mi cabeza estaba tan malditamente confundida ahora mismo porque perdí lo que tuvimos.

—Bueno, —dije tranquilamente— aquí estoy. Dime cuánto lo sientes. —Mi voz ya no era confiada. De hecho, quería golpearme, porque sonaba realmente triste y acongojada, y esa era la última cosa que quería que pensara que estaba sintiendo.

—Lo que pasó entre nosotros… no fue un juego para mí. Cuando te dije que te amaba, de verdad lo sentía. Aún lo siento, pero entonces Isabelle….

—Está bien. Estás perdonado —lo corté. No estaba mentalmente preparada para escucharlo justificar su elección. No era tan fuerte. Sabía que podía romperme en mil pedacitos en cuestión de segundos. No quería llorar frente a él. —Gracias por el café — le dije.

Intenté levantarme para salir huyendo de ese infierno, pero Ethan se inclinó sobre la mesa y me sujetó con fuerza por el brazo.

—Isabelle está enferma —Soltó de golpe y sus palabras me golpearon con fuerza.

Parecía que sus palabras hubiesen detenido el tiempo. Inhala, exhala, le repetí a mis pulmones mientras asimilaba lo que acababa de decir. De repente, sentí todo el peso de la gravedad sobre mis hombros y me volví a derrumbar sobre el asiento.

Nos mantuvimos en silencio por varios minutos mientras intentaba retomar el control de mi respiración. Ethan aflojó su agarre de mi brazo y desplomó todo el peso de su espalda contra el respaldar de la silla.

Nuestros ojos se mantuvieron en un abrazador silencio durante unos segundos, hasta que ambos apartamos la mirada. Giró su cabeza hacia la ventana y observó hacia el cielo, que ahora se encontraba repleto de nubes grises.

—Yo… No lo supe hasta la tarde en la que te llamé —Hizo una pausa y volvió a girar su rostro en mi dirección. Levanté la mirada inmediatamente con el corazón atrapado en mi garganta —La iba a dejar. Yo… la iba a

dejar, pero eso lo cambió todo. Lo siento, Soph. No quería que nada de esto suceda.

Mi mente se detuvo por un momento para reunir mis pensamientos porque no quería decir nada que luego lamentara. Tragué el nudo formándose en mi garganta e inhalé una profunda respiración.

—Isabelle … —Apenas logré pronunciar a través de mi angustia —Ella, ¿cómo está? ¿Es grave?

Su expresión se tensó y pude notar el dolor a través de sus ojos —Cáncer cervicouterino —dijo esas palabras con evidente dolor —Está bajo tratamiento. Lo va llevando bien… algunos días son mejores que otros.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y mis lágrimas amenazaban con fluir de mis ojos a medida que comprendía sus palabras. Hizo una pausa antes de continuar, y esto le dio a mi corazón y pulmones un momento para ponerse al día con el resto de mi cuerpo.

—Sé que debí explicarte, pero no tuve el valor para enfrentarte entonces. Estaba asustado por Isabelle. Quisiera volver el tiempo atrás para evitar que me odies, pero creí que, manteniéndote lejos, iba a lograr encontrar las fuerzas suficientes para hacer lo correcto. Y quiero que sepas Soph, que lucho día a día por hacer lo correcto.

Inhala, exhala. Una respiración… dos… despacio.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba tan angustiada hasta que noté la blancura en mis nudillos mientras sujeto mi teléfono sobre la mesa. Ambos permanecimos quietos por varios minutos mientras intentaba quitar la imagen de Isabelle de mi cabeza.

—Lo que pasó entre nosotros fue real y sé que lo sabes. Sin embargo, no puedo dejar a Isabelle. La quiero y nunca le haría eso.

Mi cabeza cayó entre mis manos mientras un incontrolable sollozo brotó de mi pecho. No sé por quién estaba llorando ahora, pero mi corazón dolía tanto que sólo quería arrancarlo de mi puto pecho.

No quería seguir allí, frente a él. No quería que me continuara mirándome con esa expresión que reflejaba mis propios sentimientos.

—Soph —susurró.

Suspiré y apreté una mano en mi pecho. Mi corazón sólo se desintegró ante el sonido angustiado de su voz y todo mi mundo se dio vuelta bajo

mis pies.

El hecho de que de Ethan me dejara plantada en el aeropuerto, no era lo que hizo mal.

El hecho de que él sentía algo por mí tampoco estaba mal porque estaba luchando contra esos sentimientos.

La gente no puede controlar los asuntos del corazón. Sólo pueden controlar sus acciones. Y eso era exactamente lo que Ethan estaba haciendo. Había perdido el control una vez, pero cuando tuvo que elegir, caminó en dirección correcta.

Lo único que Ethan hizo mal fue no ser honesto conmigo acerca de los motivos por los que me dejó, porque al no hacerlo, no pudo proteger mi corazón.

No pudo protegerme de la cruda realidad de que las personas no pueden elegir de quiénes se enamoran. Sólo pueden elegir de quién seguir enamorados. Él estaba eligiendo seguir enamorado de ella porque era lo que ella necesitaba.

¿Por qué no me lo había dicho antes? ¿Por qué me había dejado pensar que lo nuestro no había significado nada para él?

—Yo —Su voz sonaba triste—. Lo siento.

Ethan no dejaba de mirarme y tomó toda mi fuerza de voluntad para permanecer firme en el lugar. Abalanzarme sobre él para abrazarlo y llorar por todo lo que acababa de revelarme no era lo que necesitaba en estos momentos.

Un nudo se formó en mi garganta. —Necesito irme —. Fue todo lo que fui capaz de pronunciar.

—Estoy intentando dejarte ir —Dejó escapar un suspiro. Yo solo pude contener el aliento —. Sigo intentándolo. Cada día lucho por dejarte ir, por eso poco a poco voy destruyéndome.

Sus palabras no solo rompieron mi corazón, sino que sintió como su estuviesen rompiendo los pedazos rotos en pedazos aún más pequeños. No tuve más fuerzas para permanecer en el lugar. Sin siquiera mirarlo, me levanté de mi asiento y comencé a caminar con pasos tambaleantes a la salida.

El cielo plomizo y amenazante de lluvia de cernía sobre mí, pero no me importó. Salí del lugar y comencé a llorar. Mi mente necesitaba escapar de ese lugar y mis piernas me condujeron temblorosas a través de la vereda

húmeda. Una fría y fina capa de lluvia comenzó a mojar mi cuerpo mientras que mis lágrimas se mezclaban con las gotas de agua que caían sobre mi rostro.

Un sollozo escapó de mi garganta y estuve agradecida de que el sonido de la lluvia chocado contra el cemento lo amortiguara. Comencé a llevar mi mano a mi boca para reprimir el siguiente, pero alguien me tomó del antebrazo impidiéndome movilizarlo.

No tuve que voltearme para saber que se trataba de Ethan. Bajé mi mirada y miré fijamente sus manos presionando mi piel mojada. Las mismas manos que nunca me volverían a acariciar otra vez. Las mismas manos que nunca iba a volver a sostener las mías.

Las mismas manos que, repentinamente, jalaron de cuerpo y se envolvieron a mi alrededor aferrando mi espalda en un abrazo tan apretado que sabía que no podría apartarme incluso si lo intentara. Pero no quería alejarme, así que lo imité. Lo abracé con la misma desesperación y encontré consuelo en su pecho mientras su mejilla se presionaba contra la cima de mi cabeza. Con cada pesada e incontrolada desesperación que brotaba de sus pulmones, mi propio aliento se esforzaba por continuar su ritmo. Sin embargo, comencé a jadear a causa de las lágrimas que salían sin restricción de mis ojos.

Nos quedamos entrelazados por varios minutos mientras la lluvia continuaba cayendo sobre nosotros. Éramos los únicos en la calle y nos estábamos empapando, pero no importaba.

Lentamente, deslizó sus manos por mi espalda y mis hombros y luego se alejó de mí. Inhalando una profunda respiración, levanté la cara de su camisa sin molestarme por apartar la lluvia de mis ojos antes de subir mi mirada. Una vez que hicimos contacto visual, apartó las manos de mis hombros y las posicionó a cada lado de mi rostro. Sus ojos estudiaron los míos por varios momentos, y la manera en que me estaba mirando me hizo odiarme a mí misma por amarlo tanto.

Su mirada parpadeó entre mi boca y mis ojos, como si no pudiera decidir si quería besarme, mirarme o despedirse.

Se inclinó hacia adelante y finalmente presionó sus labios en mi frente. Luego, dejó caer sus manos y se apartó unos pasos. Casi podía escuchar su corazón romperse en dos, cayendo al suelo junto al mío.

Me odié por querer mantenerlo cerca.

¿Por qué me habia dicho la verdad? Hubiese prefierido seguir odiandolo. Ahora me odidaba a mí, mientras más lo amaba a él. Lo amaba por ser

tan justo. Por hacer lo correcto.

Me odiaba por querer que no lo hiciera.

—Te estás mojando. Vamos o te vas a enfermar.

Entonces, tomó mi mano. Nuestros dedos se unieron a la perfección. Nuestra piel se reconoció caliente bajo el agua fría de la lluvia. Caminé junto a él sin saber exactamente hacia donde ibamos.

Mi mente estaba nublada mientras las imagenes de los últimos meses destellaban como flases en mi cabeza. Cada una de ellas, se sentía como una daga en el corazón.

Había pasado tantas noches odiándolo, solo para terminar amándolo aún más. El destino era realmente jodido y tenía un sentido se la ironía casi demoledor.

Capítulo 17

Ethan

Dentro del auto, el aire se sentía denso. Sophia iba sentada a mi lado, el cinturón apresando su pecho y pequeñas gotas caían de su cabello mojado. Me extendí sobre el asiento y abrí la pequeña cajuela para sacar un paño seco.

—Ten —le ofrecí, extendiendo el paño naranja.

En ningún momento hizo contacto visual conmigo. —Gracias —exclamó en voz baja y tomó el trozo de tela.

Tragué saliva. —Será mejor que te lleve a tu casa —hablaba con frases cortas, sintiéndome un idiota.

Sophia simplemente asintió antes de darme su dirección. Encendí el motor y me adentré en la calle casi desierta. Dudaba si debía encender o no la radio. De repente mi cuerpo no sabía como moverse. Mantuve las manos firmes en al volante y la vista fija en el tráfico.

—Se supone que la verdad debería ser liberadora —exclamó mirando por la ventanilla. Su rostro triste se reflejaba en el cristal.

—Lo siento —Fue lo único que pude decir.

Negó con la cabeza. —No creo que debas disculparte por hacer lo correcto.

Aunque intentaba disimularlo, había dolor en el tono de su voz. —Si debo hacerlo. Te lastimé, Soph.

—Estaré bien —dijo, aunque no sonaba convencida.

—Sé que lo estarás —le respondí tragando el nudo en la garganta.

Iba a estar bien, sin mí. Y aunque intentaba acallar el dolor de saberlo, era una espina que no dejaba de molestar.

Permanecimos en silencio el resto del viaje, hasta que estacioné dentro de su edificio. Entonces, la incomodidad pareció cobrar vida. Sophia jugó con sus dedos, meditando algo en su cabeza mientras yo me debatía entre mis ganas de decir algo para retrasar mi partida.

—¿Quieres subir? —finalmente habló. Tomé un suspiro.

Mi corazón estaba siendo arrastrado hacia ella jodidamente mal y no podía pensar en nada más que quisiera hacer en ese momento que subir con ella. Aunque también sabía que hacerlo no nos haría ningún bien a ninguno de los dos.

No había manera de que algo pudiese funcionar entre nosotros estando Isabelle en el medio. Además, ella se merecía más de lo que yo podía ofrecerle ahora.

Pareció leer mis pensamientos porque se apresuró a hablar. —Creo que me expresé mal. Solo creo que necesitamos chalar tranquilos. Nada más —Cuando terminó sus mejillas estaban encendidas y no pude hacer otra cosa más que sentirme un imbécil.

Claro que no había intenciones ocultas en su invitación. Ella solo necesitaba respuestas, maldita sea. Asentí y ambos caminamos en silencio hasta el ascensor.

Dentro del pequeño cubículo, todo lo que estaba pasando se sentía como un jodido déjà vu. Como si todo este tiempo hubiésemos estado caminando en círculos hasta llegar al mismo lugar. Mientras observábamos como los números de los pisos cambiaban, supe que ella pensaba lo mismo. Nuestras miradas se cruzaron y ambos sonreímos.

Fue una sonrisa genuina y cómplice, y por un momento, el mundo pareció alinearse con el resto de los planetas y una pequeña luz de esperanza se encendió dentro de mí.

Cuando ingresamos a su departamento, ya nos sentíamos más relajados. —Iré a cambiarme, ¿está bien?

Tragué saliva, obligando a mi mente a borrar ciertas imágenes que resplandecieron en mi memoria y asentí. En su ausencia, aproveché para explorar el lugar.

Estaba casi vacío, a excepción un sofá, una mesa y cuatro sillas. En ese momento, me sentí molesto. Le había depositado una importante suma de dinero en el banco, ¿por qué no la había utilizado para amoblarlo bien? Definitivamente, la primera cosa que haría a la mañana siguiente sería ocuparme de que su departamento tenga todas las comodidades que necesitaba.

Sophia regresó a los pocos minutos con una toalla en la mano. —Para que te seques —exclamó mientras me extendía la mano. —No tengo ropa para

que te puedas cambiar. Lo siento.

—No te preocupes. Estoy bien.

—¿Quieres un café?

Asentí. —Toma asiento —me dijo.

Obedecí, tomando asiento en el pequeño sillón de dos cuerpos de su sala. Sophia regresó al poco tiempo con dos tazas de café en su mano y cuando se sentó a mi lado, estuve feliz de que no hubiera más muebles en su departamento.

—Me gusta tu departamento. Elegiste un buen barrio.

Sophia no pudo evitar sonreír ante mis palabras. También sentía la necesidad de hacerlo. Era inútil intentar entablar una conversación casual porque ambos sabíamos que ya no podíamos tenerlas. No podíamos ser amigos en este punto. Tampoco podíamos estar juntos con tanto en el medio. Una conversación casual no tenía razón de ser, sin embargo, me respondió de la misma manera.

—Sí, me gusta estar aquí. Anna me ayudó a elegirlo.

Sonreí. —Estoy seguro de que lo hizo.

—Ha sido una buena amiga —comentó y había mucho más implícito en su expresión de lo que las palabras llegaban a demostrar.

Un nudo se formó en mi garganta. —Entonces...

Suspiré. —No hay mucho para explicar. Yo...

—Es injusto —me interrumpió —. Lo de Isabelle, me refiero.

—Sí —Si bien sabía que debía hacerlo, hablar de Isabelle con Sophia me hacía sentir incómodo. La culpa era demasiado grande. —¿Has estado bien?

Suspiró y rápidamente apartó la mirada. —No sé si he estado bien. En realidad, no lo estuve.

—Lamento lo de tu abuela.

Asintió. —¿Cómo has estado tú?

—Sintiéndome horrible —Fui honesto con ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Yo...

—Te odié —comenzó a decir con voz temblorosa. —Te odié tanto. Y ahora sé que solo estabas haciendo lo correcto y me siento asquerosamente mal.

—Lo siento, Soph. No quería que nada de esto pasara.

—¿Por qué te disculpas? No lo hagas. No es tu culpa, Ethan.

—Bueno, por lo general, cuando algo sale mal, alguien tiene la culpa.

Un pequeño silencio se levantó entre nosotros. —Antes me preguntaste por qué no te lo había dicho antes —comencé a decir. Sophia simplemente asintió.

—No supe cómo manejar la situación. Cuando supe lo de Isa, no dudé por un minuto cuál era el camino que debía tomar, Soph. Sabía que al hacerlo te lastimaría, pero debo ser honesto y admitir que no me arrepiento de mi decisión. Isa me necesitaba, me necesita y yo debo estar con ella. Sin embargo, fui egoísta. Demasiado egoísta. Una parte de mí se negaba a dejarte ir. Lo nuestro... nosotros... todo tenía sentido entre tú y yo... Todo sobre ti se sentía tan bien, pero...

Me detuve por un momento para reunir mis pensamientos, porque no quería decir nada que luego lamentara. Inhalé hondo e intenté expresarme de la mejor manera posible.

—En mi corazón, no hay duda de lo que siento por ti, Soph. En mi mente, sé que lo nuestro es real.

Sophia se apresuró limpiarse las lágrimas que caían por sus mejillas. —Pero no es lo correcto, ¿verdad? No es lo justo.

Sus palabras me golpearon con fuerza porque era la verdad. Éramos perfectos para la vida del otro, pero nuestras vidas no eran perfectas para nosotros. En el fondo de mi corazón, sabía que esta charla significaba la despedida entre nosotros, y el hecho de saberlo presionaba con fuerza las paredes de mi cuerpo, doliendo horriblemente.

Sabía que esto era lo que debía hacer. Sabía que debía olvidarme de mis sentimientos por Sophia y que mi lealtad debía recaer sobre Isabelle. Sin embargo, una voz dentro de mí no dejaba de repetirme que no todo debía ser blanco o negro. ¿Acaso no había un punto medio? No me parecía bien

so dejarla ir, pero era injusto para Isabelle no hacerlo.

Observé el rostro de Sophia. Sus ojos azules estaban abiertos con temor y angustia y, tal vez incluso, una pequeña cantidad de duda. No sabía cómo sentirse acerca mí y su confusión se sintió reconfortante. Era bueno saber que no estaba solo en esto y que los dos compartíamos la misma mezcla de emociones.

Tragué saliva antes de hablar. —No, no lo es.

Sophia se inclinó y tomó la taza de café que había dejado sobre la mesa. Igual que lo había hecho en el pasado, la acercó a su nariz e inspiró su aroma dulzón. Sonreí. Ella me devolvió la mirada y sonrió también.

—Sigues disfrutando del café.

Asintió. —Los viejos hábitos no mueren o algo así dicen.

La miré, analizando cada detalle en su rostro. Como siempre lo había hecho, porque me gustaba mirarla. Me gustaba ver como cada sentimiento, cada duda, cada pensamiento se reflejaba en sus gestos. —Tienes razón —acoté.

Bebió un trago y se lamió los labios. —Entonces, ¿amigos? —dijo, con cierta timidez en la voz.

Solté un suspiro. —¿Crees que podamos serlo? —Quería ser honesto. Ninguno de los dos estaba en el punto de fingir o mentir al respecto de nuestros sentimientos y lo mejor era hablar con total franqueza.

—Puedo intentarlo. —Su voz sonaba débil y no se esforzaba en disimularlo. —¿Y tú?

—Podría intentarlo —Hice una pequeña pausa para tomar aire e intentar sonar lo menos cretino posible. —Pero te advierto que puede que me comporte como un idiota algunas veces. Es decir, tú e Isabelle juntas y yo...

—Ya lo hemos estado en el pasado, ¿no te acuerdas? —El tono de reproche en su voz no pasó inadvertido.

—Lo recuerdo, pero esta vez es distinto. Sabes que lo es.

—Lo sé. Pero tenemos que intentarlo. Nos veremos mucho en estos días, al menos hasta el casamiento de Anna, luego...

—¿Luego qué?

—Luego, ya no habrá necesidad de que seamos amigos.

Terminó la frase y mi corazón podría jurar que un puñal dolía menos.

—Quisiera que las cosas fuesen diferentes.

—Yo también, pero creo que ya no deberíamos mencionar el asunto.

—Por “asunto”, ¿te refieres a lo que sentimos?

—A lo que ya no debemos sentir.

—Para ti es fácil decirlo.

—¿Fácil? ¿Crees que es fácil para mí? En lo que ti respecta, nada es fácil para mí. He pasado los peores meses de mi vida odiándote. ¡Odiándome por haberte entregado mi corazón cuando pensé que tú simplemente habías estado jugando conmigo!

—Pero ahora sabes la verdad.

—Y eso no lo hace menos doloroso.

—Por eso es que debemos hablarlo.

—No, no debemos hablar de ello. Debemos olvidarlo.

—¿Por qué?

—Porque hablar de ello no nos hará ningún bien —En este punto, ya ambos estábamos levantando el tono de nuestras voces.

—Fingir que nada pasa tampoco.

—¿Y qué pretendes? Que me siente frente a ti, sonría y te diga: Oye, Ethan, ¿cómo estás? Yo estoy bien. Aún quiero besarte y mis piernas aún tiemblan cuando te ven. ¿Tanto así necesitas alimentar tu ego?

—No necesito alimentar mi ego. No se trata de mí, sino de nosotros.

Se levantó y me miró desde su posición con la mirada atravesada por sentimientos de odio y dolor.

—Ese es el problema. No hay "nosotros". Nunca lo habrá.

—Pero lo queremos... —Exclamé y la imité, levantándome también.

—Pero no podemos.

—Pero lo deseamos.

—Y que propones que haga... ¿esperar a que tu novia se muera?

—No seas cruel.

—Entonces no me obligues a serlo —Levantó sus manos en el aire con un gesto de exasperación.

—¿Por qué estamos discutiendo siquiera? —me llevé ambas manos a la cabeza.

—¡Porque me pides que hable de algo que quisiera olvidar!

—Es que no quiero olvidarlo.

—Ahora eres tú quién está siendo cruel conmigo. ¡Ya olvídalo!

—¡No quiero!

No dije "no puedo". Dije "no quiero" Y era tan cierto que las palabras quemaron cuando salieron de mi boca. Si lo intentaba, si me esforzaba, podría olvidar mis sentimientos , o al menos, esconderlos muy dentro de mí, pero el problema es que no quería.

—No quiero. —Volví a repetir, esta vez con más calma mientras me acercaba despacio a ella. Sophia me miraba con expresión aterrorizada, pero no por miedo. Era otra clase de terror. Su respiración se tornó más pesada y sus pecho subía y bajaba visiblemente con casa exhalación. Cuando estuve a solo centímetros de ella, extendí mi mano y rocé la piel descubierta de sus brazos. —Sé que podría intentarlo, pero no quiero. No quiero olvidarme de como se siente tu piel en mis manos —comencé a decir mientras la acariciaba con el mis dedos sintiendo como se erizaba ante mi tacto —, del sonido que sale de tu boca cuando estoy dentro de ti —me acerqué aún más y sentí como todo su cuerpo se estremeció —, ni del sabor de tus labios cuando te beso —finalicé y tomé su mentón con mi mano. Su boca ya estaba a apenas milímetros de distancia de la mía.

—Ethan... —intentó frenarme, pero no había ni un gota de determinación en su ruego.

—Ya es tarde para detenernos —dije, inhalando el perfume de su pelo

mientras mis dedos bajaban por su cuello.

—Esto hará que nos sintamos horribles en la mañana.

Asentí, porque ella tenía razón. —Estoy dispuesto a aceptar las consecuencias. ¿Y tú?

Me miró a los ojos y vi a través de ellos. Ya no teníamos escapatoria.

Entonces, la besé y el sabor de su boca se sintió como un elixir para el dolor. Un vacío mental se apoderó de mi mente y en lo único en que podía pensar era en Sophia y en lo mucho que deseaba hacerla mía. Ya nada tenía sentido a nuestro alrededor, solo el deseo de besarnos, tocarnos y sentirnos. Mis manos viajaron por su espalda hasta su cadera. Con un simple movimiento, la ayudé a colocar sus piernas alrededor de mi cintura y caminé con ella hasta el sillón. No había forma de que pudiese ir más lejos. La necesitaba ya.

La recosté y sus manos no tardaron en alcanzar deprisa el dobladillo de mi remera. Tiró de este. El deseo y la urgencia en su rosto no hizo más que aumentar mi necesidad de ella. Nos desvestimos con prisa, jalando nuestras ropas con rabia contenida. Nos besamos con ardor, mordiendo, succionando, como si quisiéramos borrar de nuestras mentes el recuerdo de todo lo que habíamos pasado. No existía la realidad fuera de nuestros dos cuerpos reconociéndose después de tanto tiempo.

Capítulo 18

Sophia

El perfume que emanaba del pecho de Ethan me penetró las fosas nasales. No podía recordar un aroma más embriagador. Volví a inhalar. ¿Estaba soñando? ¿Realmente había pasado o nuevamente había sido un sueño elaborado donde acababa en los brazos de Ethan? Los había tenido con suficiente frecuencia.

—¿Cómo te sientes? —La voz de Ethan me trajo de regreso. Levanté la vista.

Sí, era real. —No lo sé, ¿y tú? —pregunté casi con miedo de escuchar su respuesta. Tragué saliva con fuerza en un intento por reprimir la culpa que comenzaba a picar en mi conciencia.

Ethan exhaló un fuerte suspiro. Me besó en la frente y con cuidado retiró su brazo que descansaba bajo mi nuca. Con movimientos lentos, casi como si tuviese miedo de romper la fragilidad que nos rodeaba, se levantó. Quizás aún estaba aturdida por todo lo que acababa de pasar, pero podría jurar que tenía frente a mí a un mismísimo dios griego. Solo recorrer su cuerpo con los ojos me provocaba taquicardias. Terminó de abrocharse el pantalón y se agachó para levantar la remera del piso.

—Quisiera haber encontrado la fuerza para que no pasara —dijo con tono sentido y aunque compartía su pensamiento, sus palabras dolieron.

—Me siento horrible —dije. Llevé ambas manos a mi cara y presioné con fuerza mis ojos. No quería llorar.

—Lo siento —dijo. Su cálido cuerpo volvió a sentarse junto a mí. No me atreví a verlo directamente a la cara. Noté como extendió el brazo en un impulso por tocarme, pero rápidamente se arrepintió. —¿No vas a mirarme?

No quería hacerlo. —Me siento avergonzada —respondí honestamente.

—No hay nada de que avergonzarse. Ambos queríamos hacerlo.

Cerré los ojos y maldije silenciosamente. ¿Por qué, Ethan? ¿Por qué me haces esto? No es justo.

—¿Estás molesta? —preguntó.

No estaba molesta. Esto no se trataba de eso. ¿Acaso no lo entendía?

Debía protegerme.

—No estoy molesta. Estoy tratando de controlar mis emociones y mis sentimientos. Más que molesta, me siento frustrada. Y quizás algo molesta, pero conmigo misma.

No dijo nada. Me sentí aún más frustrada. Lo había dejado sin palabras. Por un lado, me sentí aliviada. Tal vez se iría y no tendría que seguir oliéndolo. Tan cálido y delicioso.

—Desearía que la situación fuese diferente, Soph. No quería lastimarte.

Finalmente, me giré para mirarlo. Ya tuvimos esta discusión. No quería tenerla de nuevo. —Lo sé. Ya me lo dijiste. Lo entiendo. —Comencé a girarme de nuevo, pero Ethan me agarró del mentón y gentilmente volvió a girar mi rostro hacia el suyo.

Parecía que iba a decir algo más, pero en su lugar, se mordió el labio.

Esto está muy mal, pero es muy bonito. No había otra forma de describir lo que sentía. Sabía que la forma en que me sentía en ese momento estaba mal, sabía que lo que deseaba que me hiciera en ese momento estaba muy mal, pero no hacía más que luchar contra la corriente.

Bajó de nuevo los dedos hacia mi mandíbula y, poco a poco, pasó la mano por detrás de mi nuca. Muy despacio, casi esperando mi reacción, me llevó hacia él y sin poder evitarlo, mi cuerpo giró en su dirección. Mi pecho y el suyo se encontraron y una fuerza poderosa recorrió todo mi cuerpo, pidiéndome a gritos que lo fundiese con el suyo hasta el último rincón una vez más.

Llevé mis manos hacia su cuello y apoyé las palmas sobre su piel caliente, sintiendo como el pulso de su corazón se aceleraba, pero no me detuve ahí. No podía. Subí los dedos y los hundí en su pelo. En ese preciso momento, sentía que habíamos vuelto a crear una burbuja a nuestro alrededor. Una burbuja que nos alejaba del mundo exterior y de la realidad.

Su aliento con aroma a café golpeó mis labios y su respiración comenzó a acelerarse cada vez más para acoplarse con la mía. Nuestras narices se tocaron en una danza imaginaria y el sonido que dejé escapar de mis labios hizo que Ethan se abalanzara a cubrirlos con los suyos en busca del alivio que ambos anhelábamos con tanta desesperación.

Una de sus manos bajó con brusquedad por mi espalda aún desnuda, mientras que la otra seguía en mi nuca. Me sujetaba con fuerza, obligándome a acercarme más. Nuestras lenguas se encontraron en un vaivén descontrolado y los gemidos que salían de su garganta se fundían

con los míos.

Nos detuvimos un segundo para tomar aire, pero volvimos a repetir el beso con menos titubeo y más desesperación. Una de sus manos aparta la remera con la que había intentado cubrirme el cuerpo unos minutos atrás y su boca se dirige directamente hacia mi pezón palpitante, pero cuando parecía que volveríamos a ceder ante el deseo incontrolable que se apoderaba de nosotros, su teléfono celular sonó en el bolsillo de su pantalón.

Fue como si un alfiler filoso explotara la burbuja que habíamos creado. ¡Pum!

Se separó de mí y tomó su celular. No hizo falta que me dijera quién le había enviado el mensaje. La expresión en su rostro era demasiado reveladora. Junté mis rodillas y las abracé contra mi pecho.

Ninguno de los dos dijimos nada. Ethan se aclaró la garganta y contestó el mensaje. Luego, volvió a guardar el teléfono en el mismo bolsillo y me miró. Sus ojos penetrantes me atravesaron.

—No puede volver a pasar —dijo con tono frío.

Tardé unos segundo en procesar sus palabras. Lo miré intentando descifrar su rostro, pero su actitud era indescriptible. Se veía enojado. Esperé unos segundo más antes de pararme para comenzar a vestirme.

Una mezcla de emociones descontroladas me invadió.

—¿Piensas que quiero que vuelva a pasar? —respondí con evidente rabia.

Sus ojos revelaron que se dio cuenta del error que había cometido. Suspiró hondo.

—No es a lo que me referí. No te estoy culpando.

—Se oyó así. Así que te lo diré lentamente para que me entiendas. No quiero ser tu amante. No lo seré. —remarqué cada una de las palabras.

Sonrió, pero no era una sonrisa de alegría. Los nervios y la angustia afloraba detrás del gesto. —Sabes que no te pediría eso.

—No, no lo sé.

—Maldición, no quiero volver a discutir. Perdona si me expresé mal. También la estoy pasando mal. También tengo sentimientos. También quiero dejar a Isa y comenzar algo contigo, porque sé que juntos

funcionaríamos. Porque me encantaría darnos una oportunidad, pero no puedo. No puedo hacer eso. Tanto como deseo hacerlo, no puedo. —Escupió cada una de esas palabras casi sin respirar.

Terminó de vestirse. Cada uno de sus movimientos eran casi violentos. Tomó las llaves del auto que había dejado sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta, pero antes de abrirla, se detuvo.

No se giró. Suspiró hondo para controlarse.

—Soy demasiado débil cuando te tengo cerca. A eso me refería. Yo no podré evitarlo, por eso te piso que seas tú.

Dicho eso, se fue, sin más, dejándome petrificada en mi lugar. Sus palabras galopeaban a mi mente y en mi corazón. ¿Cómo me repodría después de esto?

Capítulo 19

Ethan

Salí del departamento sintiéndome como el peor canalla de todos los tiempos. No dejaba de cometer errores. Había intentado enmendar las cosas, pero terminé empeorando todo. No solo había herido a Sophia de nuevo, también había engañado a Isabelle una vez más y había estado a punto de hacerlo de nuevo, si no hubiese recibido su mensaje.

Quizás el karma me estaba castigando por todas las veces que había juzgado a mi padre. Negué con la cabeza. No. Yo no era como él. Mi padre usaba a las mujeres por diversión, yo no me divertía con esta situación. Estaba sufriendo.

Me senté en el auto y golpeé el volante con fuerza. Perdí la cuenta de la cantidad de tiempo que permanecí ahí, en ese estacionamiento, odiándome. Si pudiese volver el tiempo atrás, haría las cosas diferentes.

Saqué mi celular y marqué el número de Sophia. Sin embargo, no me atreví a llamarla. Solo empeoraría aún más la situación. Le escribí un mensaje en su lugar.

Sufro por Isabelle, pero por ti me muero.

Presioné enviar y salí del lugar a toda velocidad. Necesitaba alejarme de ahí lo antes posible. Sophia no me respondió. Sabía que no lo haría. Después de todo, ¿qué podría decirme? No había nada que nadie pudiese decir que cambiara el hecho de que yo había asumido un compromiso hacía mucho tiempo y debía responder por mi decisión. En el fondo, sabía que ella lo entendía.

Con la mente aún nublada, conduje hasta la empresa. En ese momento, lo único que me podía calmar era el trabajo. Recordé que tenía que revisar unos documentos y quizás podría aprovechar el tiempo para enviar un mail a la constructora de Nueva York. Si podía cerrar ese trato, mi independencia de "Jameson y Asociados" estaría un paso más cerca. Aunque independientemente de eso, sabía que no me sería difícil abrirme camino en el mercado inmobiliario. Había logrado hacerme de renombre y ya había recibido varias llamadas de inversionistas importantes en la costa Atlántica e incluso de México.

Abrí la puerta de la oficina y me sorprendí al encontrarme a Nicholas detrás del escritorio.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Buenas tardes para ti también. Por cierto, te ves fatal.

—No esperaba encontrarte en la oficina.

—Necesitaba escaparme de Anna y de la locura del casamiento por unas horas. Te lo juro. Escucho la palabra "cena de ensayo" una vez más y me volveré loco.

—Tú solo te metiste en esto, amigo. —Le respondí con tono de broma.

Nicholas suspiró hondo. —Lo sé. No sé en qué estaban pensando.

—Creo que el problema era que no estabas pensando.

—Bueno, ya conoces a Anna. Con ella es todo o nada. Y yo quiero todo.

—Si no fuera porque estás hablando de mi hermana, te diría que tu romanticismo da asco. Pero como eres mi amigo y amo a mi hermana, solo puedo decirte que no puedo estar más que feliz de saber que se casa contigo — le dije con total honestidad. Era verdad. Nicholas amaba a Anna y estaba seguro de que la haría feliz.

Asintió con la cabeza. —¿Quieres un café? Acabo de pedir uno.

—No. En este momento necesito un whisky. —dije, desplomándome en uno de los asientos de la oficina.

Nicholas me lanzó una mirada curiosa. Luego, se acercó hacia la mesa de las bebidas y me sirvió un vaso. No dijo nada mientras servía la bebida, pero sabía que su mente estaba contemplando los infinitos escenarios posibles para mi necesidad de beber alcohol. Me lo alcanzó y estaba a punto de decirme algo cuando golpearon a la puerta.

—Permiso. Le traigo su café, señor Nicholas —se disculpó la señora de ordenanza luego de abrir la puerta. Cuando me vio, no ocultó la sorpresa en sus ojos. —Disculpe, no sabía que estaba usted también, señorito Ethan.

Solté una carcajada. —Resulta que él es "señor Nicholas" y yo soy "señorito Ethan", Rosa?

Rosa se enrojeció. Había trabajado en la empresa desde que tenía uso de razón. —Ay, es que me cuesta verlo como a un hombre señorito, digo, señor Ethan. Aún me parece verlo corretear por los pasillos de la compañía. Va a ser extraño no tenerlo por aquí. Supe que nos deja —dijo

con cierta melancolía.

—Bueno, Rosa, si tanto me extrañas, podrías venirte conmigo —respondí, guiñándole un ojo.

—Hey —intervino Nicholas. —No permitiré que te lleves a Rosa. Hace el mejor café que probé en mi vida. ¿No cierto que no me dejarás, Rosita? —casi le rogó.

—No iré a ningún lado, señor Nicholas. Puede estar tranquilo.

—Sabía que no me dejarías por este cabeza dura — Nicholas le tiró un beso en el aire y le guiñó el ojo.

Rosa rio y luego se retiró. Por suerte, su intervención había servido para quitarle plomo al ambiente.

Nicholas se sentó en el sillón opuesto al escritorio y me miró. —Podría hacerme el tonto y hablar de temas de negocios, preguntarte por los papeles de la constructora o incluso comentarte que tu padre me rogó que intentara hacerte cambiar de idea...

—Claro que lo hizo —dije, tomando un trago.

—Sabías que lo haría.

—Sí, me sorprende que no haya tomado medidas más extremas.

—Creo que no quiere afectar la boda.

—Sí, puede ser —dije, observando las olas que formaba la bebida dentro del vaso.

—Pero no vamos a hablar de eso.

—¿Ah, no? —quise hacerme en desentendido.

—Anna me comentó que Sophia se reuniría contigo. ¿Tu expresión miserable tiene algo que ver con ese encuentro?

Suspiré. —Tiene todo que ver.

Las cejas de Nicholas se juntaron. —¿Cómo la cagas? Debías arreglar las cosas, no complicarlas.

—Lo sé. Todo se fue de las manos.

—Dime que no pasó lo que creo que pasó —dijo con un suspiro de exasperación.

No le respondí. Nicholas negó con la cabeza y su expresión muestra desaprobación.

Levanté una ceja. —¿Te molesta?

Se encogió de hombros. —Pues sí. Un poco.

—¿Por qué? ¿Hay algo que no me estás diciendo? Porque te recuerdo que te vas a casar con mi hermana en menos de una semana.

Negó con la cabeza. —No se trata de eso. No estoy celoso de Sophia si es lo que te preocupa.

—¿De qué se trata, entonces?

Dejó de mirarme por unos segundos y, justo antes de que dejara escapar el aliento, noté una expresión de incomodidad en su rostro.

—Aprecio a Sophia. Anna también. Es su mejor amiga. Ya te lo dije, no puede hacer esto.

—¿Intentas darme lecciones de moral? —respondí a la defensiva.

—Ya sabes a qué me refiero.

Me puse de pie y me acerqué a él. —¿Cuánto hace que eres mi mejor amigo? Me conoces bien.

—Porque te conozco, te lo digo. —dejo escapar un suspiro. —Ya hemos tenido esta conversación. Creo que no hace falta que te recuerde cuál es mi postura y todo lo que está en juego.

—No, no hace falta. Sé muy bien lo que debo hacer. Lo de hoy, no volverá a pasar.

Nicholas no dijo nada, pero no hacía falta ser un genio para adivinar que no me creía. Sé que había muchas cosas que quería decirme, pero también sabía que no las diría.

—Después de la boda, regresaré a Nueva York con Isabelle. Tiene consulta con su médico para definir la próxima etapa de su tratamiento. Necesito pedirte algo.

—Sabes que solo debes decirlo.

—Estuve en el departamento de Sophia. No me gustó. No tiene comodidades y creo que se está alimentando bien. Le abrí una cuenta, pero es tan testaruda que sé que no va a utilizar esos fondos. Quiero que te ocupes de que no le falte nada.

Nicholas asintió. —Por eso no debes preocuparte. Con Anna nos ocuparemos. Tu hermana le ofreció otro departamento, pero no quiso aceptarlo. Tampoco quiso regresar a la empresa.

—Lo sé. Vi que había unos curriculums sobre su mesa. No sé a dónde piensa postularse y me preocupa que quieran aprovecharse de su necesidad de trabajar.

—Sí, lo sé, pero Anna ya tiene un plan. Habló con David Smith. Necesitan personal en contabilidad, así que la llamará en unos días.

Fruncí el ceño. —No me gusta David.

—No te preocupes. Estará bien. Hablé con él y le dije que Sophia era amiga nuestra y que la apreciabas mucho. De hecho, se lo remarqué muy bien.

—Tanto como quiero golpearte la mitad del tiempo, en este momento te abrazaría.

—Hey, te hago la misma pregunta.—dijo, con una media sonrisa—¿Cuánto hace que eres mi mejor amigo? Sé lo que significa Sophia para ti, no soy tonto.

Asentí. —Te debo una.

—Me debes unas cuantas, pero se las cobraré a tu hermana.

—Dios. Eres un asco, no cambias más —dije, riendo.

Capítulo 20

Sophia

No estaba orgullosa de la persona en la que me había convertido los días posteriores a mi encuentro con Ethan. No había tomado decisiones inteligentes.

Quería hablar con Anna, pero no podía serle honesta. No en este momento, al menos. Estaba a punto de casarse, no podía arruinarle su felicidad con mis problemas, así que en lugar del consejo de mi mejor amiga, me enfoqué en la bebida y en tomar decisiones estúpidas y precipitadas, como aceptar salir con Ben, por ejemplo, luego de la cena de ensayo.

Ben y yo estábamos en la barra de un bar tomando la quinta ¿o era la sexta? copa de mojito. Había sido una semana larga. Me despertaba cada mañana con pensamientos de Ethan dando vueltas en mi cabeza y me iba a la cama cada noche con lágrimas en los ojos.

Unas horas antes, había sido la cena de ensayo.

—¿Puedes creer que voy me casaré con Nicholas mañana por la noche?

Sonriendo, asentí. —A decir verdad, lo esperaba. Cuando vi cómo Nicholas te miraba, supe que estaba enamorado de ti. Se le notaba a toda la cara y a ti también, aunque querías negarlo.

—Soy la mujer más afortunada del mundo — respondió.

El dolor en mi pecho era algo a lo que me estaba acostumbrando. Ver a otras parejas enamoradas y felices me dolía porque yo quería eso. Pero no con cualquiera y eso dolía aún más. ¿Mi corazón dejaría de querer a Ethan alguna vez? ¿Cuántos golpes más resistía antes de dejar de amarlo? Esa noche había recibido varios. El primero, cuando lo vio llegar de la mano de Isabelle y aun así no pudo dejar de latir como un loco. El segundo, cuando la tomó de la cintura para ayudarla a sentarse. El tercero, cuando la tomó de la mano y bailaron juntos el vals. El Cuarto, cuando nuestros ojos se encontraron. El quinto, cuando nuestros dedos se rozaron durante el brindis. El sexto, cuando se disculpó con Anna y se retiró en silencio porque Isabelle no se sentía bien.

—¿Estás bien? Pareces deprimida —La preocupación en la voz de Ben era evidente.

—Estoy cansada. Lo siento. Trataré de no verme deprimente —bromeé.

—¿Qué te parece si dejamos que los tórtolos disfruten de su última noche como novios y nuestros nos vamos a tomar algo a un bar?

Lo poco que me quedaba de sentido común me decía que rechace su oferta, sin embargo, no estaba ese humor para seguir a mi sentido común en ese momento. Así que acepté y ahora estábamos aquí, bebiendo como si no habría mañana.

—Si fueses un animal, ¿cuál serías?— tartamudeó Ben, arrastrando las palabras.

Lo miré intentando enfocar la mirada. —No lo sé. Me gustan los delfines.

—Yo sería un burro, ¿sabes por qué? —dijo, guiñándome un ojo o al menos lo intentó.

—No, no quiero saberlo.

—Puedo mostrártelo.

Lo miré con reproche.

—Sí, ya sé, ya sé. Solo amigos —contestó con un hipo de por medio. —Ahí te va un juego. ¿Con quién te casas, a quién besas y a quién matas?

Fácil. La respuesta sería Ethan para las tres.

—¿Frankenstein, Drácula o Shrek?

Arqueé la ceja. —¿Qué tiene que ver Shrek con Frankenstein o Drácula?

Se encogió de hombros. —No sé, no se me ocurrió otro.

—Es como que te dijera, elije entre "La sirenita" o la "La llorona".

—Fácil, la que tienes piernas.

Hice un gesto de asco y tomé otro trago. Ben volvió a preguntar otra tontería sin sentido. Claramente estábamos hablando incoherencias.

—Dime una cosa. ¿Qué tengo de malo? —pregunté.

Me miró. —No te veo nada malo.

—Entonces, ¿por qué me va fatal en el amor?

—Porque eliges mal.

—Sí, podría ser. ¿Sabes? Mi primer novio me engañó.

—¿Es por eso que estás mal?

Tomé otro trago. —No, es por quien vino luego de él.

—¿También te engañó?

Lo pensé por un momento. —Primero sí, luego no. Y luego, todo fue peor.

—Vaya drama. Por eso no me enamoro.

—Sabia decisión.

—Supongo. Pero también la paso mal. Ya sabes, las chicas solo me buscan por mi aspecto de semental pasional. No se interesan por mi interior —dijo desfigurando el rostro mientras hablaba. Le estaba costando modular las palabras por el alcohol.

Solté una carcajada. —¿Y a ti te interesa lo que ellas tienen en su interior?

—No, no me preocupa su ropa interior. Creo que es mejor si no la usa. Es más fácil.

Reí y tomé otro trago. Esta conversación no nos llevaría a ningún lado. No estábamos en condiciones de hablar coherencias.

Lo último que recuerdo de esa noche fue haber pedido otra copa de mojito que no sé si alcancé a terminar antes de que todo se quedara borroso en mi mente.

A la mañana siguiente, un terrible dolor de cabeza y el dolor de la luz en mis ojos al intentar abrirlos fueron mis únicos recordatorios de las actividades de la noche anterior. Había sido una estupidez haber aceptado la invitación de Ben. ¿Qué había esperado que sucediera? No me iba a sentir mejor por beberme casi todo el alcohol de ese bar. Encima, me había ganado una terrible resaca.

Como pude me levanté de la cama, pero cuando me paré noté que estaba prácticamente desnuda. Solo tenía mis bragas. No solía dormir de esa forma. Siempre usaba una remera o mi pijama. Al menos que… El pánico se apoderó de mí. Miré a mi costado, la cama estaba desarreglada y la almohada ahuecada. Me acerqué y la olí. Era el perfume de Ben. De todas

las tonterías que había hecho en mi vida, esto había ido demasiado lejos. ¿Cómo permití que la situación se saliera tanto de control?

Me vestí a toda prisa. Tomé mi celular para llamar a Ben cuando escuché ruidos en la cocina. ¿Aún estaba acá? Entonces… ¡Dios! ¿Qué había hecho?

Asomé mi cabeza en la cocina para encontrarme a Ben, sin camisa, preparando el desayuno. Cuando me vio, sonrió.

—Buenos días —me saludó sonriente.

¡Dios! ¿Cómo podía verse tan lúcido? Recordaba que había tomado tanto como yo.

—Te ves fatal —me dijo bromeando.

—Me siento fatal. Siento que la cabeza me va a explotar.

—Toma —me dijo, alcanzándome un vaso con agua y una pastilla. —Créeme. Es milagrosa.

Luego, me puso el plato del desayuno en frente y se sentó. Me revolví incómoda en mi asiento y lo observé comer por unos segundos.

—Entonces... —comencé a decir. Me miró con las cejas juntas y una expresión curiosa. —¿Nosotros...?

Puso otro bocado en la boca. —¿Nosotros qué?

—No me hagas decirlo —le dije, frustrada.

—¿No te acuerdas de nada?

—No te lo estaría preguntando de ser así.

Soltó un suspiro. —No, Sophia. No pasó nada. Cuando volvimos, estabas demasiado ebria para subir sola, así que te acompañé. Te vomitaste. Te quité el vestido. Lo siento. No tenías brasier, así que sí, vi tus pechos. Luego me acosté a tu lado. No estaba tranquilo dejándote sola en ese estado, pero tampoco estaba dispuesto a dormir incómodo en el sofá.

—¿No tuvimos sexo?

—No.

—Ay, gracias a Dios —dejé escapar sin pensarlo.

Ben me miró. Luego apartó su plato. —¿Sabes? No sé si debería tomarlo como una ofensa. No, espera. Sí, es una ofensa. Primero, porque no sabía que era tan malo acostarse conmigo. Y segundo, ¿cómo puedes pensar que me aprovecharía de ti estando ebria? ¿Qué clase de tipo crees que soy? Mejor me voy —escupió todas las palabras y se levantó.

—No, espera. No te vayas. No quise ofenderte. Es solo que no estoy siendo yo misma últimamente. Te juro, no tiene nada que ver contigo. Estoy hecha un desastre. Lo siento, de verdad —me sinceré.

Me miró por unos segundos. —Mira, puedo ser un cretino la mayor parte del tiempo, pero jamás me aprovecharía de una mujer ebria, menos de ti —exclamó, volviéndose a sentar.

—Sí, lo siento. Es que todo el asunto de la boda y Ethan… —Ni bien lo dije, me tapé la boca. Había hablado de más.

Ben abrió los ojos como platos. —¿Dijiste Ethan?

—Por Dios, Ben. Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Espera. ¿Ethan? ¿Ethan Jameson es la persona por al que estás así? Sophia, ¿en qué estabas pensando? Tiene novia. No, espera. ¿En qué estaba pensando ese bastardo? —a medida que hablaba, el tono de su voz sonaba cada vez más enojado. Se veía molesto de verdad. Y se levantó nuevamente. Pensé que se iría, pero antes de hacer otro movimiento, volvió a hablar.

—¿A qué están jugando, Sophia? ¿Quieren terminar de matar a Isabelle?

Pestañé dos o tres veces tratando de asimilar sus palabras. —¿Qué?

—Porque si su enfermedad no es suficiente —repitió con una pronunciación más clara, esta vez —, esto sí lo será.

Siguió clavándome una mirada fría y despiadada mientras intentaba controlarme. Durante unos cuantos segundos, me limité a negar con la cabeza en un gesto de incredulidad. ¿Por qué me dijo algo tan cruel? No era propio de Ben. No sabía quién era este idiota que tenía delante, pero estaba claro que no era Ben, al menos, no el Ben que conocía. Sin embargo, reaccioné antes de pensar demasiado. Eché un brazo hacia atrás y lancé un puñetazo directo a su mejilla derecha.

Mierda. Levanté la vista. Ben se estaba cubriendo la mejilla con una mano. Tenía los ojos muy abiertos y me observaba con una expresión más de sorpresa que de dolor. Luego, echó la cabeza hacia atrás y se pasó las

manos por el pelo.

Quería decirle muchas cosas, pero las palabras no salieron de mi boca. En su lugar, me desplomé en el sofá, empecé a llorar y me tapé la cara. Lo escuché suspirar profundamente y, al momento, se dejó caer junto a mí. Subí los pies para acurrucarme en la otra punta del sofá.

—Lo siento —se disculpó, rompiendo el silencio con un sonido distinto al de mi llanto—. Dios mío, lo siento. Solo intento entender qué diablos estás haciendo.

Me sequé la cara con la camiseta y lo miré. Su rostro era un caos de expresiones.—Es que de verdad. Mira, no quise ser grosero. Es solo que me tomaste desprevenido.

—No lo buscamos, Ben.

—Lo sé —dijo exasperado—. Creo que eres una buena persona, que tienes buen corazón. Y un gancho de derecha bastante bueno —dijo haciendo una mueca—. Supongo que por eso estoy tan cabreado. Sé que tienes buen corazón, así que… ¿Por qué Ethan?

—Es una larga historia. ¿Estás dispuesto a escucharla?

Ben simplemente asintió, así que le conté todo. Desde el inicio.

—Maldito desgraciado —comentó.

—No te enfades con él, Ben. Tampoco debe ser fácil estar en su lugar.

—Es que no etiendo, Soph. ¿Cómo puedes defenderlo?

No me gustó el tono condescendiente de su voz. Me acomodé un poco mejor en el sofá antes de volver de hablar. —No podemos controlar los asuntos del corazón, Ben. Solo podemos controlar nuestros actos, que es exactamente lo que ambos estamos intentando hacer.

—De todos los motivos que siempre he tenido para envidiar a Ethan, este es el más fuerte. No solo consiguió el amor de una chica como Isabelle, también el tuyo.

No supe que contestar, así que solo exhalé.

Capítulo 21

Ethan

—¿Estás lista? —le pregunté a Anna, doblando mi brazo para que ella envolviese el suyo alrededor. Estábamos frente a las puertas de la iglesia.

—Creo que sí.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás — bromeé.

Anna rio. —No, estoy dejando todo el dramatismo para la boda de papá.

—Escucha —dije, poniendo mi mano sobre la suya —. Este es tu momento. Tuyo y de Nicholas. Deja de preocuparte por papá. Ya lo conocemos. Deja que viva su vida a su antojo. Deberías preocuparte solo por tu felicidad y por hacer feliz a mi amigo. Ese bastardo se lo merece.

Anna suspiró y luego sonrió. —Tienes razón.

—Muy bien, no hagamos esperar más al novio. Estoy seguro de que está a punto de venir a buscarte.

Anna rio y las puertas frente a nosotros se abrieron.

—¿Sabes? Siempre pensé que serías tú el primero de nosotros en caminar por este pasillo —comenta Anna en un susurro.

—Sí, supongo que es lo que se esperaba.

—¿No te cansas de eso?

—¿A qué te refieres?

—A hacer siempre lo que se espera de ti. Es decir, desde que tengo uso de razón, has hecho lo que se espera de ti. Creo que es hora de que dejes de hacer lo que los demás esperan y hagas lo que tú quieres hacer.

—¿Te refieres a Sophia?

—Sí. ¿Sabes? Nunca pensé que podría ser tan feliz como lo he sido este último tiempo. Quiero lo mismo para ti. Quiero que seas feliz, Ethan. Te lo mereces.

No supe que responderle y tampoco tuve tiempo porque ya casi habíamos

llegado al altar.

—Cuídala —le dije a Nicholas mientras le entregaba el brazo de mi hermana.

—Con mi vida entera —me respondió sin mirarme. Sus ojos estaban completamente enfocados en Anna.

Me corrí a un costado y ocupé mi lugar en la ceremonia. I mediatamente, mis ojos buscaron a Sophia. El corazón dio un vuelco. Se veía maravillosa. Tan cálida que se mimetizaba con la decoración del lugar. Parecía un ángel. Sus mejillas sonrojadas, sus ojos vidriosos por la emoción del momento, sus labios apenas maquillados eran una invitación a besarlos. No podía quitar mis ojos de ella.

Sacudí la cabeza y me obligué a mirar hacia el costado. A Isabelle.

Cuando nuestros ojos se encontraron, noté una mezcla de emociones en ellos. Me miraba con tristeza. En ese momento, supe que había metido la pata. Era a ella a quién debía buscar con la mirada luego de dejar a Anna. En su lugar, había buscado a Sophia. ¿Cuánto tiempo había pasado mirándola? Dios. Isa se había dado cuenta. Estaba seguro, sin embargo, solo me sonrió y apartó la mirada. Me sentí un cretino, un sentimiento al que ya me había acostumbrado.

Capítulo 22

Sophia

La recepción de la boda fluía muy natural y el ambiente se sentía alegre y relajado. La buena música, los tragos en la mesa y las anécdotas de los chicos mantenían mi mente alejada de Ethan. Éramos cuatro personas en este rincón del salón. Stephen y su novia y Ben y yo.

Cuando uno de los mozos pasó a nuestro lado, Ben bajó un trago para él y otro para mí. Hice un gesto, ya que aún me dolía la cabeza por la resaca de la noche anterior.

—No te hará daño —rio.

—Vine con el auto y estos tragos están cargados. Además, aún no me recupero de anoche —respondía.

Stephen rio. —¿Así que la pasaron bien? —Había intención oculta en su comentario, lo que me hizo sentir incómoda. Ben solo rio.

—Sí, nos ha dejado una buena resaca.

—¿Cómo es eso de que estás con el auto? —consultó Eva —Pensé que habían venido juntos.

—Insistí, pero no sabes cuán cabeza dura es —reprochó Ben.

—Es que me sentiría fatal si por mi culpa debía regresar antes —me excusé.

—No planeas irte temprano, ¿verdad?

Me encogí de hombros. —No lo sé. Pensaba quedarme hasta que Anna y Nicholas se fuesen.

Como era costumbre, Anna y Nicholas dejarían la fiesta luego de la recepción para irse de luna de miel. La fiesta seguiría, pro supuesto, pero no pensaba quedarme.

Ben estaba a punto de decir algo, pero Anna se sumó al grupo y le quitó la copa de su mano.

—¿Vieron a la novia de papá? ¿Pueden creer que la muy perra vino de blanco? —Sonaba muy enfadada.

—No es blanco —dijo Ben.

—Da igual. ¡Es crema! Todos saben que esos colores están prohibidos en las bodas, al menos que seas la novia —intervino Eva.

—Bueno, hazle lo mismo en la suya con tu padre —Ben se encogió de hombros.

—No, iré de negro. Luto absoluto. Incluso me pondré un tocado haciendo juego. Y puede que me emborrache y haga un escándalo.

—Vamos, Anna. No seas exagerada —intenté tranquilizarla.

—Te lo juro. La odio —dijo, empinando la copa hasta vaciarla.

En ese momento, Nicholas se sumó, tomándola de la cintura. —¿No creen que es la novia más hermosa del universo? —dijo, besándola en la mejilla.

Sonreí. La tensión en el rostro de Anna se suavizó y todos comenzamos a bromear nuevamente. No sé si fue casualidad, pero justo giré la cabeza cuando Ethan e Isabelle se acercaban por el pasillo. Quise apartar mis ojos de él, pero no pude. Ethan caminaba a paso tranquilo, con la mano libre metida en el bolsillo delantero del pantalón.

Cuando estuvo más cerca, sus ojos se fijaron en los míos. Finalmente, fui yo quien apartó la mirada, sintiéndome incómoda. Los dos se terminaron de acercar e Isabelle me sonrió, pero no era una sonrisa honesta. Había algo extraño en su mirada que no supe descifrar. Se me quedó mirando por un tiempo bastante prolongado y me hizo sentir aún más incómoda. Era raro porque nunca se había comportado así. Intenté no darle importancia y tomé otro sorbo de mi copa.

—¿Estás bien? —consultó Ben al oído.

—Sí — le sonreí.

La conversación giró en torno a temas triviales y algunas anécdotas de los chicos, en especial, de la época de la universidad. Luego bailamos, reímos y despedimos a los novios. De vez en cuando, mis ojos se cruzaban con los de Ethan, pero me esforzaba por apartar la mirada deprisa. También descubrí a Isabelle observándome más de lo habitual. No quería dejar que la paranoia me invadiera, pero sentía una sensación extraña en el pecho.

Finalmente, una hora después de que Anna y Nicholas se habían escapado a su luna de miel, decidí que era momento de volver. Me despedí de todos y abracé a Ben. Se había convertido en un buen amigo y debía reconocer

que había estado muy pendiente de mí durante toda la recepción.

Una vez que salí, el chico del valet parking dijo que me alcanzaría el auto, pero me negué y comencé a caminar hacia el lugar donde lo había dejado estacionado.

—¿Ya te vas? —La voz de Ethan me tomó por sorpresa. Miré hacia un costado y lo vi asomarse desde la oscuridad del jardín.

—Sí, estoy cansada.

—Te acompaño hasta el auto —Se ofreció.

Quise negarme, pero algo dentro de mí me lo impidió. En su lugar, caminamos en silencio.

—¿Cómo has estado?

—Como puedo —dije honesta e hice una pausa. —¿Isabelle está bien? La noté extraña.

—Hoy no es un buen día.

Asentí. —Entiendo.

—Quise llamarte —comenzó a decir —. Ese día, después de que me fui de tu departamento, pero sabía que solo complicaría las cosas.

—Lo entiendo. Prefiero que sea así.

Cuando llegamos al auto, me giré para quedar de frente a él. —Gracias por acompañarme.

—Mañana regreso a Nueva York —fue su respuesta.

Un nudo se formó en mi estómago. Era el final. Luego de esto, ya no habría motivos para seguir viéndonos. Solo asentí y aparté la mirada para que no notara las lágrimas que se escondían detrás de mis ojos.

—Te deseo lo mejor, Ethan. De verdad, para ambos.

No quería que estuviese aquí, delante de mí. No quería que me mirase con esa expresión que reflejaba mis propios sentimientos. No quería que dijese nada más.

Quería que esté junto a Isabelle. Quería que él desease estar con Isabelle porque todo resultaría mucho más fácil si supiese que mis sentimientos no eran correspondidos. Si él no me mirase con ese deseo detrás de sus

pupilas, a mí me resultaría más sencillo olvidarlo y aceptar su elección. Pero saber que esta despedida le dolía tanto como a mí, hacía que mi sufrimiento fuese aún mayor. Me estaba matando porque nada ni nadie encajará en mi vida tanto como él. Sentía como si estuviera renunciando voluntariamente a mi única oportunidad de vivir una vida maravillosa y conformándome con una versión mediocre sin Ethan.

Nuestras miradas continuaron enlazadas en silencio durante varios segundos más, hasta las desviamos para permitirnos memorizar hasta el último detalle del otro. Recorrió mi rostro lentamente, con sus ojos negros, como si estuviera tratando de grabarme en su memoria, pero ese era el último sitio en el que quería estar. Hubiese dado lo que fuera por formar parte de su presente para siempre.

Pasé mi mirada por su cuerpo y me detengo en sus manos. Esas manos que ya no volverían a tocarme ni a abrazarme, esas mismas manos que de repente me buscaron y me rodearon en un abrazo tan estrecho que no me hubiese permitido apartarme aunque quisiera. Pero no quería apartarme. Al contrario, le devolví el abrazo con la misma desesperación. Encontré consuelo en su pecho mientras él apoyaba la mejilla en lo alto de mi cabeza. Intenté que mi corazón no siguiese el ritmo de sus latidos, irregulares y descontrolados.

Permanecimos abrazados varios minutos. Tantos que intenté no contarlos por miedo a darme cuenta de que llevábamos allí de pie demasiado tiempo para que pueda considerarse una despedida apropiada y quizás alguien nos veía.

Al parecer, él también pensó lo mismo. Subió las manos por mi espalda hasta llegar a los hombros y se separó. Cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar, retiró las manos que tenía apoyadas en mis hombros y las colocó con suavidad a ambos lados de mi cara. Me miró a los ojos durante varios segundos y su manera de estudiarme despertó hormigueos incontrolables en mi estómago. No pude evitar enamorarme de la forma que me estaba mirando, como si yo fuera lo único que importara para él. La única persona a la que quería en su vida. Él era al único que quería en la mía. Me vino de nuevo a la mente el mensaje que había escrito.

Por ella sufro, por ti muero.

Antes de poder reaccionar, sus labios húmedos hicieron contacto con los míos. Pero no fue un beso desesperado, ni ardiente, ni hambriento. Fue un roce suave, casi doloroso, que duró solo unos segundos.

—Sophia —susurró—. Escúchame bien —dijo acariciándome la cabeza con ambas manos—. Nunca lamentaré lo que pasó entre nosotros. Desearía que las cosas fuesen diferentes, pero le hice una promesa a Isabelle. Juré

que la protegería, que no la dejaría sola en lo que está atravesando y no puedo abandonarla.

Mi corazón se detuvo por un instante. Lo que me acababa de decir debía ser motivo para enfadarme, para odiarlo, para apartarlo de mi lado, pero acababa de enamorarme aún más. Acababa de enamorarme de su lealtad.

Hizo una pausa antes de terminar lo que quería decir y mi corazón y mis pulmones aprovecharon para recobrarse. Tomé aire.

—Solo quiero que sepas que te amo.

Con esa frase, acababa de perder oficialmente la guerra contra mi corazón. Ni siquiera intenté verbalizar una respuesta, pues mis lágrimas manifestaron mis sentimientos. Ethan se inclinó hacia delante y me besó en la frente. Luego, dejó caer las manos y se apartó muy despacio. Con cada uno de los pasos que los alejaban de mí, el corazón se me desmoronaba un poco más.

Aunque sabía que debía marcharse, estaba a solo un suspiro de pedirle que se quedara. Quería dejarme caer de rodillas y pedirle que me eligiese. Mi lado patético quería suplicarle que me siguiera besando, aunque no podíamos estar juntos. Por suerte, su fuerza de voluntad era más fuerte que la mía, porque volteó y se marchó sin mirar atrás.

Capítulo 23

Ethan

La mañana siguiente me encontró dormido en el sofá.

Después de despedirme de Sophia, había regresado al salón para encontrarme con Isabelle sintiéndose mal, así que volvimos de inmediato al departamento. No quiso que la llevase a la guardia del hospital y, en su lugar, fue directo al dormitorio argumentando que necesitaba dormir y descansar.

Yo me había quedado en el living deambulando de un lado a otro. Me sentía extraño. Por un lado, una parte de mí se sentía en paz porque había logrado despedirme de Sophia como deseaba y había sido completamente honesto respecto amis sentimientos con ella. La amaba, pero no podía elegirla. Por otra parte, la salud de Isabelle no dejaba de preocuparme y su comportamiento no me gustaba. Estaba distante y sabía que estaba molesta. Me había atrapado viendo a Sophia durante la ceremonia y aún no habíamos hablado al respecto, pero sabía que eso la había afectado. Era un tema que deberíamos hablar y me tenía inquieto.

Me serví un vaso de whisky y me senté en el sofá. Tomé mi laptop y me puse a revisar unos documentos. En momentos así, solo el trabajo lograba calmar mis nervios.

En algún momento de la madrugada, debí quedarme dormido. Miré mi reloj.

Eran las dos de la tarde. ¿Cómo había podido dormir tanto? Me levanté deprisa y me dirigí al dormitorio. Necesitaba ver cómo seguía Isabelle, pero cuando abrí la puerta mi corazón se detuvo.

No estaba.

Recorrí el dormitorio con la mirada. Todo estaba ordenado. ¿En qué momento se había levantado? ¿Cómo no la escuché? ¿A dónde se había ido? Intenté no entrar en pánico. Quizás, había salido a dar una paseo.

Una segunda inspección por la habitación me hizo descubrir una nota sobre la mesa de noche.

Ethan, te vi con Sophia en el estacionamiento. Desearía que me lo hubieses dicho.

Me llevé las manos a la cabeza y empecé a recorrer la habitación vacía de un lado a otro mientras intentaba pensar en cómo deshacer lo que había

hecho, pero Isabelle nos había visto.

¿Por qué fui tan descuidado, maldición?

Había vivido veintisiete años sin experimentar jamás lo que estaba sintiendo en ese momento, una clase de odio que anula la conciencia por completo y que se siente en cada punto del cuerpo. Jamás lo había experimentado hasta ese momento. Nunca había odiado nada ni a nadie con tanta intensidad como me odiaba a mí mismo.

Tomé mi celular e intenté llamarla. Su celular sonó tres veces, pero no me atendió. Sabía que estaba dolida y que debía odiarme, pero tenía que escucharme. Lo intenté una vez más sin éxito.

Cerré los puños con rabia y golpeé la pared preguntándome de nuevo por qué rayos había salido detrás de Sophia. Podía haber hablado con ella en otro momento. ¿Por qué había sido tan estúpido?

Tomé mi celular, pero esta vez marqué el número de Sophia.

—¿Ethan? —Su voz me indicaba que aún estaba dormida. Me quedé sin palabras por un momento. —¿Qué ocurre? ¿Pasó algo? —La preocupación ya era evidente en sus palabras.

—No. Sí. Maldición.

—Ethan, ¿qué ocurre?

—Por las dudas, ¿Isabelle no intentó ponerse en contacto contigo?

—No, Ethan. ¿Por qué lo haría? Me estás preocupando.

—Nos vio, anoche.

Sophia dejó escapar un sonido agudo. —Dios mío. ¿Ella...?

—Se fue. No está en el departamento y estoy desesperado. No entiendo cómo pude ser tan descuidado.

—Yo... No sé qué decir...

—No hace falta que digas nada. Perdón por despertarte. Adiós.

—No, Ethan. Aguarda...

Peor no la dejé terminar. Corté la llamada. Necesitaba enfocarme en

encontrar a Isabelle.

Le escribí un mensaje de texto y aguardé su respuesta. Luego de varios minutos, la pantalla de mi celular se iluminó.

No tenía la más mínima intención de seguirte, pero luego de ver cómo mirabas a Sophia, no pude evitarlo. De hecho, esta no era la primera vez que te he visto observarla. No soy tonta. Intuí que te gustaba, pero no pensé que había llegado tan lejos. Por favor, dame tiempo para asimilarlo. Me pondré en contacto contigo cuando esté preparada para hablar, dentro de unos días.

¿Unos días? No podía creer que estuviese hablando en serio. No resistiría unos cuantos días así. Tendría suerte si sobrevivía al día de hoy, sabiendo que la había lastimado, no solo a ella, sino también a Sophia, de nuevo.

Golpeé la pared de la habitación una vez más. Maldición, ni el dolor en los nudillos se comparaba con la presión que sentía mi corazón en ese momento. Volví a tomar mi celular para responderle.

Te daré todo el tiempo que necesites. Sabes que te quiero y estoy dispuesto a sincerarme contigo. Sé que estás dolida y sé que te he traicionado, pero por favor… no hagas ninguna locura. Encontré la bolsa con tus remedios aquí.

Esta vez, su respuesta no tardó.

¿Es lo único que te preocupa? Conseguiré otros en una farmacia.

Luego de eso, me bloqueó porque ya no pude mandarle más mensajes ni llamarla.

Maldición. Derrotado, me dirigí al living y me serví un vaso de whisky. Pero no alcancé a beberlo, sino que lo arrojé con rabia contra el piso. Miré como el líquido se desparramaba sobre la alfombra y los restos de vidrio titilaban esparcidos por todo el lugar. ¿Me sentía mejor? Diablos, no. Romper cosas no solucionaría nada. Necesitaba calmarme.

Esquivando los restos de cristal roto, me dirigí al baño. Esperaba que una ducha me ayudara a despejar la mente y a pensar en calma qué pasos seguir a continuación.

Capítulo 24

Sophia

Después de recibir el llamado de Ethan, puse el teléfono en silencio y lo dejé caer en la cama, a mi lado. Luego, me tapé la cara con las manos y me eché llorar.

¿Cómo es que las cosas habían resultado de este modo? De todos los escenarios posibles que mi mente había pasado noches enteras imaginando, este era, por lejos, el menos predecible de todos. Lo habíamos arruinado.

Nunca en mi vida me había sentido tan avergonzada. Cuando estaba cerca de Isabelle, había experimentado diferentes clases de sentimientos, celos, envidia, culpa, pero ahora debía agregar uno más, la vergüenza.

No sé cuántos minutos cargados de remordimientos habían pasado antes de que me dé cuenta de que alguien estaba tocando el timbre de mi departamento. ¡Maldición! Decidí ignorarlo.

Si no fuese porque el timbre no dejaba de sonar una y otra vez, habría permanecido escondida bajo las sábanas todo el día o toda la semana. Quizás toda la vida. ¡Dios! Qué patética. ¿Cómo permití que todo llegase tan lejos? ¿Cómo pude hacerle eso a Isabelle? Desde el mismo día en que me enteré de que Ethan tenía novia, debí haber dado vuelta de página, cerrado el libro y prenderlo fuego.

El timbre sonó una vez más. ¿Quién podría ser tan insistente?

¡Dios mío! ¿Y si era Ethan? Salté de la cama y corrí hacia la puerta con una velocidad que no creía posible, pero antes de girar el picaporte, me detuve en seco. ¿Y si era Isabelle?

No me extrañaría que quisiera venir a enfrentarme. Quizás me gritaría como yo lo había hecho con la rubia que se había acostado con Ryan. Si lo había, no podría culparla. Yo no era mejor persona que esa chica. Quizás era peor. Sí, mucho peor. Quizás esa chica no sabía que el maldito de Ryan tenía novia, pero yo sí, lo que me convertía en una zorra.

—Una maldita zorra —repetí las palabras en voz baja. ¿Qué pensaría mi abuela de mí? Ella no había criado a una zorra.

Retiré la mano de la perilla de la puerta. No estaba preparada para enfrentarme a Isabelle, así que retrocedí un paso. No sabía si debía ir a esconderme en mi habitación o finalmente abrir la puerta e intentar explicarle que entre Ethan y yo ya no había nada. Pero... ¿cómo iba a

convencerla? Eran obvio que el problema no era el beso que ella había visto, sino toda la historia que se escondía detrás.

—Sophia, abre. Soy Ben.

No sabía si sentirme aliviada, preocupada o entrar en pánico. ¿Qué hacía acá? No podría ser bueno. Tomé un suspiro profundo y abrí la puerta. Por suerte la expresión de reproche que me esperaba encontrar no estaba dibujada en el rostro de Ben. Todo lo contrario, parecía confundido cuando me vio.

—El portero me dejó pasar —Fue su saludo. Luego, pasó junto a mí para dejar una bolsa sobre la mesa. —Vine a desayunar contigo, pero creo que no es un buen momento. ¿Has estado llorando?

Sacudí la cabeza. —No, no te preocupes. Me alegro de que estés aquí. Déjame preparar café.

Ben simplemente asintió y sacó una bandeja con algunas medialunas. Encendí la cafetera y me quedé observando como el café caía dentro de la taza. Cuando estuvieron llenas, las llevé a la mesa y me senté frente a él. Ben me miraba detenidamente, como si estuviese analizándome.

Intenté disimular una sonrisa y me concentré en la taza de café frente a mí. No sé cuánto tiempo me quedé inmóvil con la mente en blanco. No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil con la mente en blanco, solo sabía que aún no era suficiente para permitirme asimilar la realidad de lo ocurrido. Una parte de mi mente, seguía abrigando la esperanza de que solo fuese un sueño. O una pesadilla.

—¿Sophia? —preguntó Ben en tono vacilante. Sabía que algo andaba mal porque estaba segura de que mis ojos hinchados me delatan. Intenté pensar en una respuesta, pero no se me ocurría nada. Aunque estaba metida en el medio del asunto, creía que no me correspondía compartir la situación de Ethan e Isabelle. Ben soltó un suspiro de frustración. —Quise convencerme de que no tenías nada que ver, pero al juzgar por tu cara, tienes todo que ver.

Levanté la mirada y fruncí el ceño. —No estoy de humor. Ve directo al grano.

—Esta mañana dejé a Isabelle en el aeropuerto.

Mis ojos se abrieron como plato. —Por Dios, Ben. ¿En qué estabas pensando? ¿Ethan lo sabe?

—Claro que no. ¿Crees que mi cara aún estaría intacta si se lo hubiese dicho? Además, ¿cómo rayos iba a saber que tú tenías algo que ver?

Isabelle solo me pidió que la lleve al aeropuerto como un favor.

-¿Y no te pareció extraño? —consulté, cruzándome de brazo.

—Bueno, sí. Pero me dijo que Ethan estaba ocupado y que no podía llevarla. Y créeme, eso no es extraño. Ethan no era exactamente el tipo más atento con ella. No me extrañó que ella se volviese sola a Nueva York. Pensé que Ethan tenía asuntos de la empresa que atender.

—Dios, ¿qué debo hacer? —me paré y comencé a caminar por la habitación. —¿Debo decirle a Ethan?

—A ver, Sophia, no entiendo nada. ¿Cómo se supone que podré responderte?

Solté un suspiro y me volví a sentar. —Ethan me llamó esta mañana. Isabelle nos vio a Ethan y a mí anoche.

Esta vez, el que frunció el ceño fue Ben. —Vas a tener que ser más clara.

Cerré los ojos para tratar de encontrar una respuesta sencilla a su pregunta y luego de unos pocos segundos los abrí de nuevo para mirarlo. —Cuando me iba de la fiesta, Ethan me acompañó al auto —dije y me detuve. No sabía si necesitaba explicar más.

Al ver que no continuaba con mi relato, Ben ladeó un poco la cabeza y entornó los ojos, receloso. —Si eso fue lo único que pasó, ¿por qué Isabelle se fue? ¿Por qué estás llorando? ¿Qué fue lo que pasó realmente?

Mi estómago se encogió. —Antes de subirme al auto, nos besamos —La expresión de Ben en ese momento se puso seria —, pero no fue un beso de pasión. Te lo juro, Ben. No teníamos intención de lastimarla.

—Sophia, Ethan y tú se besaron, ¿cómo puedes decir que no pretendían lastimarla?

—Sí, suena horrible, lo sé. Cuando llegamos al auto, Ethan me dijo que regresaba a Nueva York junto a Isabelle, ya que su deber era junto a ella. Él la eligió a ella, ¿me escuchas? A ella. El beso simplemente fue eso. Una despedida. Algo que Isabelle no tendría que haber visto.

Ben frunció en puño. —No te enfades con él. Ya te lo dije la última vez que hablamos. No podemos controlar los asuntos del corazón, solo nuestros actos. Y en eso fallamos los dos, así que si vas a enojarte con alguien, también hazlo conmigo.

—Contéstame algo. ¿Tú le pediste que te acompañara hasta el auto?

Sacudí la cabeza. —No, él me alcanzó mientras cruzaba el jardín.

—Entonces, tú no tienes la culpa. Él fue quien provocó la situación.

—Pero yo respondí el beso. Isabelle nos vio y malinterpretó la situación —Levanté la vista hacia el techo para intentar contener las lágrimas.

—No creo que haya malinterpretado nada, Sophia. Creo que entendió muy bien.

Me tapé la cara con las manos y me dejo caer sobre la mesa. —Soy una zorra.

Ben soltó una risa. —No creo que seas una zorra, Soph. Solo creo que tienes muy mal gusto para los hombres.

Negué con la cabeza y golpeé la frente contra la mesa.

—Tienes que dejar de culparte por lo que está pasando entre ellos. Ethan es una persona adulta y sabe lo que está bien y lo que está mal. Era él quien tenía una relación con otra persona, no tú.

Solté un suspiro. Tal vez Ben tenía razón. Ethan era quien mantenía una relación con otra persona. Tendría que haberse alejado al darse cuenta de que empezaba a sentir algo por mí. O mejor dicho, no debía haberse acerado a mí, en primer lugar.

—Puede que tengas razón —admití.

—¿Puede? Sophia, tengo toda la razón. Ya deja de lamentarte. Ahora dime, ¿qué vas a hacer?

Ladeé la cabeza y lo miré. —¿A qué te refieres?

—Ahora que Isabelle se enteró.

Me encogí de hombros. —No veo cómo eso cambiaria mi situación. El hecho de que Isabelle nos vio, solo significa que tendrá una pelea con Ethan. Él le confesará que la engañó y ella lo perdonará. Me odiará. Seré la mala del cuento. Ellos se casarán y tendrán tres hijos perfectos y adorables.

—¿No crees que estás exagerando?

—Quizás con lo de los tres hijos. Por lo demás, no. —Solté un suspiro. —Ethan ya había tomado una decisión. Incluso mucho antes de

anoche. Él ya eligió. No me cabe dudas que hará todo lo posible por volver con ella.

Ben pensó por unos segundos antes de responderme.—Aunque quisiera decirte lo contrario, creo que estás en lo cierto. Ethan es la persona con más sentido de la responsabilidad y el deber que conozco. Tomó el papel de protector con ella y no la dejará.

—¿Cómo supiste lo de Isabelle? —consulté. —Me refiero a su enfermedad. Todo el mundo parece saberlo y fui la última en enterarme.

Simplemente se encogió. —No te olvides que, prácticamente, soy de la familia. Isabelle no quería que nadie se enterase, pero Ethan necesitaba ausentarse algunos días de la oficina, así que hubo una reunión "secreta" —pronunció la palabra mientras hacía comillas con las manos —para reorganizar y distribuir el trabajo, así él podría ocuparse de ella los días no tan buenos.

—Dios. Me siento tan estúpida.

—Pasó por un infierno por ella, Sophia. Se empeñó en acompañarla a cada estancia en el hospital, durante cada fase del tratamiento, incluso se peleó con los padres de Isabelle cuando insistieron en trasladarla con ellos. Ethan se comprometió con no solo con ella, sino con su familia. Y ella se lo merece porque es una chica maravillosa.

La visión de Ben era borrosa detrás de mis ojos empañados de lágrimas. —Vi la forma en que se miraban el uno al otro en la ceremonia. Vi los celos en la mirada de Ethan cada vez que me acercaba a ti. Incluso creo que me aproveché un poco de la situación —emitió una risa burlona.

Quise reír con él, pero en lugar se sonreían, emití un sonido ahogado. —Sé que está enamorado de ti, pero también lo conozco y sé que no dejará a Isabelle. Nunca le haría algo así.

—Lo sé —admití —. Y jamás le pediría tal cosa. Por eso sé que esto no cambiará nada. Y no estoy mal por eso. En el fondo, quiero que Ethan esté con ella proque sé que es lo correcto, que es lo que debe hacer, pero no puedo avitar sentirme triste porque la he hecho sufrir y le causé mucho dolor a una persona que no se lo merece.

—No te sientas culpable, Sophia — Su voz resonó muy cerca. Ben tomó una silla y la ubicó a mi lado. Luego, se sentó y me pasó la mano por la espalda para traqnuilizarme. Su contacto se sintió reconfortante y consiguió que me desmorone de nuevo. Oculté mi cara entre sus brazos y rompí en llanto. Sentpía como si me estuiviera ahogando, pero no tenía fuerzas para tomar aire.

Capítulo 25

Ethan

La situación parecía un déjà vu. Habían transcurrido setenta y dos horas. Tres días.

No había llamado a Isabelle desde que regresé de Houston porque quería darle su espacio. Además, también necesitaba pensar. Sin embargo, ya había llegado a mi límite. La preocupación no me dejaba dormir por la noche. Mi mente era un remolino de imágenes que se alternaban entre Sophia e Isabelle y mi estómago estaba tan apretado por la culpa que casi no podía respirar.

Ya no podía seguir así. Tomé el celular y le escribí.

¿Estás lista para que hablemos?

Clavé la mirada en la pantalla mientras espero su respuesta. Quería saber si estaba bien.El hecho de que, casi con toda seguridad, la estaba pasando muy mal me mataba por dentro.

Nunca lo estaré, pero hay que hacerlo. Ven a mi departamento esta noche.

Aunque estaba ansioso por verla y arreglar las cosas, el hecho de verla destrozada me calaba el pecho.

Perfecto. Iré al salir de la oficina.

Cuando llegué al edificio, el portero del estacionamiento me reconoció de inmediato y me dejó pasar sin problemas. Salí del coche y tomé el ascensor hasta su piso. Luego, toqué timbre y esperé.

Tras varios largos segundos, Isabelle abrió la puerta y me dirigió una breve mirada al tiempo que se hacía a un lado para dejarme entrar. En el coche, mientras venía hacia aquí, me la había imaginado con el pelo hecho un desastre, los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, vestida con su pijama a cuadros y pañuelos descartables en la mano.

El aspecto típico de una chica con el corazón roto.

No sé qué era mejor. Si lo que me había imaginado o lo que me encontré en realidad. Llevaba un vestido a la rodilla que nunca le había visto antes, el cabello perfectamente peinado y los ojos maquillados con sutileza. No

había lágrimas y ni pañuelos descartables desparramados por el piso.

— Parece que hubieses visto un fantasma — me dijo mientras me dedicaba una pequeña sonrisa y cerraba la puerta.

Me sentí torpe. —Todo lo contrario.

—Te sorprendes, ¿no? — Esta vez, el tono de su voz era más áspero —Parece que sí puedo sobrevivir sin ti.

—Isabelle…

—Sí, lo siento. Me prometí a mí misma que no íbamos a discutir.

Tomé un largo suspiro y en lugar de responder la rodeé con mis brazos y la atraje contra mi pecho. No se resistió. Me devolvió el abrazo y pude sentir como su cuerpo se relajaba. En cuanto apoyé mi mejilla en su cabeza, sentí que contuvo un sollozo. Esta era la Isabelle a la que estaba acostumbrado. La Isabelle vulnerable, la que me necesitaba.

Sin embargo, luego de apenas algunos segundo, se aparta de mí y se limpia las lágrimas.

—Toma asiento —me dice con un aire tan frío que me hiela la sangre. —Preparé café., pero si prefieres, también tengo té. Dios, estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer mientras te esperaba.

La miré frunciendo el ceño. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué estaba jugando? Tomé un largo suspiro. —Café está bien. —Decidí seguirle el juego.

Tomé asiento en el gran sofá que estaba frente al ventanal y esperé. Luego de unos minutos, Isabelle trajo una bandeja con dos tazas de café y se sentó junto a mí, pero manteniendo una distancia razonable.

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó, estudiándome a detalle.

Por primera vez desde que la conocía, me sentí vulnerable frente a ella. Había algo distinto que me tenía desconcertado.

—Eso no importa. Solo me importas tú —dice, sereno, intentando mantener mi expresión firme.

Sonrió, y su sonrisa no me gustó.

—Puedo pasarme la noche entera haciéndote preguntas muy duras y directas, Ethan.Pero no quiero hacerlo. Tuve mucho tiempo para pensar

en lo que pasó y quiero decirte muchas cosas.

—Si necesitas hacerme preguntas duras, házmelas. Te las responderé.

Negó con la cabeza. —No necesito hacerte las preguntas y no quiero saber las respuestas. Lo que necesito es hablar contigo sobre lo que va a pasar a partir de ahora.

Me incliné hacia delante y estudié su mirada. No me gustaba el cariz que estaba tomando el asunto. —¿A qué te refieres con a partir de ahora? Sé que estás enojada y estás en tu derecho. Pero no es momento de tomar medidas drásticas. Cometí un error, pero llevamos mucho tiempo juntos y un desliz no es motivo suficiente para que te comportes de esta forma.

—¿Un desliz? —me interrumpió. Un golpe en la boca del estómago hubiese dolido menos. ¿Cómo podía referirme a mi relación con Sophia como un desliz? ¡Dios! ¿Qué estaba pasando conmigo? En el fondo, solo quería crear un escenario menos doloroso para Isabelle. Me quedé mudo por un segundo. Isabelle sacudió la cabeza de nuevo. —Te conozco, Ethan. Como dijiste, llevamos mucho tiempo juntos. Conozco tu corazón y tus convicciones. No eres un hombre que comete deslices. Eres demasiado calculador y metódico. Puedes tener muchos defectos, pero en el fondo de mi corazón, sé que no me lastimarías de esa forma.

—Claro que no, Isabelle. Prometí cuidarte.

—Por eso mismo. ¿Cómo puedes decir que fue un desliz? Cuánto más lo pienso, más me asusta el trasfondo, pero sé que no fue un desliz.

Suspiré. —Sea un desliz o no, no importa. Debes confiar en mí. Ya tomé una decisión, Isabelle. Eres tú.

Otra sonrisa. Pero esta vez, un dejo de tristeza asoma detrás de su mirada. —¿Quién tomó esa decisión, Ethan? ¿Tu mente o tu corazón?

Su pregunta me tomó por sorpresa, sin embargo, no me dio tiempo a responder.

—No hace falta que me respondas porque ya lo sé. Te conozco. ¡Dios, te conozco tanto! Ya sé lo que vas a decirme. Vas a decirme lo mucho que me quieres y que harías cualquier cosa por mí. Vas a disculparte por haber sentido algo por ella a pesar de lo mucho que te esforzaste para que no ocurriera. Vas a decirme que nuestra relación es más importante que cualquier cosa que sientas por Sophia. Vas a decirme que harás lo que sea para compensarme. Vas a ser tan honesto que vas a admitir lo que sientes por ella, pero también me dirás que yo valgo más.

Sonreí porque me di cuenta de que de verdad me conocía. —Si ya lo sabes, ¿qué te hace dudar?

—Te haré una pregunta. Creo conocer tu respuesta, por eso, te voy a pedir que me respondas con el corazón, no con la mente. Porque todo lo que te dije, todo eso que me ibas a decir, no provenía de tu corazón. Esas respuestas provienen de tu mente, de tus convicciones. No necesito eso ahora.

Tragué saliva. —Dime.

—Si no estuviese enferma, ¿qué hubieses hecho?

Un sudor frío me recorrió la columna. —¿Qué pregunta es esa? ¿Qué importa eso? No debemos preocuparnos por lo que hubiese pasado. Lo que importa es lo que pasa. Lo que importa es que ya tomé una decisión.

En ese momento, el rostro de Isabelle se contrajo. —¡No! ¡Lo que importa es si hubieses tomado esa misma decisión si no estuviese enferma!

Me quedé mudo. ¿Por qué no me había preparado mejor? Solía ser una persona que nunca asistía a ninguna reunión sin antes analizar todas las posibilidades. Era muy bueno anticipando preguntas y me había pasado todos los días anteriores imaginando qué le iba a decir y prediciendo sus posibles preguntas. Supongo que en eso estaba equivocado. Mi relación con Isabelle no era un negocio.

Isabelle se acomodó en el sillón y se sentó más erguida. Suspiró hondo y me miró a los ojos por varios segundos. Finalmente, sus labios se curvaron en una mueca que parecía una sonrisa triste.

—Hay muchas más cosas que quiero decirte y necesito que me des la oportunidad de expresarlo todo. ¿Puedes prometerme que me vas a escuchar?

Me limité a asentir. Isabelle permaneció en silencio unos minutos, como si su mente estuviese intentando reorganizar las ideas antes de hablar.

—¿Recuerdas la noche en que nos besamos por primera vez? —me preguntó. Asentí en respuesta y la vi tragar saliva. —Me gustabas desde antes, desde el día en que te vi por primera vez en la empresa de papá. Nunca había visto a alguien como tú. Te veías tan seguro de ti mismo, como si el mundo debía pedirte permiso para girar a tu alrededor. Eras todo lo opuesto a mí. Sin embargo, sabía que no tenía posibilidad contigo. Pensé que tendrías ciento de chicas a tu alrededor o incluso una novia. A medida que nos fuimos conociendo, supe que estaba equivocada. Eras un caballero. Nunca llevabas compañía a las reuniones ni a los eventos, así

que mi corazón comenzó a tener esperanzas. Eras dulce conmigo y, de pronto, me encontré a mí misma rogándole a mi padre que me lleve a todos los eventos de la empresa y a todas las reuniones solo para tener la posibilidad de verte. Esa noche, cuando me besaste por primera vez, no quería asistir con nadie más que no seas tú, pero nunca me invitaste y tomé la invitación de Conrad como una oportunidad para darte celos. Aunque todo salió un poco mal, al final, pensé que mi plan había dado resultado. Que verme con él te había hecho dar cuenta de que yo te gustaba.

Cerré los ojos y me perdí pierdo en sus palabras durante un segundo. Nunca me lo había contado. —Sí, recuerdo esa noche. Te veías hermosa. Creo que en el fondo sabía que intentabas darme celos, aunque no quería admitirlo. Sin embargo, cuando te vi llorar…

—Lo sé. Sé lo que pasó por tu mente. Me doy cuenta ahora. Por eso no estoy enojada contigo por lo que pasó con Sophia. También soy culpable. Manipulé la situación y nunca quise afrontar la realidad.

Se me hizo un nudo en la garganta. Esas palabras no podrían haberme golpeado más fuerte.

—¿Cómo puedes decir algo así, Isabelle?

—Es la verdad. Cuado me besaste esa noche, me hiciste una promesa. Me prometiste que me cuidarías. No me prometiste amor, nunca me dijiste que me amabas. Cada vez que retrocedo en el tiempo, todas tus promesas giran en torno a tu deber de protegerme, como si fuese una muñeca de porcelana que estuviese apuno de romperme en cualquier momento. No soy así, Ethan. No soy tan frágil, pero me sentía cómoda con la idea. Es como si, a partir de esa noche, te hubiese entregado el control de mi vida y hubiese tomado el lugar de espectadora. Como si estar a tu lado bastara.

—¿Qué tiene de malo eso? Prometí protegerte y lo haré. Solo tienes que dejarme.

—No, Ethan. No es malo, pero se necesita mucho más que eso para mantener viva una relación. Una pareja no puede estar conformada por alguien que ama y el otro que se sacrifica, porque al final, ambos terminarán lastimados o serán infelices.

—Nunca lo tomé como un sacrificio.

—Pero nunca me viste como algo más que un deber. —Intenté hablar, pero me interrumpió. —Ethan, no pretendo que me digas nada ni que busques excusas para justificar tus acciones. De verdad, no sabes lo

agradecida que estoy por todos estos años que me regalaste. Me hiciste una mujer muy feliz. Me regalaste un cuento de hadas en el que me hiciste sentir una princesa. Incluso llegué a pensar que me quedaría con el príncipe. Pero a toda Cenicienta le llegan las 12 de la noche y la carroza se tranforma en calabaza. Es hora de despertar de mi cuento.

—¿Qué estás diciendo?

—Sé que te parece absurdo porque tú no lo ves así. No estoy diciendo que

no me quieras porque sé que es así, pero no me quieres de la forma en que deberías quererme. ¿Sabes cuándo me di cuenta? —Simplemente suspiré. No tenía palbras y mi celebro aún no terminaba de asilimar todo lo que me estaba diciendo. —Cuando noté cómo mirabas a Sophia. Nunca te había visto ver a alguien de esa forma. Había un brillo en tus ojos, un brillo que jamás estuvo allí. Cuando me miras, tu mirada es cálida, tierna, protectora, pero nada más. No expresa nada más, no hay emociones. Después de verte besarla, algo en mi despertó. Al principio te odié, pero cada vez que recordaba lo que vi, ¿sabes lo que más me dolía? El recuerdo de tu expresión en ese momento. Noté como siquieras perderte en ese beso, pero al mismo tiempo te veías triste. El dolor en tu expresión me afectó mucho más que verte besarla porque supe que yo era la causa de tu sufrimiento. Yo te estaba reteniendo.

Me puse de pie porque no podía seguir escuchandola. —¿Acaso estás loca? ¿Escuchas lo que estás diciendo? No tiene sentido. Te lastimé, Isabelle. Estuve mal. Es mi culpa. Te hice daño y soy el único responsable. Como puedes siquiera pensar en dar vuelta la situación. ¡Me estás mareando!

Isabelle sacudió la cabeza, pero su expresión se mantenía suave. —Ethan, siéntate, por favor. —Le hice caso. Volví a sentarme con el cuerpo rígido. Mis piernas no dejaban de moverse. Me sentía como un crío al que estaban regañando. Entonces, Isabelle se acercóy tomó mis manos entre las suyas. La tibieza de su tacto me golpeó de inmediado. —No puedes ser mi héroe, Ethan. Conozco tu personalidad. Sé cómo eres. Tu lealtad y tu sentido de la responsabilidad están por encima de todo, pero no debería ser así. Sé que ver cómo Conrad me trató entonces te llevó a intervenir y a querer convertirte en mi héroe. Y no necesito un héroe, Ethan. Lo que necesito es a alguien me que permita tomar retos, alquien que cuando le diga que me quiero tirar en paracaídas, me pregunte cuándo, pero es que tú ni siquiera me permites pensar en tomar algún riesgo y desde que te conté de mi enfermedad, te has esforzado por rodearme por una burbuja protectora que es casi asfixiante.

—¿Me dices que soy asfixiante? No intento asfixiarte, solo quiero protegerte y cuidarte. No puedes decirme que preferirías estar con alguien

que te descuidara o que te lastime, alguein que juegue contu corazón.

—¿No es eso lo que tú hiciste?

El golpe de sus palabras era algo que no tenía previsto. Creo que incluso me empujó hacia atrás.

—No te lo estoyu echando en cara, Ethan. Solo quiero que entiendas mi punto de vista. Era algo que iba a pasar tarde o temprano. Si no era Sophia, iba a ser otra. Incluso podría haberme pasado a mí. Yo también podría haber conocido a alguien que se enamorara de mí de esa forma.

Dios. Tenía razón. Había dado por sentada a Isabelle y nunca me había puesto a pensar que otros hombres se podrían enamorar de ella. El pensamiento me apretó el corazón, pero no fue una sensación de dolor. En el fondo, incluso deseé que ese hubiese sido el caso.

—Has dedicado más de cinco años de tu vida a cuidarme como nunca nadie lo hizo. Y creo que el amor que te brindé siempre estuvo a la alturta de tu devoción. Todo lo que hiciste por mí es mucho más de lo que merezco y quiero que sepas lo mucho que eso significa para mí. Pero hoy me doy cuenta de que tu sentido del deber y mi miedo a enfrentarme al mundo nos ata. Nos impide vivir vidas plenas. Estos últimos días me han ayudado a darme cuenta de que si aún estamos juntos es por mi egoismo. Me he puesto a mi misma en una posición muy cómoda y me he negado a ver lo que de verdad está pasando a mi alrededor. Te idolatré tanto durante tanto tiempo que cuando tuve la posibilidad de estar contigo, me aferré a ello con todo mi ser, sin darme cuenta de el daño que nos estábamos haciendo. Siento como si tú no pudieras llevar la vida que quieres llevar porque eres demasiado leal y, posiblemente, lo mismo ocurre conmigo. Quizás no llevo la vida que deseo por quedarme estancada en una ideal, en un cuento de hadas. Y, por mucho que me duela admitirlo, nuestra historia ya llegó a un final. Quizás hace rato, solo que ninguno de nosotros estaba dispuesto a admitirlo.

Hizo una pausa y sonrió. Esta vez, la sorinsa fue sincera y sus ojos se cristalizaron. —¿Sabes algo? Creo que Sophia nos salvó a los dos.

Capítulo 26

Sophia

Anna y yo estábamos sentadas en la barra de un bar con dos copas de vino y una botella de Merlot frente a nosotras. Había sido una larga semana. Trabajar e intentar terminar mi tesis final al mismo tiempo no había sido una buena idea, pero finalmente lo había conseguido. Ahora solo debía esperar el resultado y la esperanza de que mi futuro podría a ser un poco más prometedor comenzaba a divisarse en el horizonte.

Habían pasado tres meses desde la última vez que había visto a Ethan y comenzaba a sentir que la herida empezaba a cicatrizar. No supe nada más sobre él, aparte de lo que leía en Internet o de los comentarios que Anna deslizaba de vez en cuando, pero así era mejor. Tampoco sabía qué habían pasado entre él e Isabelle, pero suponía que lo habían solucionado. Después de todo, él la había elegido a ella, y aunque el motivo podría ser cuestionable, también creía que era lo correcto.

Solté un suspiro. Pensar en Ethan siempre me hacía sentir melancólicas. Era un hábito del que no podía deshacerme con tanta facilidad, pero había comenzado a notar que lo hacía con menos frecuencia y que la sensación de angustia era cada vez menor. Parecía que aún había esperanza para mí después de todo.

—Entonces, cuéntame sobre David —me preguntó Anna con una mirada cómplice.

—No sé de qué hablas. —Le fruncí el ceño.

—No te hagas la tonta —Insistió guiñándome un ojo.

Solté un suspiro y vacié mi copa. —En serio, no tienes remedio. Primero Ben y ahora David. Tus instintos de casamentera no podrían ser peores.

—¿Quién mencionó algo de casamiento? —Se rio, llenando nuevamente mi copa —Hablo de diversión. Te hace falta.

Le lancé una mirada asesina. Alzó las manos. —Perdón, pero es la verdad. Escucha, has tenido unas semanas caóticas. Es hora de dejarte ir y relajarte un poco.

—David siempre se ha comportado como un caballero conmigo— aclaré.

—¿Estás segura?

Suspiré hondo. David era muy considerado. Desde el momento en que nos conocimos, siempre se había comportado de forma muy agradable conmigo. Me tuvo mucha paciencia al comienzo cuando aún no lograba adaptarme al ritmo de su empresa e incluso no tuvo problemas en quedarse fuera de hora para ayudarme a entender bien el manejo del sistema de gestión y contabilidad de la oficina. Anna pensaba que estaba interesado en mí, pero deseaba creer que todo estaba en su mente.

Es decir, David era un hombre extremadamente atractivo y poderoso y no necesitaba a otro Ethan en mi vida. Al menos no por el momento.

Estaba a punto de responderle cuando el celular de Anna vibró sobre el mostrador. Solté una risita.

—Nicholas, es la tercera vez que me llamas —le reprochó. —Sí, ya te dije. Estamos en el bar de siempre. Sí, lo sé. Sí, ya te oí. No, no te preocupes. Bye.

Anna colgó, rodeando los ojos. Luego, tomó de nuevo un buen trago de su propia bebida. —Te lo juro, Soph. Nicholas es tan agotador.

Solté una risa sonora. —Vamos, Anna. Te encanta que sea así.

Anna sonrió. —Sí, puede que tengas razón. Me encanta hacer que se preocupe por mí.

Solté un suspiro. —Eso es lo que busco para mí —me sinceré.

Anna alzó su copa en el aire para brindar. —¡Salud por eso!—Luego, le hizo un gesto a la camarera —. ¿Tequila, está bien?

Asentí. Cuando los vasos estaban frente a nosotras, brindamos y nos bebemos el contenido de un trago. Luego, Anna rio y pidió otra ronda.

—¿Sabes algo? Mi abuela tenía razón. El amor no es para mí —Para ese momento, los tragos de tequila me habían hecho efecto.

—Solo tuviste un poco de mala suerte.

—¿Solo un poco?—Reí y apoyé mis codos sobre el mostrador. —Seamos sinceras, Anna. No he parado de tomar decisiones equivocadas. Las pocas cosas buenas que he conseguido ni siquiera han sido por mérito propio. Si no fuese por ti y Nicholas, ni siquiera tendría trabajo.

—No sé por qué te sientes así —dice Anna—, pero tienes que dejar de hacerlo. Nunca nos has pedido nada. Eres mi amiga y te adoro. Además, no deberías menospreciarte. Sí, quizás Nicholas te recomendó para que David te diera una oportunidad, ¿pero crees que te hubiese dado el puesto

en principio y te hubiese ascendido solo porque tienes una cara bonita? Es decir, David puede ser un galán, pero ante todo es un empresario y su empresa no es un juego para él. Eso tenlo por seguro.

Suspiré hondo. —Puede que tengas razón.

—¿Puede? Claro que tengo razón. Eres una persona muy inteligente, Soph, con cualidades muy valiosas. Dios sabe lo mucho que Nicholas quiere llevarte de regreso a la empresa. ¿Tienes idea del caos que es la empresa desde que Ethan dejó de ser nuestro CEO?

Ethan.

—Dios mío, escuchar su nombre aún me hace doler el estómago. —Me tapé la boca con una mano. ¡Ups! No había querido decir eso en voz alta.

Anna se rio. —Es el efecto Jameson. Somos inolvidables —bromeó.

—Muy graciosa —le respondí, haciendo con un gesto.

—¿No se comunicó contigo? —Negué con la cabeza. —Mi hermano es una gran cabeza dura —dijo, exhalando un suspiro.

—Es mejor así. Es decir, ¿para qué me llamaría? No quiero causarle más problemas con isa.

Anna se mordió el labio. —Escucha. Sé que hice la promesa de no interferir, pero no puedo no decir nada. No lo dije antes porque quería darle tiempo a mi hermano para que solucione sus asuntos, pero ya es demasiado. Ser espectadora no es lo mío.

—¿Puedes ser más clara? No te entiendo.

—Ethan no está con Isa.

Tragué saliva, nerviosa, y la miré a los ojos. —¿No lo perdonó?

—Por lo que Ethan me contó, Isa entendió lo que ocurrió y lo perdonó.

Fruncí el ceño. —No te entiendo. Si dices que lo perdonó, ¿por qué antes dijiste que no están más juntos?

Anna suspira pesadamente. —Lo perdonó por lo que pasó contigo, pero eso también le sirvió para abrirle los ojos y pensar en por qué seguían juntos. Al parecer, Anna sentía que Ethan la estaba asfixiando o algo así. Simplemente, no encontró una buena razón para reconciliarse él.

Me llevo ambas manos a la cara, absolutamente perpleja por lo que Anna acaba de revelar.

—No sé cómo sentirme al respecto —dije sincera.

—Sé que debí decírtelo antes, pero esperaba que mi hermano fuese quien te lo dijera.

—No creo que tu hermano quiera que lo sepa —dije, y un sabor amargo recorrió mi garganta. Quizás, Ethan ya me había dejado atrás para siempre. Era la única explicación que mi mente podía imaginar en ese momento. El dolor en mi pecho se hacía cada vez más evidente, pero tragué saliva con fuerza.

—No entiendo a ese tonto —murmuró Anna, llevando su copa a la boca.

Sonreí pretendiendo que mi corazón no estaba roto en mil pedazos de nuevo.

Capítulo 27

Ethan

El resplandor de las luces tenues iluminaba el elegante salón del evento benéfico, mientras la música suave flotaba en el aire, creando una atmósfera de sofisticación y compromiso. Me encontraba allí, en medio de la multitud, con un traje impecable y una sonrisa profesional pintada en el rostro. La verdad era que preferiría estar en cualquier otro lugar en ese momento, pero como representante de la empresa, la asistencia a este tipo de eventos era más una obligación que una elección.

Mis ojos vagaban por la sala, escaneando caras desconocidas y conversaciones formales. Fue entonces cuando la vi, en una esquina del salón, radiante y elegante como siempre. Isabella estaba inmersa en una charla animada con algunos invitados. Aunque el tiempo había pasado desde nuestra separación, no pude evitar sentir un nudo en el estómago al verla.

Decidí acercarme, tratando de mantener mi compostura. Mientras me dirigía hacia ella, observé cómo su cabello había crecido y ahora caía ondas suaves sobre sus hombros, destacando su belleza natural. No pude evitar recordar los momentos que compartimos, las risas, las lágrimas y todo lo que alguna vez nos unió.

Hola, Ethan—Su voz, tan familiar, resonó en el aire cuando me acerqué. Sus ojos, todavía llenos de chispa, se encontraron con los míos. —No esperaba verte aquí.

Emití una pequeña sonrisa. Sabía a la perfección que odiaba asistir a este tipo de eventos. —No tuve alternativa. Es un evento importante para la empresa y Nicholas no podía asistir.

Frunció el ceño.—Pensé que había dejado la empresa de tu padre.

—En cierto modo, aún formo parte de la junta.

Asintió. —Entiendo.

Por un momento, el silencio pesó entre nosotros. Recordé los días en que nuestras conversaciones fluían sin esfuerzo, pero ahora, cada palabra parecía cargada de nostalgia y distanciamiento.

—¿Cómo has estado? —preguntó Isabelle, rompiendo la quietud con una mirada expectante.

—Bien, ocupado con el trabajo y esas cosas —contesté, evitando su mirada directa.

Sus ojos buscaron los míos con una mezcla de tristeza y confusión.

—¿Viniste solo? —inquirió, su voz apenas más que un susurro.

Tomé un sorbo de mi copa de champán, sintiendo el calor amargo en mi garganta. Miré a Isabelle con sinceridad.

—¿Te refieres a Sophia? No la he visto —Hice una pausa—desde ese día.

La respuesta pareció no satisfacerla del todo, y noté cómo sus labios temblaban antes de que reuniera el valor para hacer la siguiente pregunta.

—¿Por qué no están juntos?

La sinceridad era lo único que podía ofrecerle en ese momento.

—Isabelle, lo nuestro... ya no es lo mismo. Nosotros dos cambiamos, evolucionamos por caminos diferentes. Y sobre ella, bueno, es complicado. Me importa mucho, pero no sé si merezco estar con alguien así.

Isabelle asintió, procesando mis palabras con una expresión triste.

—Entiendo. Lo nuestro… —sonrió con cierta melancolía—. No tiene caso mencionarlo. El tiempo nos llevó por senderos distintos. Pero, ¿por qué no te sientes merecedor? ¿Acaso no mereces ser feliz?

—¿Tú eres feliz? —me apresuré a preguntarle, casi como un acto inconsciente de defensa.

—Intento serlo.

Sus palabras resonaron en mi interior, y supe que había llegado el momento de enfrentar mis propios miedos y dudas.

—Es complicado, Isabelle. A veces, pienso que no he sido lo suficientemente bueno, que no he hecho lo necesario para merecer esa felicidad. Pero estoy tratando de cambiar eso.

La confesión flotó en el aire, creando un vínculo entre nosotros, aunque diferente al que alguna vez compartimos. Isabelle sonrió con comprensión, y aunque las sombras del pasado se asomaron en sus ojos,

había un atisbo de aceptación.

Estaba a punto de decir algo pero fue interrumpida cuando un chico la tomó de la cintura con una seguridad que me hizo dudar por un instante.

—Aquí estabas —Se disculpo con Isabelle —.Te busqué por todas parte.

El rostro de Isabelle se iluminó con una sonrisa genuina. —Lo siento. Me entretuve charlando —Se disculpó y sus ojos se posaron en mí.

—Chris, quiero presentarte a Ethan. Ethan, él es Chris, un buen amigo.

—Mucho gusto, Ethan. Isabelle me ha contado mucho sobre ti —dijo Chris con una sonrisa amistosa.

Asentí con una sonrisa, pero mi mirada se desvió hacia Isabelle, quien ahora compartía risas y complicidad con su nuevo compañero. La sensación de desconcierto creció mientras observaba cómo el tiempo no solo nos había distanciado, sino que también había traído a alguien más a su vida.

Charlamos brevemente sobre trivialidades, evitando cualquier rastro de nostalgia. Mientras hablábamos, no pude evitar notar cómo su vida había progresado desde que decidimos tomar caminos separados. Su carrera estaba en ascenso, su sonrisa era genuina y su energía radiaba confianza.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de algo crucial. Aunque una vez fuimos una parte significativa en las vidas del otro, el tiempo nos había llevado por caminos diferentes. Ella estaba floreciendo, creciendo sin la sombra de lo que fuimos. Y, en el fondo, me alegraba por ella.

—Debemos ir a saludar a otros invitados —mencionó ella, interrumpiendo mis pensamientos.

Asentí y volví a estrechar la mano de Chris en despedida. Isabelle sonrió y dio un paso hacia adelante para saludarme.

—Fue bueno verte, Ethan —Dijo con una sonrisa mientras y acercaba a dejarme un beso en la mejilla. Cuando estuvo lo suficiente cerca, murmuró:

—Todos merecemos ser felices, Ethan. Incluido tú.

Y en ese instante, supe que aunque el amor entre nosotros hubiera cambiado, el cariño perduraría como un lazo indeleble, recordándonos los

capítulos compartidos en nuestra historia.

La observé alejarse y no pude evitar reflexionar sobre la vida y el curso que tomamos después de nuestra separación. Quizás, en medio de este evento que inicialmente había considerado una carga, estaba descubriendo que era el momento de dejar atrás el pasado y dar paso a nuevas oportunidades. La vida seguía su curso, y quizás, al final, ambos encontraríamos la felicidad que merecíamos por separado.

Vacié el contenido de mi copa y consideré que era el momento de retirarme. Me dirigí hacia la salida, cruzando discretamente el salón. Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta y sumergirme en la quietud de la noche, algo capturó mi atención. Entre la multitud, distinguí una figura que destacaba por su elegancia y gracia.

Sophia.

El nombre resonó en mi mente como una melodía olvidada. Hacía tres meses que no la veía, y la sorpresa de encontrarla allí, en aquel evento, fue tan impactante como un destello inesperado. Acompañada por un grupo de personas, Sophia irradiaba una belleza que desafiaba la definición convencional. Su sonrisa iluminaba la habitación, y por un momento, olvidé mi deseo de abandonar el lugar.

Mis pasos vacilantes me llevaron hacia ella, y cuando finalmente estuve a su lado, me miró con sorpresa.

Capítulo 28

Sophia

El sol se despedía en el horizonte mientras el avión descendía hacia la ciudad que nunca duerme. Mi corazón latía con una mezcla de emoción y nerviosismo. Nueva York, la ciudad de los sueños, se extendía ante mis ojos como un lienzo de luces destellantes.

Habíamos volado desde Houston hasta esta metrópolis imponente por una razón que aún me costaba creer. La empresa para la que trabajaba iba a participar en un evento benéfico de alto perfil y Dave había decidido llevarme a mí y a mi compañera de trabajo, la eficiente Lucy, para trabajar en un proyecto importante en paralelo.

El zumbido del motor disminuyó mientras tocábamos tierra, y mi estómago dio un vuelco. Miré por la ventana y, de repente, me encontré inmersa en el caleidoscopio de luces y edificios que conforman el horizonte neoyorquino. El corazón me martilleaba en el pecho mientras el avión se deslizaba por la pista, acercándome a un nuevo capítulo de mi vida.

A mi lado, Lucy me sonrió tranquilizadoramente.

—No te preocupes, Soph, será una experiencia inolvidable—dijo, y asentí nerviosa.

Salimos del avión y nos sumergimos en el bullicio del aeropuerto. Nueva York nos recibió con una ráfaga de aire fresco y el sonido constante de voces y pasos apresurados. Lucy y yo seguíamos a Dave, llevando nuestros maletines llenos de documentos y laptops, como hormigas trabajadoras en medio de una colmena gigante.

El trayecto hacia el hotel fue una sucesión de calles iluminadas y rascacielos que se alzaban hacia el cielo nocturno. Los nervios seguían ahí, pero la emoción de estar en una ciudad tan vibrante y llena de posibilidades empezaba a eclipsarlos.

Llegamos al hotel, un imponente rascacielos que desafiaba la gravedad. Mientras subíamos por el ascensor, miré a través de las paredes de cristal, maravillándome de la vista panorámica que se desplegaba ante mí.

La habitación era lujosa, con una vista impresionante de la ciudad que paralizó mi respiración por un momento. Me sentía como un pez pequeño en un océano gigante, pero algo en el brillo de las luces de la ciudad y la

promesa de nuevas oportunidades me llenaba de determinación.

—Esto es emocionante —comentó Lucy mientras nos preparamos para el evento de beneficencia.

Me mordí el labio inferior. —Aún no puedo creer que estoy aquí.

—Es verdad. Es como un sueño hecho realidad. Esta noche, debemos brillar —dijo con determinación. —El evento estará lleno de empresarios millonarios. —Finalizó, guiñándome un ojo.

No pude evitar sonreír ante las intenciones de mi compañera de cuarto.

—Me pregunto si Ethan Jameson estará allí —comentó mientras se ajustaba el vestido.

Cuando escuché su nombre, mi pulso se paralizó. ¿Acaso sería posible? Cuando le había comentado a Anna sobre la invitación de Dave, una chispa de audacia había brillado en sus ojos. No había logrado descifrar sus intenciones en ese momento, pero ahora, todo comenzaba a tener sentido.

Lucy me miró con curiosidad, notando mi cambio de expresión.

—¿Soph? ¿Te pasa algo?

Negué con la cabeza, intentando disimular mi sorpresa.

—No, no es nada. Solo estaba distraída. ¿Qué dijiste?

—Me preguntaba si Ethan Jameson va a asistir al evento. Sabes de quién hablo, ¿verdad?

Respiré profundamente, intentando mantener la compostura frente a las revelaciones de Lucy. Mi mente estaba llena de pensamientos turbulentos, y una mezcla de emociones se agitaba dentro de mí. La idea de encontrarme con Ethan después de tanto tiempo era aterradora y excitante al mismo tiempo.

—Ethan Jameson… sí, claro que sé quién es. El magnate de los negocios, el hombre de los titulares. ¿Por qué lo mencionas? —pregunté, tratando de sonar despreocupada, pero mi corazón latía con fuerza.

Lucy sonrió con malicia, como si estuviera a punto de revelar un secreto

emocionante.

—Bueno, he oído rumores de que está soltero. ¿No crees que este evento sería la oportunidad perfecta para llamar su atención?

—Lucy, no sé si sea una buena idea… —murmuré, sintiendo un cosquilleo de nervios en el estómago.

Ella me lanzó una mirada desafiante.

—Soph, estás en Nueva York, en el evento de beneficencia más exclusivo del año. ¿No crees que es el momento perfecto para dejar una impresión duradera?

Intenté permanecer calmada. Lucy no sabía sobre mi pasado con Ethan y de cómo había roto mi corazón, y pretendía que siguiera así.

—Ethan Jameson es un hombre ocupado, rodeado de personas influyentes. No creo que pueda llamar su atención de esa manera. Además, es posible que no asista —respondí, tratando de convencerme a mí misma más que a Lucy.

—Sí, es verdad. No es una persona muy social.

Fruncí el labio intento contener los celos injustificados que habían comenzado a apoderarse de mí. —Parece que sabes mucho sobre él.

—¿Bromeas? —Me respondió— Todos saben quién es. Y la noticia de que está soltero se esparció como polvo en el aire. Aunque las malas lenguas dicen… —Se detuvo.

Tragué saliva. —¿Qué dicen?

Suspiró hondo. —Dicen que hubo una tercera en discordia. Por eso rompió con su novia.

—¿Una tercera en discordia? —murmuré, tratando de no atragantarme con las palabras.

¡Dios mío! Ya estaba en boca de los demás. ¿En qué mundo de cuentos de hadas había vivido para no darme cuenta de que involucrarme con alguien tan influyente como Ethan no traería consecuencias? ¿Sabrían que esa tercera en discordia era yo?

Lucy asintió con solemnidad. —Sí, al parecer. Pero ya sabes cómo son los rumores. No siempre son completamente ciertos.

La habitación del hotel parecía más pequeña de repente, como si las paredes se cerraran a mi alrededor.

Lucy me observaba con interés, quizás intuyendo que algo más estaba pasando en mi interior de lo que yo estaba dispuesta a admitir. Mi mente se debatía entre el deseo de volver a ver a Ethan y la necesidad de protegerme de cualquier tormenta emocional que pudiera desencadenarse.

—Soph, ¿estás bien? —preguntó Lucy con una expresión de genuina preocupación.

Traté de sonreír para tranquilizarla. —Sí, solo me sorprendió un poco. No pensé que la vida de Ethan Jameson pudiera convertirse en tema de conversación aquí.

Lucy se encogió de hombros. —La vida de alguien como él siempre es tema de conversación, ¿no crees? Pero volviendo al evento, ¿qué te parece si nos centramos en disfrutar de la noche y dejamos de lado los chismes?

Asentí, agradecida por el cambio de tema. Mientras nos dirigíamos hacia el salón de eventos, no podía evitar preguntarme si Ethan estaría allí y, en caso afirmativo, cómo reaccionaría al verlo después de tanto tiempo.

Al llegar al lugar, nos encontramos inmersas en una atmósfera de lujo y glamour. Las risas, la música y el tintineo de copas llenaban el aire. Era un mar de caras conocidas y desconocidas, y mi corazón latía con una mezcla de emoción y ansiedad.

Lucy y yo nos sumergimos en la atmósfera festiva, saludando a conocidos y charlando con otras personas del mundo empresarial. Sin embargo, mi mente no podía dejar de divagar hacia la posibilidad de encontrarme con Ethan. A medida que avanzaba la noche, la tensión en mi interior crecía.

Capítulo 29

Ethan

—Sophia —pronuncié su nombre con un susurro, como si temiera romper el encanto de aquel momento. Su expresión de sorpresa se desvaneció para dar paso a una cálida sonrisa, como si hubiera estado esperando mi llegada.

—No creí que te encontraría aquí — murmuré, tratando de ocultar mi propia sorpresa.

Ella rio, un sonido que me resultaba tan familiar y reconfortante. —La vida tiene maneras curiosas de cruzar nuestros caminos, ¿no crees?

Asentí, incapaz de apartar la mirada de sus ojos, que brillaban con una mezcla de alegría y algo más que no podía identificar. —Ha pasado tiempo.

—Tres meses —dijo ella, como si el tiempo entre nosotros fuera un detalle insignificante.

El bullicio del evento parecía desvanecerse a nuestro alrededor, dejándonos a solas en una burbuja de complicidad. Las personas que estaba con ella, conscientes de la conexión entre nosotros, se desplazaron discretamente, dándonos espacio.

—¿Cómo has estado? —preguntó Sophia, con una mirada profunda que parecía explorar mi alma.

Tragué saliva. —Bien. ¿Y tú? ¿Cómo has estado?

Ella suspiró, como si llevara consigo secretos que estaba a punto de revelar. —Ha sido interesante. Cambios, descubrimientos… y algunas sorpresas inesperadas, como esta.

Nuestros cuerpos se encontraban tan cerca que podía percibir la suave fragancia de su perfume. La complicidad entre nosotros era palpable, como un hilo invisible que nos unía incluso después de tanto tiempo.

—¿Bailas? — pregunté, extendiendo mi mano hacia ella.

Dudó por un instante, pero asintió. Nos dirigimos hacia la pista de baile, donde la música lenta creaba un ambiente perfecto para perderse en el abrazo del otro. Bailamos en silencio, dejando que nuestros cuerpos

hablaran el lenguaje que nuestras palabras no podían expresar.

El tiempo pareció detenerse mientras nos movíamos juntos, y en cada giro y abrazo, sentí que estábamos reconstruyendo puentes que el tiempo había intentado desgastar. Sophia descansó su cabeza en mi hombro, y en ese instante, supe que este encuentro no era casualidad; era una segunda oportunidad, una posibilidad de retomar lo que el destino parecía querer unir.

Cuando la canción llegó a su fin, nos quedamos inmóviles por un momento, como si ninguno de los dos quisiera romper el hechizo. Sophia levantó la mirada, y en sus ojos encontré la respuesta a preguntas que ni siquiera había formulado.

—Hora de irnos —le dije con determinación.

Me miró sorprendida. —Pero… mi jefe y…

—No importa. Dave entenderá. —Mis palabras eran decididas, y mi mirada buscaba la suya con intensidad.

Ella asintió, comprendiendo la seriedad de mis palabras. Juntos, abandonamos la pista de baile y nos dirigimos hacia la salida del elegante salón. El aire fresco de la noche nos envolvió cuando salimos a la terraza, proporcionándonos un respiro del bullicio de la fiesta.

—¿A dónde vamos? —preguntó, su mano entrelazada con la mía.

Sonreí con complicidad. —A un lugar más tranquilo, donde podamos hablar sin interrupciones.

Caminamos juntos por las calles iluminadas, sumergidos en un silencio que gritaba sentimientos ensordecedores. La química entre nosotros era innegable, como si el tiempo no hubiera pasado y nuestras almas se reconocieran de inmediato.

Encontramos un acogedor café que aún estaba abierto. Nos acomodamos en un rincón apartado, donde la luz tenue y el suave murmullo de fondo proporcionaban el escenario perfecto para nuestro reencuentro.

—No puedo creer haberte encontrado aquí —confesó Sophia, su mirada fija en la taza entre sus manos.

—La sorpresa fue mutua —admití—. Pero creo que hay razones más profundas para nuestro encuentro.

Ella levantó la mirada, sus ojos buscando los míos. —¿Anna? —preguntó,

con una sonrisa.

No pude evitar sonreír. —Además de Anna. ¿Crees en las segundas oportunidades?

—Sí, creo que algunas conexiones son tan fuertes que el destino nos da otra oportunidad para hacerlas realidad.

En ese momento supe que estábamos en la misma página. Habíamos compartido un pasado complicado, pero ahora teníamos la oportunidad de escribir un nuevo capítulo juntos.

La conversación fluyó como un río tranquilo, llevándonos a lugares emocionales que habíamos evitado en el pasado. Compartimos risas, confesiones y sueños que se entrelazaban de manera perfecta. Era como si nuestros corazones estuvieran sincronizados, latiendo al unísono después de tanto tiempo.

Al final de la noche, cuando cerraron el café, nos encontramos de pie en la calle, sintiendo la conexión que se había fortalecido con cada palabra compartida. La ciudad dormía a nuestro alrededor, pero nosotros estábamos despiertos, viviendo el momento que el destino nos había regalado.

Desvié mi mirada hacia ella. Me estaba sonriendo, y por primera vez desde el día en que nos conocimos, nos miramos sin rastro alguno de culpabilidad, sin indicio de preocupación, arrepentimiento ni vergüenza.

Me echó los brazos al cuello y la atraje hacia mí hasta ocultar el rostro en su pelo. Mantuve su cabeza firmemente pegada a mi cuerpo y cerré los ojos. Nos aferramos el uno al otro como si temiéramos separarnos. Cuando levantó la cabeza, supe que nunca antes había visto una mirada tan hermosa.

—Estoy completamente enamorado de ti, Soph —le confesé. —Estoy perdidamente enamorado de ti.

—Y yo de ti.

Cuando la última palabra abandonó sus labios, la atrapé con la boca. Desde el preciso instante en que me había alejado de sus labios, no había hecho otra cosa más que pensar en volver a saborearlos. Sophia me estrechó entre sus brazos mientras la besaba intensamente.

La besé de todas las formas en que se me ocurría besarla, porque tenía la intención de amarla de todas las formas posibles. Este beso compensaba todas las lágrimas, todo el dolor, todo el sufrimiento, todo el esfuerzo y

toda la espera.

Ella valía todo eso.

Valía mucho más.

Capítulo 30

Sophia

De algún modo, entre un beso y beso, logramos llegar a su departamento. El ambiente estaba lleno de la electricidad, de nuestras emociones compartidas. Entramos a su lujoso departamento, donde la suavidad de las luces tenues creaba un ambiente cálido y romántico.

Nos quedamos inmóviles, sumidos en la verdad de nuestras confesiones mutuas. El amor, ese sentimiento que yacía latente durante tanto tiempo, emergía ahora con una fuerza abrumadora.

Finalmente, Ethan se acercó y me volvió a besar. Se agachó un poco y me levantó, agarrándome por la cintura. Rodeé su cuerpo con las piernas mientras sujetaba mi espalda con ambos brazos para llevarme a su habitación. Aunque había visto escenas similares en películas y leído descripciones en libros, nada se parecía a lo que estaba viviendo en ese momento.

Con delicadeza, me depositó sobre la cama. Aunque quería seguir en sus brazos, la sensación de encontrarme debajo de él era mucho mejor. Cada movimiento suyo superaba al anterior en términos de sensualidad. Se detuvo un momento, aún sobre mí, deslizando una mirada sensual por todo mi cuerpo hasta detenerse donde terminaba mi vestido. Lo cogió con las manos para subírmelo, y me incorporé para que pudiera pasármelo por la cabeza. Comenzó a tumbarse sobre mí, pero lo detuve poniendo mis manos en su pecho. Me miró confuso, pero inmediatamente tiré de su camisa para que entendiera que ahora le tocaba a él.

Encajamos de un modo tan perfecto que parecía como si estuviéramos hechos a la medida exacta del otro. Su mano izquierda se ajustó a la perfección con la mía cuando colocó su brazo por encima de mi cabeza y lo apoyó en el colchón. Su lengua se fusionó por completo con la mía mientras jugaba con mis labios, como si estuviera diseñada precisamente para besarme de esa forma. Su mano derecha se adaptó a la perfección a mi muslo cuando clavó los dedos en la piel y desplazó el peso de su cuerpo para acoplarlo perfectamente al mío.

No sabía hasta qué punto él consumía mi existencia, pero así me sentía. Todo lo relacionado con nosotros cobraba más sentido cuando estábamos juntos de esa forma. Me hacía sentir más hermosa, más amada, más necesitada… Me sentía completa.

Capítulo 31

Ethan

Cerré la puerta del baño y volví a la cama, a su lado. La luz de la luna se colaba por las ventanas, iluminando su rostro. Sus labios estaban curvados en una ligera sonrisa cuando me recosté a su lado. Deslicé un brazo bajo sus hombros y, después de apoyar la cabeza en su pecho, cerré los ojos.

Me encantaba su sonido.

La adoraba.

Amaba todo lo relacionado con ella. Amaba el hecho de que jamás me hubiera juzgado. El hecho de que me comprendiera. Amaba que, a pesar de todo lo que había tenido que pasar por mi culpa, solo hubiera apoyado mis decisiones, por más que la destruyeran una y otra vez. Amaba su honestidad. Amaba su desinterés. Y, sobre todo, amaba ser quien pudiera amar todas esas cosas de ella.

—Te amo —la escuché decir.

Cerré los ojos y la escuché repetir la frase una y otra vez. Incliné la cabeza hasta situar la oreja encima de su corazón y disfruté de cada detalle de ella: su aroma, su contacto, su voz, su amor…

Nunca antes había sentido tantas cosas a la vez.

Levanté la cabeza y la miré a los ojos. Ya era parte de mí. Y yo era parte de ella.

Fin